

300613

2

2ej



UNIVERSIDAD LA SALLE

ESCUELA DE FILOSOFIA
Incorporada a la U. N. A. M.

EL CONCEPTO DE AUTENTICIDAD EN LA
FILOSOFIA DE JOSE ORTEGA Y GASSET

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFIA
P R E S E N T A
SANDRA FUENTES FLORES

Director: MTR. J. ANTONIO DACAL ALONSO

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

México, D. F.

Enero de 1993



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

INTRODUCCION	1
------------------------	---

CAPITULO I.- ORTEGA Y SU CIRCUNSTANCIA

1) Datos biográficos	9
2) Obras y método orteguiano	12
3) Etapas de su trayectoria filosófica	24
4) Circunstancia Española	31
5) Influencia y obra orteguiana	43

CAPITULO II.- ELEMENTOS DE UNA ANTHROPOLOGIA ORTEGUIANA

1) El concepto de hombre	48
2) El Yo programático	58
3) El concepto de Autenticidad	65
4) El hombre auténtico y el hombre masa	67
5) La autenticidad en la Filosofía	78

CAPITULO III.- FUNDAMENTOS ETICOS PARA LA APETITICIDAD

1) Vocación	84
2) El Imperativo ético originario	90
3) Sensibilidad o sentimiento radical	95
4) La función vital del Ideal	98
5) El Amor y la Amistad	102
6) Concepto de Magnanimidad	107
7) La Felicidad	111

CAPITULO IV.- EL HOMBRE Y SU DRAMA VITAL

1) Vida humana como realidad radical	115
2) Atributos de la Vida	119
3) La Vida como drama e inseguridad	128
4) El Quehacer y sus características	134
5) El elemento histórico de la Vida	140

CAPITULO V.- EL ENFRENTAMIENTO CON LA CIRCUNSTANCIA

1) El Hombre y la Circunstancia	150
2) Leyes que rigen a la Circunstancia	154
3) Alteración y Enslimiamiento	159
4) Aparición del Otro	163
5) La relación Social y la Doctrina de los Usos	172
6) El Poder Público	179

CONCLUSIONES	188
------------------------	-----

CITAS BIBLIOGRAFICAS	199
--------------------------------	-----

BIBLIOGRAFIA BASICA	205
-------------------------------	-----

I N T R O D U C C I O N

El tema de la autenticidad en el hombre ha resultado apasionante para mí desde los inicios de la carrera de Filosofía y ahora lo es más pues tras haberla concluido, he tenido la oportunidad de establecer un contacto directo con jóvenes estudiantes a los que he impartido clases.

El ejercicio de la filosofía en el Magisterio ha provocado el enfrentamiento con mi circunstancia y ha hecho que me ocupe de cosas que permanecían ajenas a mi mundo de importancias, tal vez debido a mi falta de experiencia y de madurez.

Es por eso que tomé la decisión de emprender este trabajo apoyándome en la filosofía de don José Ortega y Gasset, pues de entre los muchos autores que se estudian a lo largo de la carrera, el pensamiento de Ortega es el que más respuestas me ha ofrecido y el que a su vez me ha llevado al cuestionamiento de mi propia realidad.

Sin embargo, el propósito de este trabajo no es hacer una apología de su pensamiento, ya que he encontrado algunas con tradiciones importantes, pero en general considero que su

obra logra trascender precisamente por su notable actualidad al denunciar el peligro que corre el hombre de nuestro tiempo al ser presa fácil de la falta de autenticidad tanto en su ser como en todo lo que realiza.

El método que voy a utilizar será expostivo, reflexivo y crítico. El camino a seguir para encontrar el concepto del hombre auténtico en Ortega me llevó a dividir el trabajo en cinco capítulos. Iniciará con una semblanza de la vida de Ortega y de la circunstancia en que se hallaba inscrito, ya que como veremos resultará decisivo para su filosofía la ma-jea enmarañada de cambios sociales, políticos y económicos en la que se debatía la España de su momento.

A continuación tendremos que adentrarnos en su antropología filosófica a fin de hallar el significado del hombre, de su constitución interna, del porqué considerar que el hombre está en camino de ser racional, que no es un ser acabado, que además es un proyecto a realizar y aquí se pondrán las bases para postular como valor fundamental la autenticidad, la fidelidad a ese proyecto que el hombre debe realizar para ser digno de llamarse a sí mismo " hombre".

Aquí se empieza a dilucidar el problema del peso de la li-

bertad, que el hombre a veces trata de delegar en otras personas o en Instituciones a fin de huir de la responsabilidad y de la confrontación consigo mismo; la consecuencia lógica de esto será la inseguridad, la debilidad y la falsificación de la propia existencia.

Esto nos lleva de la mano al terreno de la Ética y nos encontramos con un imperativo ético originario que nos ordena ser el que somos.

El camino por el que podemos llegar a este fin será oyendo la voz interna que denomina "vocación", que nos hace sentir cuándo nos acercamos o nos alejamos de ese ser programático que tenemos que realizar.

Por más que tratemos de engañar a los demás no nos engañamos a nosotros mismos, pues a pesar nuestro sobreviene el momento en que estamos en nuestra soledad radical, en la que aflora nuestra sensibilidad, escuchando claramente la voz de nuestra vocación cabalgándonos un sentimiento de profunda frustración o de gran alegría y vitalidad, según estemos o no cumpliendo este imperativo.

La autenticidad como valor debe ser encarnado en un sujeto que vive una vida determinada y esto nos lleva a analizar la

vida y la actitud del hombre frente a ella que es de inseguridad y a la vez de afán de plenitud y de confianza. El tiempo que no podemos dominar y que nos hace tomar conciencia de nuestra propia limitación y a la vez de la lucha desesperada por lograr asumir nuestra circunstancia y trascenderla alcanzando la seguridad y la fe en la vida misma tratando de elevarla a las condiciones óptimas.

El hombre que ha respondido al llamado de la autenticidad lucha por él pero también por los demás y se conscientiza de que es un ser histórico.

Al saber que su vida es un quehacer constante y que su ser es un proyecto a realizar, se enfrenta a su circunstancia y encuentra en ella los medios que van a ayudarlo en esta tarea, así como los elementos que pueden dificultar su labor. Por ésto concluiré este trabajo abordando el tema de lo social, que es en suma donde este hombre pondrá a prueba todo el aprendizaje de sí mismo, de su vida, su destino y de los demás.

Esa fidelidad a sí mismo se irá probando, ejercitando y templando conforme se involucre con los demás en una sociedad que atrae y que a la vez representa un peligro a nuestra

individualidad y nuestra verdadera vocación.

Entre los objetivos que persigo, se encuentra el resaltar la autenticidad como valor fundamental entendida a la manera orteguiana como fidelidad a sí mismo, pues es desde uno mismo, en completa soledad donde se puede encontrar la verdad que buscamos, así como las fuerzas y el amor necesarios para realizar nuestro proyecto vital, tanto en la vida propia como en la sociedad a la que pertenecemos.

Creo firmemente en el enorme potencial humano y en su orientación al bien, asimismo estoy conciente de los múltiples obstáculos a vencer y que éstos no pocas veces tienen su origen en el propio interior del hombre, pero creo en la capacidad humana para romper la mayoría de las barreras que su miedo o el de la sociedad le han impuesto. Debemos robustecer nuestra voluntad y claro está, darnos a la tarea de traer suficiente luz a nuestro entendimiento.

Otro de mis objetivos es darle una aplicación práctica a la teoría orteguiana de la autenticidad en el ámbito de la educación, que es uno de los terrenos más fértiles para la siembra de ideas valiosas y productivas.

Es de vital importancia fomentar desde las aulas conceptos como: la libertad unida siempre a la responsabilidad, la necesidad de una preparación para la elaboración del proyecto de ser que somos, la lucha afanosa y continua contra los pseudo-valores, el autoanálisis constante y la actitud analítica y crítica del material que recibimos a través de los medios de comunicación, la investigación y la curiosidad despierta que nos lleven a encontrar la verdad así como también, alentar la confianza en uno mismo y la fe en un destino trascendente a pesar de la propaganda existente en contra del mismo.

Creo que es precisamente dentro del Magisterio donde podemos luchar abiertamente contra el fantasma de la falsificación, que como lo podemos constatar ha sido y sigue siendo el mal de nuestro tiempo.

Solo si el hombre se acepta a sí mismo, teniendo el valor suficiente para modificar su circunstancia, podrá salvarla, es decir que podrá tomar las riendas de su destino y por ende se proyectará a todo lo que realice y a todos los que lo rodean.

La fuente de todos estos propósitos ha sido la filosofía de don José Ortega y Gasset, en cuya obra encontré plasmados

de manera genial los conceptos e ideales que vivían confusos en mi mente de estudiante.

CAPÍTULO I

ORTEGA Y SU CIRCUNSTANCIA

1. DATOS BIOGRAFICOS.

Don José Ortega y Gasset nace en Madrid el día 9 de mayo de 1883. Su padre fue un "maestro de los periodistas", Don José Ortega Munilla y su abuelo materno, el poeta y periodista gallego Eduardo Gasset, fundador del periódico El Imparcial.

Refiriéndose Ortega a su nacimiento, nos dirá que tuvo lugar en una "rotativa", ya que los talleres de El Imparcial ocupaban la planta baja de su casa. Este detalle presagió tal vez, su futura vocación de escritor.

Como podemos observar, Don José perteneció a una culta familia burguesa. Cursa el Bachillerato con los Jesuitas en Miraflores del Palo (Málaga) y en 1897 obtiene el título de Bachiller cinco años más tarde el de Licenciado en Filosofía y Letras.

Justamente de este año (1902), data su primer artículo, "Glosas" en el cual ya muestra gran dominio de la lengua Española.

De 1905 a 1907, amplió sus estudios en Leipzig, Berlín y Marburgo. Fue discípulo de Herman Cohen, una de las figuras más importantes del Neokantismo. Conoce también la Fenomenología de Husserl y Scheler, incluso los conoce personalmente durante el año de 1914. También traba amistad durante su estancia en Marburgo con Hartmann y Heinz Heimssoeth.

Estando en curso el año de 1909, regresa a España y al año siguiente gana la cátedra de Metafísica en la Universidad Cen-

tral de Madrid.

En 1914, aparece uno de sus libros más significativos, "Las Meditaciones del Quijote", germen de su filosofía y en este libro aparece la fórmula que se convertirá en piedra angular de su Filosofía: "Yo soy yo y mi circunstancia", la cual habrá de revelar a lo largo de su obra.

Tras haber estado en contacto con el Idealismo Alemán, en su estancia en la ciudad de Marburgo, considera que el Idealismo no puede ser considerado como un resultado definitivo, es necesario que sea superado. Y esta superación deberá estar basada en una recuperación del mundo concreto. Sin embargo, debe cuidarse el no privar al yo-espíritu de lo que ha sido enriquecido mediante el Idealismo. Hay que buscar una teoría que sin negar el espíritu lo ligue íntimamente al dato concreto.

Lo que le interesa a Ortega vivamente, es devolverle al yo su individualidad vivida, sin aislarlo de los valores racionales. Partiendo del Idealismo alemán, cargará el acento en el yo viviente, por eso formula su proposición "Yo soy yo y mi circunstancia". Con esta fórmula designa con el "Yo soy" la conexión que me une al mundo, el movimiento de un Sujeto hacia un objeto y no el término abstracto de este movimiento. Este acto que soy yo, no se basta a sí mismo, se produce en una situación dada sin la que no posee existencia real alguna. Pero, de

este tema hablaré más adelante.

Sólo cabe decir, que dicha fórmula significa que José Ortega y Gasset, nacido en Madrid en 1883, de familia burguesa, comienza sus estudios universitarios en el momento del desastre militar y económico de 1898 y que pertenece a lo que él mismo llama "la privilegiada minoría de una sociedad injusta". Formado filosóficamente en el Krausismo y posteriormente en el Idealismo Alemán, encontrándose a los 26 años como una de las inteligencias más lúcidas y mejor informadas de un país que se debate en angustiosas dificultades políticas, sociales y económicas, José Ortega es a la vez indisolublemente él mismo; es decir, un individuo que va a tener que hacer algo y elegir libremente esta actividad y todas las circunstancias rápidamente enumeradas. En principio hubo para Ortega una elección necesaria, entre la aceptación o la negación de su circunstancia española y a continuación la orientación dada a dicha elección.

Ortega decidió finalmente asumir su circunstancia española, tomando consciencia del momento crítico por el que estaba atravesando España y tratando de aportar una posible solución. Así funda en 1915 la revista "España" y más tarde en 1923 la "Revista de Occidente". Su objetivo fue dirigir una verdadera ofensiva cultural, dedicada por supuesto al pueblo español.

Empezó por traducir a algunos de los filósofos más importan-

tes franceses y alemanes, a publicar artículos de ellos en las revistas y realizar su propia obra. Para esto utilizó el medio de comunicación más accesible al público y en particular a la juventud de España, me refiero al periódico.

Ortega siempre se inclinó al periodismo y afirmaba la ineficacia del libro para hacer llegar a las masas las nuevas ideas.

En 1931, al advenimiento de la República, fue elegido Diputado. Su experiencia política no fue satisfactoria, por lo que se aleja temporalmente de España, año en que también estallaba la Guerra Civil Española, en 1936.

Reside en varios países, hasta que decide regresar a su patria en 1945. Permanece alejado de la cátedra, fundando el Instituto de Humanidades en Madrid. Finalmente, su muerte acontece el 18 de octubre de 1955.

2. OBRAS Y METODO ORTEGUJANO

Fue uno de los escritores más prolíficos de España, su estilo brillante y su verbo maravilloso, lo colocaron en un lugar preponderante de la literatura Española, junto con Unamuno fue uno de los escritores más destacados de su tiempo.

A lo largo de su obra, surgen temas de Metafísica General, - el enigma del Yo, dinámico y multiforme; la dramática antítesis entre la verdad una y eterna y la vida efímera y fugitiva.

Ortega fue el "Espectador" incansable; su mirada penetraba en los horizontes del mundo, siempre a la caza del tema incitante, del dato revelador que permitiera aclarar el sentido del momento actual, para lograr así desenmascarar la enigmática circunstancia.

El método que gusta utilizar en sus obras, fue el narrativo, que según su opinión es el único capaz de aprehender la realidad humana. Método biográfico como a él le gustaba designarlo, que exigía una comprensión previa de la realidad a la que se aplica. Esto significa, comprender la realidad en su circunstancia.

Ortega siempre intentó "estar al día o a la altura de los tiempos", y ésto derivó de una preocupación consciente para poder afrontar cada instante de su existir. Nos preguntaremos de qué forma, pues manteniéndose en íntima conexión con su circunstancia, con la situación real de esa España en la que hacía su filosofía y sobre la cual pretendía producir algún impacto. La mayor parte de su obra, se contiene en ensayos, originariamente artículos de periódicos o de revistas.

Mencionaremos, tratando de seguir una cronología detallada algunas de sus obras más importantes:

1902 - Glosas

1914 - Vieja y Nueva Política

- 1914 - Meditaciones del Quijote
- 1916 - El Espectador, volumen I
- 1917 - El Espectador, volumen II
- 1921 - España Invertebrada
- El Espectador, volumen III
- 1923 - El Tema de nuestro Tiempo
- 1924 - Kant, Reflexiones de Centenario
- 1925 - El Espectador, volumen IV
- 1927 - El Espectador, volumen V
- El Espectador, volumen VI
- Mirabeau, el Político
- 1930 - La Filosofía de la Historia de Hegel y
la Historiología
- El Espectador, volumen VII
- La Rebelión de las Masas
- 1932 - Goethe desde dentro
- 1933 - En torno a Galileo
- Meditación de la Técnica
- Guillermo Dilthey y la idea de la Vida.
- 1934 - El Espectador, volumen VIII
- Historia como sistema
- 1936 - Ideas y Creencias
- 1937 - Miseria y esplendor de la Traducción

1937 - Unas lecciones de Metafísica

1941 - Estudios sobre el Amor

Y algunas obras póstumas como:

1957 - El Hombre y la Gente

1958 - ¿Qué es Filosofía?

1960 - Origen y Epitafio de la Filosofía

- Una interpretación de la Historia Universal
en torno a Toynbee

Así como numerosos artículos, aparecidos en la "Revista de Occidente" y la revista "España" y otros artículos aparecidos en múltiples periódicos de otros países, durante los años que permaneció alejado de su patria.

En cuanto al método, tiene varios puntos importantes: el primero será situar el problema, cualquiera que sea, en el plano vital, plano que representa a la vez la profundidad y la extensión de la naturaleza del hombre.

El método es expuesto en su obra "Meditaciones del Quijote", en donde afirma: .."quien quiera enseñarnos una verdad, que no nos la diga simplemente, que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos y por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad. Las verdades una vez sabidas, ad

quieren una costra utilitaria " (1).

Es este carácter de verdad sabida, el que quiere Ortega evitar dar a su pensamiento. Se dirigió siempre al gran público, por lo que es necesario que no esté todo dicho, sino que quede algo por descubrir, algo a lo que el lector curioso pueda llegar. Por ello, renuncia a todo carácter dogmático, su obra intenta hacer pensar, despertar curiosidad, mostrar caminos; puede decirse que en su obra, la búsqueda parece tan importante como el hallazgo, si no más.

Se pregunta "¿la verdad no es ante todo la dirección de nuestro esfuerzo, el movimiento en el que soy arrastrado por mi propia reflexión y en el que al mismo tiempo arrastro mi universo circunstancial en su desarrollo histórico? (2).

Siempre insistió en que no había otro medio de transmitir una verdad, que poniendo al que debe descubrirla en situación de hacerlo.

Es inútil describir un paisaje a alguien, si el fin que se persigue es que vea este paisaje; sólo hay que conducirlo al punto de vista, desde donde su mirada podrá realizar la experiencia personal e intransferible, de la contemplación del panorama. Igual sucede en el plano intelectual, el concepto será el equivalente del gesto que dirige la mirada hacia lo que hay que descubrir.

Ortega distingue dos tipos de visión: una pasiva, que sería la reacción del espíritu ante un texto dogmático y la otra activa, la que sabe suscitar el verdadero maestro "un ver activo que interpreta viendo y ve interpretando, un ver que es mirar" Las verdades sólo serán tales para nosotros, si las hemos mirado y no solamente visto o aprendido. Este carácter creador del conocimiento -por ser activo- va hasta la afirmación de que para poseer una verdad se requiere desealarla y dirigirse a ella con esfuerzo.

El íntimo impulso hacia las cosas, que Ortega denomina "amor", es indispensable para un conocimiento completo. Sólo en respuesta a este impulso hacia ellos, los objetos se revelan en su totalidad y en la integridad de su valor.

En el amor, la dualidad Sujeto-Objeto, está reemplazada por una unificación, por una parcial identificación del sujeto y del objeto, en el acto de amor. Entre las actividades del amor hay una que no me es exclusivamente personal y que puede contagiarse a las demás y es el afán de comprensión. No hay contradicción entre el amor y la razón, la comprensión sería incompleta y artificial, si no es vivida. También el amor es falso y abstracto, si no se acompaña del conocimiento del objeto amado.

LA RAZON VITAL. En el año de 1915 y 1922, Ortega define un poco más el método propio de su filosofía, lo llama Razón Vi-

tal. La razón y la vida, opuestos entre sí en el viejo conflicto entre espontaneidad y lo racional, se unen en una colaboración práctica y aparecen como complementarias la una de la otra.

El hallazgo de la circunstancia como componente necesario y al mismo tiempo como el lugar de la articulación entre el mundo y el yo, permite superar la primera contradicción entre la razón y la vida. La vida es el objeto de la razón; la historia es su experiencia y su realización progresiva.

Ortega afirma que la vida es una sucesión de perspectivas de algo, por tanto, el modo de ser de un objeto es el conjunto de todas las perspectivas que se puedan tener de él. Cada una de estas perspectivas se compone de dos elementos: el instante de vida que le corresponde y que en ningún caso puede llegar a ser objeto y su estructura, es decir, sus características, lo que es como objeto, según lo que ha sido; lo que no es ya bajo su única forma real que es la forma vivida.

Ahora bien, la razón no puede penetrar en el primero de estos elementos, en cambio, el segundo le es transparente. Razón y vida colaboran en la explicación y realización del universo como conjunto de lo dado y ésto que es dado sólo se manifiesta en una perspectiva individual y parcial.

La vida no nos ofrece otra posibilidad de pasar de su perspectiva incompleta al conjunto de perspectivas que constituyen

lo real, que la de recurrir a la razón, sin la que el universo no sería el mundo, sino el caos.

Esta colaboración, se enriquece aún más con el hecho de que la vida no suministra a la razón humana una simple materia bruta susceptible de recibir una organización. La vida le presenta un problema que exige ser solucionado, en cada perspectiva está incluida la angustia del yo frente al mundo.

La vida es creadora de la razón, según Ortega y de la materia misma, sin la que la razón permanecería abstracta, en la fuente de energía que obliga a la razón a intervenir. Así la vida y la razón se unen, porque la una sin la otra no pueden solucionar el problema planteado por la presencia de la conciencia en el universo.

En resumen, la unión dinámica de la vida y de la razón serán el fin de toda filosofía, con el objeto de crear una totalidad coherente.

Por esto entendemos que Ortega haya escogido el término para su método de Razón vital. Esta es razón, pero debe contar con este carácter fundamental de todo lo que es dado; todo fenómeno aparece siempre sobre un fondo de vida y en consecuencia está comprometida en una compleja aventura como es la humana, única, concreta, situada en el tiempo y en el espacio.

Por otro lado, la razón vital, es vital, pero tomando en consideración todos los aspectos de lo real. Jamás olvida que tiene que esclarecerlos en su unidad, que su misión es hacer las cosas más claras a la consciencia, más transparentes al espíritu.

Esta razón vital, tiene también el carácter de trascendente, ya que encuentra la libertad al analizar el fenómeno de la presencia del hombre y del mundo, el uno en el otro.

Es imposible comprender nada de los fenómenos humanos, si no se parte del hecho de que el hombre está a cada instante frente a una multitud de posibilidades concretas y definidas entre las que puede y debe elegir.

Ortega admite que debemos apelar a la trascendencia, si no queremos caer en el absurdo, "...o nuestra situación en el mundo es una mistificación, o hay que admitir que no está todo inmediatamente dado y que existe la posibilidad de superar lo que cada postura tiene de restringido hacia algo que le dé un sentido y que le lique al conjunto de los esfuerzos humanos" (3).

En el período que comprende los años de 1933 a 1935, don José afina más su concepto de la razón vital, haciéndola histórica y con ello universal, trascendente.

La realidad se manifiesta a través de la experiencia humana, el hombre le confiere su dimensión histórica.

Al ser cada cual el único autor de su propia vida y el único que viviéndola puede conocerla, parece que entonces recluimos al hombre en sí mismo, haciéndolo único y aislado, impidiendo así una superación hacia lo universal. Pero, esta soledad radical, es necesaria para que se llegue a una significación de la vida y de lo real, ya que la espontaneidad de cada experiencia personal es un momento único e irremplazable de la existencia de lo real.

Se revela esta significación de lo real, por un hombre determinado y su circunstancia, ambos permiten su articulación con el conjunto de lo que es. Esta articulación tiene dos caras: a) se refiere al mundo parcialmente abstracto y estático y que sigue al mismo tiempo de referencia a cada acción individual, permitiendo la creación de un sistema coherente ya que el conjunto de lo dado, se organizará en ese mundo. Y la otra, b) se refiere a la vida individual, que sería la clave de un sistema dinámico ya que es a la vez problema y respuesta, lugar de encuentro de lo dado y de la razón y momento de perpetua modificación de uno y otro y a la vez de uno por el otro.

Ambas significaciones de la vida y de lo real, coinciden en que se inscriben en un despliegue histórico. Si se prefiere, este dato actual lleva en sí todo su pasado en forma de haber sido, a la vez que se presenta como solicitado por un futuro o -

deber ser.

Todo hecho se inscribe en el tiempo vivido, éste es irreversible, porque "yo soy todo mi pasado en cuanto que éste ya es y está irremediabilmente realizado" (4).

Como veremos más adelante, Ortega concibe la vida como algo que no está dado. El ser del hombre, o su vida, es el hecho de que se encuentra ante algo que está llamado a realizar libremente y que no puede negarse a realizar sino escapándose por la muerte. Tiene que elegir entre todos los futuros posibles, el que le corresponda y esto plantea un problema del que cada cual tiene que encontrar la solución. Pero, tal solución, nos reitera Ortega, puede ser encontrada por medio de la historia.

En el libro de Jean Paul Borel, encontré parte de un texto de Ortega, que nos ayuda a comprender mejor el papel que desempeña la razón histórica.

"El pasado de mi vida le confiere el carácter de necesidad, pero no es solamente mi pasado. Es una sucesión de momentos vividos y cada uno estaba definido en relación al conjunto del mundo y de su historia. La coherencia de mi existencia no depende solamente de la norma de vida que haya seguido en el pasado, sino que se extiende al conjunto del pasado humano. Es coherencia universal, de la que mi problema actual es un frag-

mento, por ello si quiero acercarme a la verdadera solución a mi problema vital, tengo que conocer este pasado, tengo que saber en qué despliegue histórico me inscribo, tengo que rehacer el camino intelectual que ha conducido al hombre de hoy a su estructura, de la que soy un caso particular.

Para seguir este camino puedo leer los escritos que representan sus etapas principales, ellos realizan la presencia de lo que ha sido en lo que es y al mismo tiempo ilustran con su dificultad y número, el carácter arduo y problemático de la vida. Así, la historia aparece como la necesidad que esclarece mi problema particular. La historia como presencia de los sucesos pasados en el momento actual. El hombre no tiene un ser dado de una vez por todas, su ser es su historia situada en la del universo y en la circunstancia que determina a cada cual en la vida realizada" (5).

Entonces la historia es lo que da sentido y valor a mi vida.

Por ésto, es necesario esclarecer que la razón vital es histórica, es la razón vital en cuanto que es a cada instante todo lo que ha sido. Lo real tal como me es dado, en forma de problema por resolver y que puede ser resuelto, sólo es transparente a la razón histórica, siendo ésta la misma razón vital pero tomada en su despliegue y en su perfeccionamiento.

Ortega pretendía como objeto de su filosofía, lograr llegar a la plenitud del significado de los hechos, ya sea un hombre, un libro, un cuadro, un dolor, etc. Para esto aplica como método la razón vital o razón histórica. Este consistirá en encuadrar el hecho o problema a resolver, conservando su espontaneidad vital y concreta y aplicando el elemento racional, para lograr la organización de sus múltiples perspectivas; sin olvidar que todo fenómeno está inscrito en el tiempo y por tanto en la historia. Así, para llegar a esta significación de lo real, hay que atender al aspecto vital, racional e histórico de esta realidad.

3. ETAPAS DE SU TRAYECTORIA FILOSOFICA.

1) ETAPA OBJETIVISTA. En esta etapa, tiene la idea de que se ha seguido durante mucho tiempo, una falsa ruta y de que se ha prestado demasiada atención a los seres humanos y muy poca a las cosas o a las ideas.

Hay que librarse de la secreta lepra de la subjetividad.

Después de esta afirmación, años más tarde se retractará considerando esto como una blasfemia. Esto, dado el rumbo subjetivista que tomó el pensamiento Orteguiano, pero se puede decir a su modo, que fue una reacción en vista de ciertas circunstancias.

Como ya vimos anteriormente, Ortega estudió en Alemania,

donde florecía una de las grandes escuelas Neokantianas, bajo la dirección de Herman Cohen. Ortega fue siempre europeizante sin embargo no quedó cegado por la brillantez de la Revolución Industrial. Admiró estas técnicas, pero en un valor justo, como resultado de algo mucho más fundamental, como lo son la educación, la ciencia y la cultura.

Durnate la primera etapa, tuvo el tenaz propósito de suscitar una renovación de la vida espiritual española, por medio de una especie de "diluvio de ideas", y afirma .."es necesaria una disciplina intelectual, espiritual, moral y estética. Esta disciplina tiene un propósito definido: reintegrarnos a lo vital" (6).

Propone abandonar el Idealismo, empieza a mostrar desconfianza hacia toda intrusión de la razón pura en la vida. Tan lejos pareció ir en esta dirección que se le acusó de una actitud "vitalista-anti-intelectualista".

Las fechas que abarcan este período, son entre los años 1902 y 1913.

2) ETAPA PERSPECTIVISTA. (1914-1923) Ortega publica los 8 volúmenes de "El Espectador". Se divide en dos grupos:

a) Abarca libros que son selecciones de artículos, ensayos, notas, meditaciones, casi todos ellos aparecidos en revistas o en diarios.

b) Comprende libros centrados en torno a un tema fundamental. Pertenecen al primer inciso, los tres primeros tomos de la serie de ocho de "El Espectador", y al segundo pertenecen tres obras: "Las Meditaciones del Quijote, España Invertebrada y El tema de nuestro tiempo".

En el umbral de Las Meditaciones del Quijote (1914), se halla algo así como un programa filosófico, que se inicia con una declaración de guerra contra cualquier empeño de convertir el mundo del filósofo en un universo cerrado. Ortega proclama que ninguna realidad, por humilde que pareciese y ningún problema por insólito que se antojara, debía ser descartado por ningún filósofo digno de este nombre. Bien, es claro que no todas las realidades y problemas se hallan en un mismo nivel, pero toda realidad posee una profundidad propia y la tarea del filósofo consiste en penetrar en la superficie de cada realidad, para extraer de ella su oculta esencia.

En esta época, expresa también su teoría de las circunstancias. Al principio de las Meditaciones, expresa que mediante las circunstancias el hombre se pone en comunicación con el universo ... "el hombre ha tratado de zafarse de las circunstancias, pero no lo ha conseguido. Las circunstancias no están constituyendo una parte de nuestra vida, de forma acci-

dental; tenemos que aceptarlas como el punto de partida de nuestro itinerario vital y filosófico. Sería equivocado pensar que las circunstancias son sólo el mundo físico que nos rodea. Constituyen el ingrediente esencial de nuestras vidas. De ésto se deduce que yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo" (7).

En esa fórmula, según lo anota Ferráter Mora, "el yo se identifica consigo mismo y con su circunstancia. Es la expresión de un supuesto básico a la luz del cual yo no puedo concebirme a mí mismo sin considerar a la vez mis propias circunstancias y simultáneamente no puedo concebir ninguna circunstancia sin concebirme a mí mismo como su centro dinámico. El hombre todo lo realiza en vista de sus circunstancias. Esto funda la Antropología filosófica orteguiana" (8).

Este es el punto de coincidencia entre Ortega y varios pensadores que subrayaron la importancia del mundo abierto frente al cerrado, postulado por los filósofos Idealistas.

También ataca Ortega en este período al Irracionalismo, y subraya la necesidad de una claridad racional a la que define como la "cortesía del filósofo".

Esta claridad no es algo sobrepuesto a la vida, pero tampoco es la vida misma; sino la plenitud de la vida o la vida en la plenitud de su significación. De ahí la concepción de la -

razón como función vital.

Ahora, para alcanzar semejante plenitud, se necesitan dos elementos, uno es el concepto y el otro la perspectiva.

En tanto que aspiramos a captar la realidad concreta de las cosas, no podemos evitar vivir acuciados por nuestras impresiones. Estas constituyen la capa básica de nuestra existencia, el grueso de nuestra vida espontánea. Con el auxilio de los conceptos, organizamos nuestras impresiones. Los conceptos son órganos de percepción, en el mismo sentido en que los ojos son órganos de la visión.

También afirma Ortega que los conceptos se hallan próximos a la perspectiva. El origen de esta noción se remonta a 1910, cuando declara que hay tantas entidades como puntos de vista.

Las perspectivas son los aspectos concretos de la realidad en tanto que percibidos por seres concretos. Cada sujeto cognoscente se puede considerar como un espejo de la realidad y es capaz de reflejarla, aunque siempre desde un lugar determinado y a partir de una estructura determinada.

En oposición a los Tradicionalistas, en los que la realidad consiste en materia o espíritu, o cualquier otra construcción metafísica, Ortega declara que la substancia del mundo es una perspectiva. Como vemos, este período, denota una voluntad de afirmar lo concreto.

La realidad y la vida no son cosas eternas, sino radicalmente temporales, la vida no debe entenderse como una sustancia, independiente; la vida no es subsistente y su valor debe medirse por la capacidad que tiene de crear los valores de la cultura. Pero, estos valores deben su origen inmediato a las necesidades vitales del individuo humano.

Ortega en esta fase de su desenvolvimiento filosófico, insistió en la importancia de la vida y sus valores - sinceridad, ímpetu, placer - más que en la importancia de la cultura y de sus valores -verdad, bondad y belleza -. Siguió este camino porque creyó que la civilización había subrayado excesivamente los últimos en detrimento de los primeros.

3) ETAPA RACIOVITALISTA. (1924-1955). Se le había acusado de ser vitalista y anti-intelectualista. Ortega, publica en La Revista de Occidente, un artículo para responder a estas acusaciones, llamado "Ni vitalismo, ni racionalismo", en donde establecía que ambas tendencias filosóficas estaban superadas.

El Racionalismo debía ser rechazado por cometer el error de confundir el uso de la razón con su abuso. Y en cuanto al Vitalismo, era una tendencia a considerar que la razón es impotente para darnos esa visión total de la realidad,

que solamente la vida puede engendrar.

Sin embargo, el único vitalismo digno de ser considerado desde el punto de vista filosófico, considera que si bien el conocimiento es de naturaleza racional, la vida constituye su tema central. El vitalismo filosófico, sigue insistiendo en la vida, pero cuida de no echar a perder en aras de un irracionalismo precipitado las conquistas hechas por la razón.

Por ello, Ortega llama a su sistema racio-vitalista, razón vital, doctrina de la razón viviente, etc.

Ortega exige que se critique a fondo la razón pura. Pero advierte que el abandono del Racionalismo tradicional no significa la aceptación de un irracionalismo desenfrenado.

Racionalismo e Irracionalismo, son dos modos de ceguera ante dos aspectos igualmente significativos de la realidad.

Afirma: "El hombre puede vivir como quiera, pero no puede dejar de dar cuenta a sí mismo del modo como vive. Podemos - definir la razón como lo que el hombre se vió obligado a inventar con el fin de contrarrestar su tendencia a dudar, no sólo de las cosas y de los hombres, sino sobre todo de sí mismo" (9).

En un intento de superar el Idealismo y el Realismo Guo -

seológico , concibe Ortega la vida como realidad radical y de acuerdo con su vocación y que es la de un ser que vive proyectándose al futuro con el fundamento de su libertad. Y además, limitado por su circunstancia que es el medio en el que se actualizan sus posibilidades.

En suma: la razón no es ya definida como una operación intelectual, sino como la única posibilidad que tiene el hombre de caminar sobre el resbaladizo suelo de su existencia.

El hombre es un animal racional si por ello entendemos - que la razón emerge de la vida humana.

Así en este estadio, definitivamente sostiene el primado de la razón vital destinada a la comprensión de la vida respecto a la razón abstracta.

4. CIRCUNSTANCIA ESPAÑOLA.

Después de habernos introducido en el pensamiento de Ortega, no podemos ahora desligarnos de su típica circunstancia española.

Permítaseme en este inciso, dar un breve panorama de la situación histórica de España, imperante durante la vida y el desenvolvimiento de don José.

El final del siglo XIX, se caracteriza por la obra de la contra-revolución en España que presenta dos aspectos:

a) Se constata la victoria del unitarismo (fracaso de los movimientos federalistas y separatistas), es decir, la formación de una España fuerte y homogénea.

b) Los partidos se alternan en el poder, liberales y conservadores se suceden persiguiendo una política del mismo tipo, mientras que la oposición republicana, los deja obrar tranquilamente.

En el plano económico, es el momento del desarrollo general de la industria según el principio de la libre explotación de la todopoderosa iniciativa privada. Pero, el unitarismo ha triunfado por la fuerza y los sentimientos federalistas y separatistas no han muerto del todo, la estabilidad política representa la dictadura de las clases dominantes apoyadas por los partidos dinásticos y por la Iglesia e imponiendo su voluntad gracias al ejército. Y cabe decir, que ningún gobierno de esta época se ha volcado sobre los problemas verdaderos que aquejaban al país, a no ser en el momento de las elecciones. Pero, el problema agrario y el obrero vuelven a caer en el olvido.

En 1898, España pierde Cuba, cede Puerto Rico a los Estados Unidos y al año siguiente vende a Alemania las Islas Palaos, Mariana y Carolinas por 25 millones de pesetas mien --

tras que la deuda Nacional se eleva a más de 6,000 millones.

Se pide al gobierno la creación de nuevas escuelas. En 1902, Ortega empieza a escribir, año en que el reinado personal de Alfonso XIII parece señalar un cambio de política y así todos los partidos adoptan la teoría de la reedificación nacional e incluyen en su programa la intervención en los conflictos entre capital y trabajo, el establecimiento de una legislación obrera digna de este nombre y a la vez se propone el desarrollo de la enseñanza.

Se puede decir que la política española se caracterizaba por la preferencia dada a la gloria militar e imperial, sobre los problemas cruciales que se había decidido solucionar, el problema agrario y la enseñanza.

En conferencia dictada en 1914, Ortega reprocha al antiguo régimen su falta de eficacia, a la vez que la colusión de los partidos políticos no sólo con su cliente, la que ocupa todos los puestos importantes de los servicios ministeriales, sino también con la dirección de las grandes empresas. Toda la preocupación, es mantenerse y sobrevivir, por ello, tiene que crear una apariencia tranquilizadora pero todo ello es un sueño y dice don José: " es la imagen de una vida, en la que la única cosa real es el acto que la --

imagina.." (10).

Veamos las soluciones que propone Ortega: ante todo, reducir el gobierno a su justa medida, sólo es un órgano de la vida nacional y al servicio de ésta y deberá justificarse con un mayor rendimiento en el plano de la utilidad social. También, propone apelar a la libre espontaneidad de la Nación, ésta existe, pero es necesario organizarla y desarrollarla.

Para ésto, hay que devolverle la confianza, informarle objetivamente sobre los problemas nacionales. Crear órganos sociales, culturales, técnicos, de ayuda mutua. Suscitar una corriente de energía pública para obligar al gobierno a que deje de creerse la única cosa importante del país y que se ocupe de problemas verdaderos, que legisle en los órdenes en los que a veces España, tiene un siglo de retraso.

Despertar organización, estudio científico de los problemas, un ataque directo a las cuestiones obreras y agrícolas y al problema de la enseñanza, tales son en resumen las grandes líneas del programa orteguiano.

Debería haber información de las minorías hacia el pueblo, para dar a éste la posibilidad de comprender mejor sus propios problemas, de solucionarlos y abrirle a la cultura y a la vida del espíritu.

Este bosquejo, ya que no llegó a aplicarse, fue formulado por Ortega cuando funda en colaboración con otros la "Liga para la Educación Política de España", corriendo el año de 1914.

En este mismo año, estalla la Primera Guerra Mundial, debido a los graves conflictos internos existentes en España, ésta permanece neutral. El costo de la vida aumenta considerablemente en 1918, pero al final de la Guerra, la industria entra en una grave crisis. En el año de 1920, la emigración comienza, 150,000 españoles abandonan el país, se da el crack de la banca de Barcelona y sus consecuencias para la industria catalana.

Los movimientos políticos de masas tuvieron en España un carácter republicano y socialista, mientras que el ejército era monárquico. El conflicto entre el ejército y los movimientos revolucionarios populares, desembocó en una ley de jurisdicción que entregaba a los tribunales militares a toda persona que por sus escritos o sus palabras atacase a las -- instituciones de la fuerza armada.

El poder de la clase militar se extiende cada vez más y acaba por dominar la política Nacional. Para luchar contra el movimiento de democratización de la sociedad española, el

rey se apoyará en el ejército.

Los sucesos de Rusia tienen repercusiones en la actitud de las masas obreras y campesinas. El movimiento obrero se organiza y la Unión General de Trabajadores, la Confederación Nacional de Trabajadores y el Partido Socialista se hacen realidades e intentan hacer estallar la revolución pero el Ejército la hace fracasar y se condena a muerte - conmutada por trabajos forzados a perpetuidad- a los miembros del comité de huelga de Madrid. Estos, liberados más tarde vuelven a tomar la dirección del movimiento revolucionario.

La situación se torna insostenible hacia los años 1922 y 1923. El país camina hacia la revolución o hacia la dictadura, la cual triunfará a finales del '23 en la persona del Capitán General Miquel Primo de Rivera.

Ortega afirma que la situación de España obliga a los ciudadanos a la acción política; " La política es fuerza saludable, cuando permanece como actividad secundaria espiritual pero cuando se vuelve la única actividad espiritual es nefasta, pues lleva a confundir lo útil con lo verdadero y esta confusión es la mentira" (11).

Se inquieta por la existencia de la fuerza que tiene el Ejército y denuncia el peligro de ver al Ejército caer de

de la misma nación y aspirar a conquistarla.

Afirma que ni el Ejército comprende a los civiles, ni éstos a los militares, cada uno se encierra en sus problemas, en sus ambiciones y ésto es grave, particularmente en el caso del ejército, pues todo particularismo conduce a la acción directa.

Esta acción directa no significa revolución obrera contra clases dirigentes, sino una negativa por parte de un grupo social o profesional, de pasar por los medios legales para obtener aquello a lo que pretende tener derecho y esta forma de negarse a tener en cuenta a los demás, es la característica del particularismo.

Mientras la dictadura de Primo de Rivera va decayendo paulatinamente, esta caída ocasionará la de la Monarquía y se darán los primeros pasos de la República.

En un principio el dictador, se granjeó una popularidad grande por las victorias del Ejército de Marruecos y por el aplastamiento de las resistencias indígenas en 1926 con la ayuda de las tropas francesas, cosa que no gustó a todo el mundo. Pero, por una serie de torpezas, poco a poco se halló privado de todos sus apoyos: el monopolio de teléfonos en provecho de los capitales americanos le valió la hostilidad

de los capitalistas nacionales; la nacionalización del petróleo ocasiona que el capital extranjero se levante contra él.

Aparte su desavenencia con el cuerpo de artillería, le acarrea la enemistad del elemento más activo del ejército; su actitud en el orden de la enseñanza despierta la oposición intelectual, el desastre financiero le hace perder sus últimos amigos y el mismo Alfonso XIII, le abandona. En enero de 1930, Primo de Rivera dimite.

El turbulento período que separa esta fecha de las elecciones de abril de 1931, está marcado sobre todo por la organización de las masas obreras. Los republicanos y los socialistas establecen un plan común llamado Pacto revolucionario de San Sebastián. La infantería se pone al lado de los republicanos. Ante las reacciones suscitadas por las elecciones de abril, Alfonso XIII, falto de medios, renuncia a reprimir el movimiento revolucionario.

El general Sarjurjo, responsable del orden en la región de Madrid, hace comprender al rey, que sólo una abdicación inmediata puede impedir la revolución. El Rey abandona sin ser molestado el país.

En ese momento se proclama la República. Los republicanos están divididos en 7 partidos, entre ellos una "Agrupación al servicio de la República" de la que Ortega es diputado.

Sin embargo, Ortega no se presentará a las elecciones siguientes en 1933, pues renunciará.

Fue un período tan agitado como los precedentes, pero se distingue por una tentativa real de reconstrucción nacional basada en una serie de reformas que afectan a los verdaderos problemas españoles.

No obstante, la República fracasó, quizá por el exceso de la reacción popular contra todo lo que representaba el antiguo régimen, en particular contra la Iglesia -incendio de conventos, matanza de monjas y frailes - que obligó al gobierno no republicano a continuar la política de represión por la fuerza de los movimientos populares.

El primer gobierno, formado por una mayoría de centro izquierda (republicanos y socialistas), fracasa por haber querido realizar un programa propio en el marco de un sistema parlamentario poco manejable.

La tentativa de la derecha, que sucedió a este primer fracaso no llegó a conciliar la creación de una república conservadora. Finalmente, el Frente Popular, se presentaba en una situación más firme, tenía la mayoría parlamentaria y al parecer el apoyo del pueblo.

Pero, las reacciones no se hicieron esperar, surgiendo

por fin, una guerra civil que decidiría el destino del país.

Así, mientras España decide su futuro, Ortega parece desinteresarse de ella. No sólo renuncia a su cometido de Diputado, sino que sus textos versan sobre temas apartados de la política. Rechaza incluso la "banda de la República" que le ofrecía el gobierno y al estallar la Guerra Civil decide abandonar España.

En 1933, don José cumple 50 años y piensa que ha llegado el momento de exponer sus ideas, de modo más sistemático. Se inicia la era de la "segunda navegación", como a él mismo le gustaba denominarla.

Además, un cierto sentimiento de fracaso en el plano práctico le abruma, la Liga de 1914 no dió resultado; sin embargo el proyecto de cultura llevado a un mismo tiempo por El Espectador (1916-1934) y por la Revista de Occidente (1926-1936) no fracasa del todo.

Sin embargo, Ortega piensa que no ha podido conseguir ejercer una influencia profunda en España y ésto lo desalienta.

Desde hacía varios años, venía anunciando en sus obras la catástrofe española, principalmente en su obra "España Invertebrada". Eastaron dos años para demostrar que no se trataba de pesimismo, sino de clarividencia.

Piensa don José que no hay nada que hacer. No puede dejar de pensar en la suerte de hombres valiosos, como don Miguel de Unamuno, reducido a la impotencia por haber hablado expresando sus ideas libremente. Sea o no cierta la leyenda según la cual el autor de El Sentimiento Trágico de la Vida, fue abofetado por el simple hecho de que era un intelectual, es reveladora de lo que un filósofo podría emprender prácticamente. Ortega, con todas estas situaciones tan absurdas decide abandonar el país.

En 1930 en el periódico La Nación de Buenos Aires, publica un artículo llamado "No ser hombre de partido" y afirma: "ser hombre de partido es renunciar a ser uno mismo, a elegirse libremente en cada instante, a asumir su destino auténtico. Es aceptar un ser artificial para excusarse de pensar a título estrictamente personal.." (12).

Cuando el 1° de enero se entera de la muerte de Unamuno acaecida en el año de 1936, escribe que Don Miguel ha muerto a causa del mal de España, se niega a probar que no se trata de una simple frase, pues ello como lo afirma textualmente, "me obligaría a hablar de temas que me he prohibido desde hace años". Concluye su artículo diciendo "ahora que la voz de Unamuno ha callado para siempre, temo que nuestro país conozca -

una era de atroz silencio.." (13).

En un texto que data de 1925, hay una cita interesante que coincide con la realidad que años después viviría España: "no hay salud política cuando el gobierno no gobierna con la adhesión activa de las mayorías sociales. Tal vez por ósto, la política me parece una faena de segunda clase" (14).

Mientras en España, continúa la Guerra Civil y el 17 de julio del mismo año de su inicio, 1936, el General Francisco -- Franco Bahamonde, se pone al frente de la tropa. Fue una guerra sangrienta hasta el 1º de abril de 1939, en que se anuncia el cese de hostilidades. Triunfa así las fuerzas del Movimiento Nacional.

Miles de combatientes republicanos, con sus familias salen de España hacia otros países. Mientras, en el mismo año 1939, estalla la Segunda Guerra Mundial; comprendiendo que la neutralidad es lo más indicado para España, quien tenía que pasar por un período de reestructuración, el General Franco la mantiene fuera de esta Guerra.

La nación quedó legalmente como Monarquía, pero sin rey y Franco quedó como Regente.

Bajo el gobierno del General Franco, quién recibió el título de "Caudillo", España paulatinamente se va restaurando.

Ortega desde que abandonó España en 1936, ha residido en países como Francia, Holanda, Argentina y Portugal. Continúa viajando y escribiendo, hasta que en 1945 finalmente decide regresar a su Patria. Permaneció alejado de la cátedra, de la que fue jubilado en 1952.

Funda en Madrid con su discípulo Julián Marías, el Instituto de Humanidades. Años después en 1955, muere en Madrid un 18 de octubre.

5. LA INFLUENCIA Y LA OBRA ORTEGUIANA.

La Filosofía Orteguiana se encuentra emplazada, dicho con una frase suya "a la altura de los tiempos" y resulta por esto plenamente actual, no sólo por su información sino por estar abierta a los problemas de hoy y dirigida a ellos, con los medios de hoy.

Decía el mismo don José: " Mi obra es por esencia circunstancial" (15).

Su sugestiva fórmula "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo a mí mismo", la llevó a cabo sobre sus propias circunstancias que eran la situación histórica de su país, declarándose solidario de todo lo que era español, - haciendo propios los problemas de sus compatriotas.

Ser su circunstancia era para él poner todas sus fuerzas

su inteligencia, sus conocimientos, sus técnicas, su sensibilidad, su entusiasmo en la solución de las dificultades en que se debatía la sociedad de la que formaba parte.

En su obra, vemos formularse una cierta cantidad de oposiciones, resolverse parcialmente para transformarse en nuevas oposiciones más profundas o más constitutivas de la realidad.

Se le ha tachado de ensayista, más que de filósofo; ésto no es una crítica grave y él mismo contestaba con humor: "por qué no tratan de ver si la mía, no era en vez de una filosofía fallida que quedara en literatura, una literatura convenientemente preparada que acababa en Filosofía; o mejor dicho que acababa haciendo ingerir un pensamiento filosófico y al día, al desnutrido organismo intelectual español" (16).

Ortega ha fustigado como pocos todo cuanto se ha opuesto a las más altas formas de espiritualidad de nuestra cultura, desde el Estado absorbente y uniformador, hasta el hombre masa y el señorito satisfecho.

Afirma José Antonio Maravall, discípulo suyo, los siguientes conceptos: "El nombre de don José Ortega y Gasset y su obra, se recuerdan inmediatamente en tantas ocasiones, cuando se quiere hacer labor de verdadero y profundo humanismo" (17).

Luchó siempre contra la falta de autenticidad en el hom--

bre actual y en sus obras. En general, fue un filósofo muy discutido, algunos lo han llamado "peregrino ameno de la filosofía" (García Pacca); otros le llaman "torero del espíritu" (Kraus).

Entre sus críticos más severos, tenemos al Padre Iriarte quien afirma "su filosofía es de la dispersión, carente de cohesión y de originalidad".

También Sánchez Villascor nos habla de un "frívolo mariposar de su pensamiento, versátil e invertebrado".

Uno de sus defensores, Jean Paul Borel, nos dice algo que a mí parecer es de interés para entender a Ortega: "La Filosofía contemporánea quiere ser difícil de captarse, a fin de ser más activa. Ortega, en cambio, pretendía por deber y no por orgullo ser leído y sabía que el lector español sólo le leería si era claro, así pone ejemplos en su obra constantemente, sacados de la vida práctica y que forman parte de la vida corriente.

Ortega llegó a ser un gran filósofo de la lengua española y dotó de un mundo de ideas creando un clima cultural e intelectual a españoles e hispanoamericanos. Los españoles han recibido de él una formación cultural; refutado, corregido, interpretado, utilizado, Ortega está presente en el pensamiento de su país" (18).

De entre sus discípulos se encuentran pensadores importantes como: Julián Marías, García Morente, Zubiri, José Gaos - Valdecasas, Díez del Corral, Maravall y otros.

Como vemos, son opuestos los juicios acerca de don José y objetivamente diremos que algo tienen de razón, tanto sus defensores como sus opositores. Y actuando a la manera Ortiguiana, rechazaremos todo dogmatismo y estaremos abiertos hacia la crítica constructiva que nos lleve a descubrir el verdadero significado de su filosofía y de los valores y aspectos positivos de su obra. En cuanto a los aspectos confusos o contradictorios de sus teorías, igualmente trataremos de reflexionarlos y de complementarlos.

Por ésto antes de emitir un juicio personal sobre la filosofía de Ortega, es conveniente que nos empapemos de su pensamiento, de su intención y de su preocupación. Su lucha fue contra la actitud del hombre mediocre, así como contra el optimismo fatuo del siglo XX. Trató de encontrar un equilibrio aproximado, basado en la lucha y el esfuerzo permanentes del hombre por superarse y ser fiel a sí mismo y sobre todo en el enfrentamiento del hombre con su circunstancia y su reabsorción definitiva.

CAPITULO II

ELEMENTOS DE UNA ANTROPOLOGIA ORTEGUIANA

1. EL CONCEPTO DE HOMBRE

Después de habernos introducido en la circunstancia del propio Ortega y de haber expresado escuetamente algunos de los puntos principales de su filosofía, procederemos a profundizar más sobre su pensamiento antropológico.

Empezaremos por tratar de responder a la pregunta sobre qué es el hombre para don José.

Primeramente diremos que él rechaza la definición del hombre como un animal racional (*homo sapiens*), ya que ésta nos da a entender que el hombre apenas empezó a serlo, tuvo a su disposición con suficiente integridad ese poder que llamamos razón.

Afirma.. " Es falso que el hombre primigenio poseyera la facultad de razonar plenamente, tenía de ello sólo gérmenes que luego a lo largo de la historia, con gran lentitud y - sufriendo pasmosos retrocesos se han ido desarrollando.

Tanto es así, que a la hora presente cuando el hombre lleva sobre el planeta aproximadamente un millón de años, está todavía lejos de una suficiente racionalización. El hombre está como decían algunos teólogos - in vía - es decir, está en camino de llegar a ser racional" (19).

Para robustecer esta idea nos recuerda que el hombre au-

roral, tuvo que dedicarse íntegramente a cazar para subsistir.

El ser del hombre consistió primero en ser cazador, nuestra especie no desapareció y esta ocupación fue substituida por - otras. Esa capacidad de ser una tras otra infinitas cosas diferentes es precisamente para Ortega el verdadero significado del concepto hombre.

Al respecto de su afirmación de que el hombre está in vía o en camino de llegar a ser racional, podemos acudir a Santo Tomás, quien nos explica: "El hombre tiene desde el principio y junto con su alma racional, la razón o facultad de entender y no el hábito ni el acto de razonar, no el uso de la razón, sino cierto desarrollo y éste se va poco a poco perfeccionando a través de su vida y experiencia, ayudado también por el uso de sus sentidos.

El entendimiento humano, concedido al hombre junto con su alma, es de suyo pura potencia de entender, sin acto alguno.

El entendimiento posible del alma humana es como un ser totalmente en potencia, en el orden intelectual" (20).

Y continúa diciendo: "el entendimiento posible está en potencia respecto de todas las cosas inteligibles, por eso se le compara a un encerado en que no hay nada escrito" (21).

Acudiendo a otra cita más, encontramos lo siguiente:

"El hombre debe adquirir con su trabajo todas sus ideas y pensamientos, procediendo por medio del discurso o raciocinio, el nombre de razón significa propiamente una facultad cognoscitiva por discurso. Razonar designa un conocimiento complejo y discursivo, en cuanto que comparando una cosa con otra, vemos en conocimiento de la una por la otra. Al principio conocieron los hombres muy poco de la verdad y después paulatinamente llegaron a un conocimiento más perfecto, no exento de errores y titubeos" (22).

Podemos decir entonces que precisamente por poseer una facultad de razonar, es capaz el hombre de adoptar infinitas -- formas y facetas en su vida. La razón por ser capaz de conocer muchas cosas y de poder combinarlas de muchas formas, tiene una inventiva grandiosa; pero hay que advertir que la racionalidad en el hombre es algo sustancial, la potencia o facultad de razonar es algo que naturalmente le pertenece como propiedad natural. El acto de pensar es el ejercicio de esa facultad y el hábito de razonar es una cualidad adquirida por dicho acto y consolidada por la repetición del mismo.

Sin embargo Ortega no está de acuerdo con la "sustancialidad" del hombre, para él es un ser circunstancial e histórico.

Afirma: " El hombre en vez de naturaleza, tiene historia; -

ésta es el modo de ser propio a una realidad cuya sustancia es precisamente la variación. El hombre es insustancial, en ello estriba su miseria y esplendor. Al no estar adscrito a una consistencia fija e inmutable - a una naturaleza - está en franquía para ser o por lo menos para intentar ser lo que quiera. El hombre está siempre in vía" (23).

Al decir ésto, entendemos que el hombre es posibilidad infinita, cierto que la vida no nos es dada hecha, pero no podemos pensar que sea un mero proyecto, ya que los proyectos se hacen sobre una realidad, sobre un ser. La posibilidad es siempre posibilidad de algo o de alguien, por tanto de un ser actual y la historia lo es de una naturaleza. Sin una estructura permanente del hombre, sin una naturaleza ¿cómo historiar lo historiado?

Cuando intentamos no definir, sino tan solo describir al hombre, debemos contar con que este hombre exista, que sea.

Como afirma la lógica tradicional, el ser es la condición del conocer.

En otro texto, nos explica Ortega el carácter histórico del hombre y afirma: "El hombre tiene que contar con su historia, es una entidad histórica y toda realidad histórica - no es definitiva. Adquirir conciencia histórica de sí mismo es aprender a verse como un error" (24).

El hombre es circunstancial, es un drama, un ser peregrino siendo pura tarea y puro afán de ser. El hombre es su vida y por ésto es una precisa tarea vital.

" El hombre es afán de ser, de subsistir y ese afán es absoluto, de ser tal y de realizar nuestro individualísimo yo.

Sólo puede sentir afán de ser, quien no está seguro de ser o quien siente constantemente problemático si será o no en el momento que viene y si será de éste o del otro modo" (25).

Nos advierte varias veces en sus obras, que para hablar del ser "hombre", tenemos que elaborar un concepto no-eleático del ser. El hombre es una entidad infinitamente plástica de la que se puede hacer lo que se quiera, por ésto quien quiera entender al hombre tiene que echar por la borda todo concepto quieto y aprender a pensar con nociones en marcha incesante.

Cuando nos habla de que el hombre es por esencia drama, quiere decir que en cada instante de su vida, encuentra el peligro y el riesgo. Ser hombre significa estar siempre a punto de no serlo.

Nos da para explicar esta teoría un ejemplo. Recordemos que a Ortega siempre le pareció la metáfora un medio muy efectivo para hacernos llegar de una forma rápida y precisa a la verdad.

Nos dice: " Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, es decir, no puede destigrarse; el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. La mayor parte de los hombres traiciona de continuo a ese sí mismo que está esperando ser, es nuestra individualidad personal un personaje que no se realiza nunca del todo" (26).

En este párrafo, encontramos de manifiesto una de las diferencias esenciales entre el animal y el hombre y es la capacidad del libre albedrío. El hombre es libre y está condenado a elegir siempre, sin embargo esta libertad no es limitada puesto que al ser circunstancial e histórico, el hombre ya está limitado. Pero, dentro de esta limitación, las opciones son variadas.

El hombre puede elegir, tan es así que frecuentemente elige no ser él mismo. Paradójicamente, la inautenticidad viene a demostrar la libertad.

El hombre Ortegaiano tiene una exigencia en su vivir y es la de enfrentarse constantemente con su circunstancia, el tomar plena conciencia de sus posibilidades y limitaciones, así como de su libertad y de la responsabilidad de sus actos libres.

Pero, siempre se encuentra una puerta abierta a algo más,

el hombre adquiere conciencia histórica y como dice Ortega aprende a verse como un error, sin embargo, no se queda ahí, es decir, no se sienta a contemplar el espectáculo que le ofrece su miseria y su constitutiva limitación, ni se angustia y se da por vencido. El hombre orteguiano, como iremos viendo en el transcurso de este trabajo, aprende y reflexiona sobre su situación, tomando fuerzas para emprender la lucha por vivir y hacerlo de una forma auténtica.

Pero, volviendo al hombre concreto, cabe la pregunta sobre la constitución de la persona humana, Ortega nos explica que está constituida por tres zonas que son: vitalidad, espíritu y alma. Veamos en qué consiste cada una de ellas.

" La vitalidad es una parte de nuestra persona que se halla como enraizada en el cuerpo, es como un alma corporal.

A ella pertenecen los instintos. Cada uno de nosotros es una fuerza vital, mayor o menor, sana o enferma, esto se demuestra pues cada cual advierte que todos sus actos mentales y materiales, manan de un oculto tesoro de energía viviente y además, éste tiene una cuantía determinada. No sólo percibe el hombre su propio tesoro de energía, sino que al entrar en contacto con otros hombres, se nota la calidad y cantidad de la vitalidad ajena. Así, entre fuertes nos robustecemos y en-

tre débiles nos extenuamos" (27).

Pero si la vitalidad constituye la raíz de nuestra persona, la cima de ella es el Espíritu. Ortega lo llama, lo más personal, pero no lo más individual; veámos en qué consiste esta zona.

" Llamo espíritu, al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista. Me refiero al pensamiento y a la voluntad " Y agrega : .." Pero entre la vitalidad y el espíritu hay una zona intermedia, la región de los sentimientos y emociones, de los impulsos, apetitos y deseos y la denominamos: Alma. El espíritu, el Yo no es el alma, pudiera decirse que aquél está sumido y como naufrago en ésta.

Puede una vez que ha surgido un deseo o una emoción del alma, bajo el imperio de la voluntad, contraerla, cerrando sus poros y haciéndola hermética, o puede esponjarla dilatando sus poros, aprestándola a absorber grandes cantidades de amor o de odio, de apetito o de entusiasmo " (28).

Sin embargo, Ortega nos hace la aclaración que esos tres nombres dados a las partes del alma, no son sino palabras para denominar las diferencias patentes que hallamos en nuestros íntimos sucesos: son conceptos descriptivos, no hipótesis metafísicas.

Según lo expresado anteriormente por Ortega, en cuanto a las zonas de la personalidad, podremos decir que el espíritu es la zona personal, donde radica el Yo; pero el alma, es la parte en donde radica la individualidad de cada uno, ya que en ella se encuentran los sentimientos que incluso la voluntad frecuentemente no puede dominar, y que aparecen a veces como ajenos a ella misma y hasta opuestos.

Deducimos por ésto que el alma en su individualidad, excluye toda interpretación del hombre como centro del universo, pues la personalidad tomada incluso en sentido general, se opone a otras personalidades idénticas, no pudiendo estar en el centro del universo, ni éstos ni la precedente.

Hay un gran interés de Ortega en el doble vínculo del hombre con lo exterior, por medio del espíritu y del alma. Según que predomine una de las tres zonas de un individuo, estará o despersonalizado hacia uno u otro polo del universo o consumado, pero al mismo tiempo recogido en su individualidad.

Es importante hacer notar, que en el hombre existe una parte íntima que se cubre frente a los demás: el alma. En ella me siento en soledad y me enfrento con la exigencia de ser lo que tengo que ser y solo. Esto me produce la sensa--

ción de estar desterrado del resto de las cosas y de los seres que me rodean.

Y al mismo tiempo siento una angustia y un cansancio enorme de vivir sobre mí mismo y ambiciono reposar sobre algo que no sea mi sola individualidad. Pero, ¿qué hacer?

Y la respuesta la encontramos en el amor, Ortega nos dice incluso que el amor es el único remedio para que descanse el alma, porque .."¿Qué es el amor, sino hacer de otro nuestro centro y fundir nuestra perspectiva con la suya? " (29).

Aquí encontramos claramente la puerta abierta a la trascendencia en la filosofía de Ortega. El hombre no se queda en sí mismo, aunque sepa que la soledad en su vida es constitutiva y necesaria; sino que una vez que se encuentra, procede a abrirse al otro. Y este estar abierto a algo o a alguien es un símbolo inequívoco de aspirar a trascender, a ir más -- allá de mí mismo, sin que por eso pierda mi propio ser. Así entendemos el amor del que nos habla don José.

Cabría añadir algo más, el amor es una actitud peculiar y permanente del espíritu. Leyendo a Agustín Basave, en su obra Filosofía del Hombre , encontramos algo muy interesante acerca del amor. Nos dice textualmente: " Existen 4 notas que se le pueden asignar al amor: la primera es que el amor supone -

abundancia de la vida interior. La segunda, el sentido y el valor de las personas y de las cosas, aparecen a la conciencia amorosa en su radiación más alta. La tercera, hay en el amor, ilusión y transfiguración. Y finalmente la cuarta es que la plenitud del amor, supone reciprocidad y por tanto fusión, es un afán de entregarse, expandirse y realizarse.

Estamos condenados a una progresiva disminución de nuestras energías y sin embargo ni éstas ni otras formas de limitación, nos impiden pensar en la vida, ni nos impiden amarla" (30).

A la pregunta acerca de lo que es el hombre, la respuesta Ortegiana es: " Es lo que tiene que llegar a ser, no lo que de hecho es. El hombre es definido por su finalidad" (31).

Entonces, el hombre sería un ser teleológico y nos viene a la memoria una cita de don Samuel Ramos, que consideramos adecuada para explicar esta idea, él afirma que el hombre es una entidad telcológica puesto que puede proponerse conscientemente un fin y tratar de alcanzarlo.

2. EL YO PROGRAMÁTICO

Ortega nos dice que el cuerpo y el alma no deben seccionarse del hombre, no porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar dónde nuestro cuerpo termina y co

mienza nuestra alma.

Incluso elogia al catolicismo, pues siempre tuvo la impresión de que el cuerpo nos es muy próximo, tanto que por cautela enseña a temerlo. Temer algo es una manera de reconocerlo, es un gesto de homenaje, y afirma: "El catolicismo tira del cuerpo y del planeta todo hacia arriba, se trata de salvar todo, también la materia, necesitamos no perder ningún ingrediente: alma y cuerpo, vamos hacia una edad cuyo lema no puede ser o lo uno o lo otro, sino lo uno y lo otro. Integración, síntesis, no amputaciones" (32).

Sin embargo, mi cuerpo y mi alma no son mi Yo, son cosas que me rodean, "circunstancias". El hombre se encuentra rodeado de una serie de medios para realizar su vida, el cuerpo y el alma caen dentro de esta categoría: medios para realizar un proyecto de vida.

Nos dice acerca de esto: "Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. Este proyecto en que consiste el Yo, no es una idea o un plan ideado -- por el hombre y libremente escogido, es anterior a todas las decisiones de su voluntad. No tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese

proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, prescindir de él o sustituirlo" (33).

Aquí notamos que el Yo Orteguiano al igual que el hombre, no es una cosa, ni una sustancia o naturaleza, tampoco es un sujeto fijo e inmóvil.

No hay que perder de vista una idea central en la filosofía de Ortega y es la de que el ser del hombre es la vida. De ahí la importancia de realizar un auténtico proyecto vital -- que será lo mismo que realizar el auténtico ser del hombre.

Nos dice: "La vida es el afán de realizar un determinado proyecto o programa de existencia y su Yo no es sino ese programa imaginario. El yo es un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es. Todo aquello cuyo modo de ser consiste en ser lo que ya es, en lo que coinciden su potencialidad con su realidad, se llama cosa" (34).

Entonces, de la peculiaridad del Yo, dependerá el valor -- con que en nuestra vida quedan calificadas todas nuestras cosas (alma, cuerpo, carácter y circunstancia). Serán nuestros por su relación favorable o desfavorable con aquel personaje que necesita realizarse. Yo soy una cierta individualísima -- presión sobre el mundo.

Ahora, mi yo se encuentra forzado a existir en una circunstancia determinada, esta noción de circunstancia en Ortega -- significa en términos generales el mundo, todo lo que no soy Yo.

La vida es una sustancia circunstancial, está enmarcada - en un aquí y ahora. Por ésto, todo lo que hagamos lo tendremos que hacer en vista de nuestra circunstancia; tendremos que realizar la pretensión que somos en una determinada circunstancia. ¿De qué forma actúa ésta frente a nuestra pretensión de ser?

Responde Ortega: "La pretensión o programa que somos opri-me ese mundo en torno y éste responde a esa presión, aceptándola o resistiéndola; es decir, facilitando nuestra pretensión en unos puntos y dificultándola en otros. Lo que llamamos mundo o circunstancia es el sistema de facilidades y - dificultades con que el hombre programático se encuentra" (35)

En otro texto, encontramos que Ortega nos habla de que -- ese programa de vida que cada cual es, es obra de la imaginación de cada uno. Esto parece contradictorio, pues anteriormente nos decía que el proyecto en que consiste el Yo, no era una idea o plan creado por el hombre, y aún más, no era libre ni dependía de su voluntad.

Esta confusión puede aclararse si pensamos que el programa de vida que cada cual es, lo vamos haciendo conforme vamos viviendo; inclusive existen varios programas "modelos", entre los cuales podemos elegir el nuestro imprimiéndole nuestro sello particular y muy personal. Pero, la exigencia a realizar un proyecto vital de acuerdo a nosotros mismos, es anterior a la voluntad y se nos impone, podemos decirlo, de una manera "a priori".

Esta idea nos deja un cierto sabor a "Idealismo", a la manera kantiana, cosa que no es de extrañar tomando en cuenta los años que pasó Ortega estudiando bajo el influjo de esta corriente.

Afirma: "Ese programa de vida, es obra de la imaginación, todos nos hemos forjado diversos programas de vida entre los cuales oscilamos, realizando ahora uno y luego otro. Esos -- proyectos o programas vitales, se nos presentan con una voz extraña, emergente de no sabemos qué íntimo y secreto fondo nuestro, que nos llama a elegir uno de ellos y a excluir a los demás. Todos son presentados como posibles, pero uno solo se nos presenta como lo que tenemos que ser. A esa voz que nos llama, la denomino Vocación" (36).

Entonces el Yo programático es un ser que consiste en aún no ser y que sin embargo no es exactamente lo mismo que el hombre, éste sería la suma de aparatos con que vive, equivaliendo a un actor encargado de representar aquél personaje que es su auténtico Yo. Pero, a la vez este Yo, situado en esta perspectiva, es tan fluente y movedido como el hombre y como la vida.

El P. Ramírez, en su obra La Filosofía de Ortega y Gasset nos hace ver que existe una cierta contradicción en esta teoría sobre el Yo programático, ya que el Yo, o es pura vida y pura acción vital con exclusión del sujeto de atribución o es el sujeto de atribución de nuestras acciones vitales y de nuestros pensamientos.

Afirma textualmente: "Si fuese lo primero, sería como admitir la vida sin viviente, el pensamiento sin pensador, las acciones sin agente. Y como las acciones y pensamientos se cambian y se suceden continuamente, el yo no sería tampoco algo durante toda la vida de cada cual, sino una serie ininterrumpida de "yos" sucesivos.

Si se acepta lo segundo, entonces el sujeto no puede ser otro que el individuo o la persona y ésta tiene que ser una substancia" (37).

También encuentra contradictorio que hable de un centro o núcleo, si todo es absolutamente movimiento y mero cambio, - así como cuando llama al Yo, el personaje del drama vital o bien su argumento o trama. Esto se debe a que Ortega habla constantemente del personaje en torno al cual gira todo el drama y su argumento, entonces estamos entendiendo que este personaje es un centro o un núcleo de operaciones y referencias.

Recordamos que en cierta parte afirma don José cuando habla del Espíritu con respecto del alma, que el Yo asistía a mis impulsos, amores y odios como un espectador, un juez, un capitán que los disciplinaba; parece entonces que volvemos al sentido del Yo como persona, es decir, como -- substancia racional individual. El Yo como origen y soporte.

Consultando a Santo Tomás, encontramos la siguiente cita: " La persona humana es el hombre todo, no su alma sola, ni menos su cuerpo, sino ambas unidas armónicamente. El alma es una parte de la naturaleza humana y como se une al cuerpo, no se puede llamar una sustancia individual, como tampoco lo es la mano, ni cualquier parte del cuerpo huma-

no" (38).

3. EL CONCEPTO DE AUTENTICIDAD

El hombre auténtico es fiel a sí mismo y esta fidelidad se entiende a un nivel histórico ya que es también fiel a su generación y a su tiempo. No podemos realizar nuestro proyecto sino sobre el nivel histórico que hemos recibido.

La noción de Autenticidad, es genérica; ser auténtico significa ser uno mismo.

Ortega nos dice que el hombre era vocación, destino irremediable. Entonces, la autenticidad de la vida y del hombre es la aceptación de ese proyecto-norma que somos.

Nos explica que, "No se trata de exigir al prójimo genialidad. Por inteligencia entiendo que la mente reaccione ante los hechos con alguna agudeza y precisión, que se vea lo que se tiene delante con un poco de exactitud y rigor" y afirma después: "Más de ordinario, se tiene la impresión de vivir - entre sonámbulos que avanzan por la vida sumergidos en un - sueño hermético del que no es posible despertarlos para hacerles percatarse del contorno. Probablemente ha vivido casi siempre en estado sonambólico" (39).

Aquí encontramos una concepción de la vida que parece anunciar el tema del absurdo que el ambiente del siglo XX irá

a desarrollar tanto en filosofía como en literatura y teatro, sin embargo, este absurdo no es inevitable.

Siempre afirmó que la autenticidad no era imposible, puesto que estaba indicando el camino que a ella conduce la inteligencia en su aspecto más cotidiano; claro que se refiere a una inteligencia despierta y consciente.

Nos explica: " El valor de la autenticidad reside en el hecho de que puede ser alcanzada, solamente a cambio de un sincero y constante esfuerzo. Es a la vez objetivo y método, es a un tiempo la actitud que permite llegar a la posesión y la posesión misma" (40).

La época en que vivimos se caracteriza por la búsqueda de una nueva actitud coherente. Ortega encuentra que existen varias posiciones del hombre frente a su tiempo: una que es negativa y que consiste en la pura y simple aceptación ciega y pasiva. Esta es la más grave, ya que conduce al desánimo, al abandono de uno mismo al mundo, negándole seguir el camino en el que accidentalmente está introducido. Como dice él mismo, es aceptar que nuestro tiempo está hecho por los demás, por el azar; es decir, por el absurdo o por el mal.

La otra actitud es la positiva, que consistirá en aceptarlo, criticándolo e intentando llevarlo de su incesante falsi

ficación a su verdad esencial.

Viviendo una época de crisis, en que los hombres ensayan a la desesperada unas y otras formas de vida, sin sentirse solidarios de ninguna, Ortega siente que su vocación es llamar al hombre a la autenticidad.

Divide a la humanidad en dos clases: los que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismos dificultades y deberes y los que no se exigen nada especial, para los que vivir es un ser a cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismos, que son como boyas que van a la deriva.

Genialmente afirma don José: "No hay división de clases, sino división de hombres" (41).

4. EL HOMERE AUTENTICO Y EL HOMBRE MASA

Ortega insistió frecuentemente sobre las posibilidades de enajenación que nos acochan. Y hace un análisis de la personalidad del hombre masa, término con el que denominaremos al hombre que ha caído en la inautenticidad. Expondremos dicho análisis para poder llegar a entender cómo es el hombre auténtico.

Nos referiremos constantemente a su obra La Rebelión de las Masas, en donde se encuentra plasmada con mayor clari-

dad esta noción.

"Masa es todo aquél que no se valora a sí mismo, que se siente como todo el mundo y no se angustia por ésto. Se siente a sabor el sentirse idéntico a los demás. Parece que es característica de nuestro tiempo, juzgar al que es diferente como indecente. Quien no sea como todos, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado" (42).

Critica al hombre del siglo XIX, quien creyó haber llegado a la altura del tiempo y expresa: "La auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro de la arribada. Como decía Cervantes: el camino es siempre mejor que la posada." Y advierte Ortega: "Un tiempo que se ha satisfecho, ya no desea nada, plenitud es conclusión. Ser un horizonte siempre abierto a toda posibilidad es lo que significa la vida auténtica. Vivimos en un tiempo que se siente fabulosamente capaz para realizar, pero no sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero no es dueño de sí mismo" (43).

Nos viene a la mente una cita de Scheler, cuando hablaba del hombre de este siglo, quien veía desplegarse ante su mirada un mundo de objetos cada día mayores en atracción y utilidad," Cosas muy alegres, contempladas por hombres muy -

tristes que no saben qué hacer con ellas".

Para Ortega, la existencia es un constante quehacer, el -- hombre tiene constantemente que hacerse a sí mismo, no estamos acabados, por ésto tenemos que elegir entre las diversas trayectorias que se nos presentan, debemos decidir lo que vamos a ser en este mundo. La preocupación de Ortega, es la de que en este tiempo predomina el hombre-masa, y éste tiene una vida que carece de proyecto y que va a la deriva, es incapaz de construir algo, aunque sus posibilidades sean enormes.

El hombre que analizamos, se habitúa a no apelar de sí mismo a ninguna instancia fuera de él. Por esto está satisfecho tal cual es.

Afirma al respecto: " Al hombre mediocre se le ha cerrado el alma. La persona se encuentra con un repertorio de ideas dentro de sí. Decide contentarse con ellas y considerarse intelectualmente completa. El hermetismo nato de su alma le impide lo que sería condición previa para descubrir su insuficiencia: compararse con otros seres. El hombre masa tiene las ideas más taxativas sobre cuanto acontece, por eso perdió el uso de la audición. ¿Para qué oír si ya tiene dentro cuanto hace falta?

Ya no es cuestión de escuchar, sino de decidir, de juzgar

y sentenciar. El hermetismo del alma que empuja a la masa para que intervenga en toda la vida pública, la lleva a un procedimiento único de intervención: la acción directa - la violencia - que no es otra cosa que la razón exasperada" (44).

Entendemos que este tipo de hombre que Ortega denunció ha llegado a imperar en nuestro tiempo, a diario nos topamos con él, gente que repite mecánicamente las ideas que escucha a través de los medios masivos de comunicación, que generalmente se abocan al aspecto de entretenimiento. O bien, se apropia de ideas basadas en prejuicios tradicionales que en un momento dado sirven para enmascarar un oscuro complejo de inferioridad que revierte en un sentimiento de envidia hacia el que ha logrado sobresalir en aspectos que no están al alcance de la masa.

El hombre que se atreve a ser diferente corre el riesgo de ser rechazado por los demás y si acudimos a la historia, encontraremos bastos ejemplos de este fenómeno, grandes hombres que por defender su verdad han terminado crucificados o encarcelados.

Recordemos a Anatole France, quien decía que un necio,

era mucho más funesto que un malvado, porque el malvado descansa algunas veces, en cambio el necio, jamás.

Denunció Ortega la aparición de este tipo de hombre en el destino europeo y recomendó que cuando éste hiciese su aparición, debería darse voz de alarma pues indicaba que la vida se hallaba amenazada de degeneración. Al hombre masa no le interesan los principios de la civilización, sólo le interesan los anestésicos, los automóviles, el confort, el placer, etc.

Expresa Ortega: "Toda la convivencia humana va cayendo -- bajo el régimen de este tipo de hombre, en el que se suprimen las instancias indirectas. En el trato social se suprime la buena educación, la literatura como acción directa se constituye en insulto, las relaciones sexuales reducen su trámite.

El hombre masa ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana. Cree poder comportarse fuera de casa como en casa, - cree que nada es fatal, irremediable. No es que no se deba hacer lo que le dé a uno la gana, es que no se puede hacer sino lo que cada cual tiene que hacer o tiene que ser. Las verdades teóricas se discuten, nacen de la discusión, pero el destino no se discute, se acepta o no. Si lo aceptamos somos auténticos, si no, somos la falsificación de nosotros mismos.

El hombre masa trata de huir de su propio destino, de evitar el careo con ese que tiene que ser" (45).

Nos advierte también que el hombre masa carece de moral, -- ya que ésta es siempre sentimiento de sumisión a algo, conciencia de servicio y obligación.

Nos dice: "El hombre masa está viviendo de lo que precisamente niega y que otros construyeron o acumularon. Surge así el cínico que jamás crea ni hace nada, es un parásito de la civilización, vive de negarla porque está convencido de que nunca faltará" (46).

Dijimos anteriormente que íbamos a utilizar el concepto "hombre-masa" en un sentido genérico, pero existen diversos grados de inautenticidad en cada hombre. Así podemos ser -- "masa" en algún aspecto sin que por ello perdamos nuestro juicio auténtico. Por ejemplo: se puede ser masa, en el orden particular de la música o del deporte, etc.

Ortega nos hablaba del hombre de partido, que es el que hace callar su sentimiento personal para pensar artificialmente como todo el mundo o como una minoría determinada. Así se puede ser "radical socialista" o "cristiano", etc.

En cambio, el que intenta comprender, apreciar, alumbráñ

dose con la opinión de personas más familiarizadas con el problema, esto es, compartiendo su opinión solo en la medida en que puede adherirse sinceramente a ella, es aquél que logra - de alguna manera ser auténtico.

Hay actitudes sobrehumanas, en el sentido de que el hombre intenta eclipsarse en provecho de una instancia que juzga superior, ya sea una ideología determinada, o la Razón Pura o simplemente la cordura de la gente.

Pero, también está la actitud infrahumana de quien simplemente renuncia a pensar, a reflexionar, de quien piensa que todo viene a ser lo mismo, que todo está bien, siendo igual con tal de que le dejen a él tranquilo. Es la persona que de antemano está de acuerdo con todo el mundo, por miedo a la discusión.

De estas dos actitudes, podemos ver que la primera es muy distinta a la segunda, ya que los individuos de la primera renunciaban a su personalidad para ser otra cosa, también valiosa. En cambio, los de la segunda no sustituyen su autenticidad por nada, sino que se vuelven lo que Ortega llama "pro nombre SE", algo totalmente impersonal y anónimo.

Como bien lo afirma Borel: "La cuestión es hallar el pues

to del hombre, es una empresa peligrosa, pues para ser él mismo hay que comenzar por renunciar a lo que la sociedad y la educación hacen de nosotros, sin que lo sepamos. Hay que deshacerse de una personalidad ya hecha, tranquilizadora para nosotros y para los demás, pero que tiene el defecto de no ser para nosotros ni de nosotros. Hay que correr el riesgo de no ser nada y de no ser lo que los demás quisieran que fuésemos" (47).

Y según don José, para ésto contamos con la Razón Vital, que al aplicarla somos nosotros mismos, afirmamos la propia circunstancia, vivimos la propia vida.

Veamos ahora cómo se comporta el hombre auténtico. Primeramente debemos decir que el hombre "selecto", no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás aunque no logre cumplir esas exigencias superiores.

Ortega usa como sinónimo de hombre auténtico, hombre noble, pero nos hace ver que usualmente le damos una falsa interpretación a este término de "nobleza". Cabe mencionar, que de aquí surge el prejuicio que se tiene ante el pensamiento orteguiano al tacharlo de elitista.

El que postule la nobleza como característica del hombre

auténtico no equivale a que solo el que posea un título nobiliario o más actual, el que posea una fortuna cuantiosa sin importar los medios de que se halla valido para obtenerla, - pueda constituirse como hombre auténtico.

Acudamos al etymo del vocablo y vemos que es esencialmente dinámico, noble significa el conocido, el que se ha dado a conocer sobresaliendo sobre la masa anónima, equivale pues noble a esforzado o excelente.

El noble originario se obliga a sí mismo y al noble hereditario le obliga la herencia.

Para Ortega nobleza es sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que es hacia lo que se propone como deber y exigencia.

Nos explica: "La vida noble queda contrapuesta con la vida vulgar e inerte, que se recluye a sí misma condenada a perpetua inmanencia. Los hombres selectos son los activos, para quienes vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento, son los ascetas. Entrenamiento igual a ascesis.

El hombre de selección pone su vida al servicio de algo, ya que la vida solo es auténtica cuando trasciende de sí misma" (48).

Recordemos que el hombre masa no apelaba a ninguna instancia fuera de él mismo, en cambio para el hombre selecto esta apelación constituye una íntima necesidad. Por esto podemos decir que vive en esencial servidumbre, ya que no le sabe su vida si no la hace consistir en servicio de algo trascendente.

Entendemos así, que el hombre auténtico nunca descansa, ya que tiene que actuar constantemente, es como un guerrero que lucha contra todo lo que pueda enajenarlo y llevarlo a un conformismo mediocre.

No se conforma con su situación, sabe que hay algo más y que sólo si se esfuerza podrá alcanzarlo. ¿Cómo lo sabe?

Por medio de esa voz interior que Ortega llama "vocación o fondo insobornable", que veremos no es un conocimiento racional, sino intuitivo. Y nos aclara Ortega: "Los espíritus selectos, son fieles a su vocación que es como un fondo insobornable que los constituye. Este tipo de hombre tiene la clara intuición de que eternamente formará parte de una minoría, tolerada a veces, casi siempre aplastada por la muchedumbre inferior, jamás comprendida y nunca amada. El abismo perdura siempre entre los más y los menos, entre los mejores y los mediocres" (49).

Insiste en que hacia la edad de los 30 años, llega a nuestra vida un imperativo de verdad, que exige ser nosotros mismos. Es la etapa en que nos enfrentamos a todo lo que hemos recibido pasivamente de nuestra circunstancia y nos detenemos a reflexionar, a criticar, a utilizar nuestra razón activa sobre las opiniones y los pensamientos que hemos adquirido. Es cuando más necesaria se nos hace nuestra vieja soledad constitutiva de la que frecuentemente tratamos de huir y gracias a ella nos disponemos a efectuar una revaloración de nuestra propia vida, de nuestro ser.

Es cuando nos percatamos de qué tan lejos estamos de nuestro Yo programático. Claro está que a algunos hombres esta etapa no les dice nada. Son los que han vivido inauténticamente como se diría a la manera Ortegiana, los que han logrado acallar esa voz interior, los que huyen de continuo al enfrentamiento consigo mismos.

Vale recordar que la exigencia a la autenticidad es libre de ser aceptada o no; es por ésto que aquí radica su grandeza y fuerza moral a nuestro parecer.

Pero, nos advierte Ortega que este llamado a la vida auténtica no significa que tengamos que echar por la borda to-

do lo recibido, sino que : "de lo que hemos recibido, debemos aceptar únicamente lo que nos convence, lo que encaja a nuestra sensibilidad y responde a nuestro fondo insobornable. Este fondo, exhorta imperativamente, pero no suprime nuestra libertad" (50).

5. LA AUTENTICIDAD EN LA FILOSOFIA

Para entender mejor este concepto tan importante, debemos acudir a su teoría sobre lo Social, la que será analizada con mayor profundidad más adelante.

Adelantamos diciendo que a las costumbres y leyes que actúan y son con independencia de todo sujeto determinado, Ortega las denomina "Usos o vigencias sociales".

Los hechos sociales consisten precisamente en lo que hacemos simplemente porque se hace, y entre lo que hacemos y el porqué lo hacemos, a decir verdad se da el caso frecuente de que no hay nexo racional.

Nos pone un ejemplo: el profesor de Filosofía que enseña su materia tal vez sólo para ganarse la vida o para sobresalir socialmente; pero que de filósofo no tiene nada.

Al igual que el estudiante que estudia Filosofía, porque no tiene más remedio.

Queda entendido porqué nos dice que la realidad social adquirida por su vigencia, no garantiza en lo más mínimo la autenticidad de la misma. Lo social tiene como misión imponerse a los individuos de una forma mecánica.

No hay que malinterpretar esta idea, Ortega quiere decir que si una función social dependiese en última instancia de individuos determinados, como éstos pueden fallar y de hecho fallan, se volatizaría.

Así, de esta misma manera se realiza nuestro encuentro con la Filosofía, la encontramos actualmente ya hecha como un uso público o una institución.

Si bien es cierto que la sociedad se ocupa de la Filosofía como algo ya hecho, entiende que está hecha por ciertos individuos que la crearon, la sintieron y la expresaron como una necesidad.

Esta necesidad de filosofar que siente el hombre creador es la auténtica y la original, en ésta se encuentra la realidad radical de toda filosofía.

Pero, no hay que olvidar que toda realidad humana posee una escala de modos deficientes frente a un modo plenario que es su autenticidad. A fin de aclarar este concepto, Or-

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

tega nos cita en su obra Historia como Sistema, lo que pensaba Platón acerca de la autenticidad, transcribiremos el texto que puede ser encontrado en su diálogo La República.

"El fracaso actual de la Filosofía y el menosprecio en que ha caído proviene de que no se pone cuidado en la ocupación con ella. No deben de ocuparse de ella los bastardos sino los legítimos".

Nos aclara Ortega: "Autenticidad e inautenticidad de la ocupación de la filosofía, se denominan en Platón: legitimidad y bastardía. Esto prueba que él tenía a la vista aquellos dos modos de la realidad humana; sin embargo distingue que -- existe una "mentira involuntaria" en la que los hombres caen, oponiéndola a la voluntaria y deliberada. Así, la inautenticidad podría definirse como una mentira involuntaria, el hombre está siempre en riesgo de no ser sino pseudo-sí mismo" (51).

Ortega advierte que el hombre puede ser presa fácil de la inautenticidad y este mal se extenderá hacia todo lo que este hombre produzca, por tanto la Filosofía puede teñirse de falsificación. ¿De qué manera se inicia este proceso?

Hemos dicho que el individuo antes de sentir la necesidad de filosofar, encuentra la filosofía como ocupación pública,

mente constituída y mantenida. Es decir, que somos solicitados para ocuparnos de ella por razones inauténticas, como por ejemplo: el sueldo, el prestigio, la afición a ella o la curiosidad.

En casi todas las ocupaciones humanas acontece que por estar ya ahí, los hombres suelen adoptarlas mecánicamente y entregar su vida a ellas sin que jamás tomen contacto verdadero con su realidad radical.

Esto significa que es muy común encontrarnos sumergidos en una ocupación cuyo íntimo y radical sentido no hemos tenido tiempo ni ocasión de descubrir. Esta constante invitación a la inauténticidad que la preexistencia social de las ocupaciones humanas nos dirige, es uno de los componentes trágicos del hombre.

Para Ortega, el filósofo auténtico es el que filosofa por íntima necesidad y no parte hacia una filosofía ya hecha, sino que hace la suya, negando las que ya existen y retirándose a su soledad que es donde surge su auténtico filosofar.

Estamos en riesgo permanente al filosofar, de dedicarnos a ello mecánicamente, siguiendo en forma inercial los modos de pensar vigentes, aceptando sin más el planteamiento usual de los problemas. Esto será funesto, pues al dar por buenos

y aceptar a crédito los modos usuales de pensar y el planteamiento habitual de las cuestiones ni siquiera las poseemos de verdad.

A este respecto nos dice Ortega: "Todo gran filósofo lo fué porque acertó a reproducir en su persona aquella situación originaria en que la filosofía nació. Por esto para filosofar necesitamos aniquilar, rehacer hacia atrás el movimiento que sus inventores hicieron hacia adelante cuando la crearon; como decía Goethe "lo que heredaste de tus antepasados conquistalo para poseerlo" (52).

Es decir, que cuando el filósofo viene de retorno hacia su propia filosofía, desde los orígenes del pensamiento filosófico, descubre que todos los sistemas del pasado siguen viviendo dentro del suyo. O como mejor lo expresa don José:

"La suya le aparece como la integración de las demás y las demás como avances y contribuciones a la suya. El tiempo de hoy reclama los tiempos anteriores y por eso una filosofía es la verdadera cuando lleva en sí como vísceras, los pretéritos y descubre en éstas el progreso hacia ella misma" (53).

CAPITULO III**FUNDAMENTOS ETICOS PARA LA AUTENTICIDAD**

1. LA VOCACION

Hemos visto que el hombre para Ortega está en camino para llegar a ser el que tiene que ser, por tanto el hombre es un proyecto que debe realizarse; cuenta para ésto con las alternativas que le ofrece la circunstancia en que se halla inscrito y fundamentalmente cuenta con una voz interior que él llama "vocación", que le guía en este tránsito.

El hombre auténtico se somete a instancias superiores y se obliga a alcanzar altas metas, aún cuando para ésto se requieran grandes dosis de esfuerzo y sacrificio.

Por tanto, el hombre auténtico es libre, responsable, -- portador de valores y trascendente, y al comprender este -- concepto pasamos al terreno moral, a la Etica.

Cierto que Ortega no se propuso fundar una Etica, ni siquiera escribió sobre esta materia; pero a lo largo de todo su pensamiento encontramos repetidamente la existencia de -- la libertad, es en base a ella que se elabora todo el de-- sarrollo del hombre auténtico.

Todo proyecto necesita para realizarse además de un suje -- to que lo lleve a cabo, libertad suficiente para crearlo, -- desarrollarlo, y sobre todo para ejecutarlo.

Si hablamos de libertad, estamos en el terreno de la Etica y veremos así a lo largo de este capítulo como aborda Ortega conceptos como: responsabilidad, autenticidad, tendencia al bien y al valor, orientación hacia el ideal, el amor, la amistad y el bien común.

Empezaremos por desarrollar las ideas más importantes que ponen las bases para construir la autenticidad individual e histórica.

Sin una idea clara de la Vocación, nada es suficientemente claro en la filosofía Orteguiana. Vimos que el Yo no es el -- hombre, tampoco su cuerpo ni su alma, estas son circunstancias por medio de las cuales puede llegar a realizar su Yo.

Este es un programa que exige ser realizado por el hombre.

Sin embargo él es libre de hacerlo o no. Es más, la mayoría de los hombres nunca lo realizan, pero ósto no implica -- que esa exigencia deje de estar presente y que al no cumplirla le sobrevenga al hombre una profunda sensación de frustración e infelicidad.

Esta voz interna que nos muestra nuestro yo programático, es la Vocación. Nos dice don José: "Para descubrir su vocación, el hombre imagina un proyecto, pero no lo inventa del

todo, sino que mira a los que están ahí, en la sociedad, buscando uno que pueda satisfacerle. Pero, para que éstos puedan ser vocación, tiene que personalizarlos, modularlos individualmente. Por esto en la vocación propia hay elementos genéricos y comunes a otros individuos" (54).

Entonces, la vocación es el destino del hombre. Recordemos que los griegos pensaban que el destino consistía en las cosas que a una persona le pasaban. Pero, una misma aventura puede acontecer a dos hombres y sin embargo, tener en la vida de uno y otro valores distintos y hasta opuestos, ser para uno delicia y para otro desastre.

Nos explica Ortega: " Lo que nos pasa depende para sus efectos vitales de quién seamos cada uno. Nuestro ser radical, el proyecto de existencia en que consistimos, califica y da uno y otro valor a cuanto nos rodea" (55).

Hay que tomar en cuenta que la vocación es muy limitada, la vida nos revela esta limitación esencial. Esta limitación admite grados, cuanto más delicado y perfecto es un ser, menor es su libertad en la vida, mayor su sujeción a un destino y órbita determinados; pero aun siendo destino inexorable, la vocación no nos anula en una sola forma de vida.

Nos advierte Ortega: "Hay hombres que se anquilosan, son - hombres de vitalidad descendente, prototipo del buen burgués.

Lo normal es que la vocación experimente de dos a tres --- cambios radicales en su vida, permaneciendo solitaria consigo misma" (56).

La doctrina de la vocación se encuentra dispersa en varios ensayos. El hombre consiste en aquél que tiene que llegar a ser, podemos decir, que consiste en un proyecto, que lo es da do hecho pero que el hombre apenas lo conoce y tiene que es-- forzarse toda su vida para descubrirlo. A este fin pone en ac-- ción su fantasía que elabora diversos proyectos. Uno de ellos representa adecuadamente el proyecto que somos.

La voz de la vocación se guía principalmente por el crite-- rio de la felicidad, ésta es quien lo reconoce y discierne.

Cuando nuestra vida efectiva coincide con el proyecto que somos, nos sentimos felices. Por esto en su teoría de la vo-- cación radicaría la ética de Ortega.

Todo hombre tiene una misión, esta sería la conciencia -- que cada hombre tiene de su auténtico ser que está llamado a realizar. Según Aranguren, en su obra La Ética de Ortega, en-- cuentra un defecto en esta teoría de la vocación.

Nos dice: "Ortega entiende en esta fase de su filosofía que la vocación es como una llamada hecha al hombre de una vez por todas, como algo dictado desde el principio y a lo que sólo cabría, después, a lo largo de la vida ser fiel o infiel. A mi juicio, Ortega no piensa suficientemente en situación. Su idea de la vocación no es puesta en toda su relación con la circunstancia. Sólo el hilo de la vida concreta de cada cual y de las sucesivas circunstancias, elecciones y actos que la van configurando, que la van comprometiendo, cobra perfil definido y cabal esa vocación que - considerada como llamada, oída pasivamente, me parece harto abstracta" (57).

Y añade que en 1932, Ortega hace desaparecer de su concepción este rasgo abstracto y articula en el "quehacer", la vocación y la circunstancia.

Afirma el propio Ortega que hay que hacer nuestro quehacer y el perfil de éste surge al enfrentar la vocación de cada cual con la circunstancia. " Nuestra vocación oprime la circunstancia como ensayando realizarse en ésta. Pero ésta responde poniendo condiciones a la vocación. Se trata de un dinamismo y lucha permanente entre el contorno y nuestro yo necesario" (58).

De aquí que Ortega siempre afirmase que la vida es un drama, una lucha por llegar a ser lo que tengo que ser. Y al ser la vocación un imperativo, el hombre luchará por realizarla desde que nace y esta lucha no está nunca acabada, dura lo -- que dura la vida.

En este párrafo que vamos a citar, se halla nuevamente explícita el acceso a la trascendencia en su filosofía y el carácter moral y ético de su concepción de la vida.

" La vocación es una misión, porque la vida humana por su naturaleza propia, tiene que estar puesta hacia algo. Si esa vida mía, que sólo a mí me importa, no es entregada por mí a algo, caminaría desvincijada, sin tensión y sin forma" (59).

Sabemos que es característica de los hombres, poseer los grados más diversos de realidad. Todo lo que se hace puede ser más o menos auténtico y por tanto más o menos real. La razón de estos grados de autenticidad hay que buscarla en la libertad. Advierte: "A la vocación no se renuncia impunemente, cuando un hombre se niega a vivir su vida, ésta se transforma en sombra y fantasma acusador. El hombre que se miente a sí mismo, no solo falsifica su vida, sino que falsifica al universo también. La mayor parte de los hombres se ocupa denodadamen

te en huir de su propia vocación y se hunde en la falsificación" (60).

2. EL IMPERATIVO ETICO ORIGINARIO

Distingue dos imperativos éticos: uno originario y otro derivado. El primero es la vocación de cada cual, la forzosidad de tener que ser tal individuo determinado.

El segundo, es el deber ser de la moral, una norma de superrevolución que la vida libre lujosamente se impone.

El primero está situada en la región más profunda de nuestro ser, no es algo yuxtapuesto a la vida, sino que forma parte integrante de su propia realidad.

El otro, en cambio, habita en la región intelectual del hombre. Recordemos que para Ortega el intelecto humano funciona para resolver los problemas que le plantea su destino íntimo.

Va en contra de la moral del deber que postulara Kant y afirma: " Una moral geoméricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos invita a la acción, es subjetivamente inmoral. El ideal ético no puede contentarse con ser el correctísimo, es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad" (61)

El pensamiento de Ortega está vuelto contra el neokantismo, la repulsa de la moral del "deber ser" es la repulsa de la mo-

ral de Kant.

El P. Ramírez, se escandaliza de que Ortega posponga el deber ser al ser. Pero, como bien lo nota Aranguren, el deber -- ser tiene que fundamentarse en el ser; la Ética en la Metafísica. Y así nos dice: " Sólo debe ser lo que puede ser, lo que se mueve dentro de las condiciones de lo que es. El retorno a -- una ética metafísica, fundada en la realidad y no en un abstracto e hipostasiado deber ser, no puede ser postulada de una manera más clara. La Ética demandada por Ortega, es la del modo de ser de la persona, porque su ética se funda en la metafísica es una moral de la perfección y no del deber" (62).

Existe un paralelismo entre la ética de Ortega y la moral cristiana pues ambas son morales de la perfección. Cada hombre tiene que realizar su incanjeable y propia perfección en el -- modo de vida, en la situación en que ha sido puesto y se ha ido él mismo poniendo. Además, esta perfección ha de lograrse a través de la entrega a la tarea objetiva y no buscando pasar por "perfecto", es decir, no persiguiendo el efecto social de la perfección, mucho más que la perfección en sí misma.

Esto expresado con Orteguiana ironía, significaría no ser hombre ejemplar.

A don José el deber le pareció siempre una forma deficiente de la moral. Cuando la norma carece de fuerza ideal para excitar nuestra vida, para provocar en nosotros la ilusión, hay que acudir a la idea del deber. Y así nos lo aclara: "Yo he vivido empujado por ilusiones, no por deberes" (63).

Sin embargo, no debemos creer que la moral que postula es subjetiva, ya que se basa en reglas morales objetivas que son los Valores. Cada cual debe cumplir unas mismas normas válidas para todos, pero cada cual las cumplirá con su peculiaridad y modo propios; y más allá de toda norma dada está la misión concreta de realizar nuestra vocación, es decir, aquello que nadie salvo nosotros, puede realizar.

Al hacer esa obra objetiva que es nuestra misión, nos hacemos a nosotros mismos. Cumplimos así con la realidad en su doble aspecto: realidad objetiva que hemos de perfeccionar y realización personal o perfección de nosotros mismos.

De todo esto, se viene desprendiendo la noción de Autenticidad o fidelidad a nosotros mismos.

Entendemos que la voz o exigencia que nos llama a realizar y vivir eso que radicalmente somos, brota del fondo insobornable de ese proyecto que radicalmente somos y esta exigencia -

tiene que ser de orden metafísico puesto que es una exigencia de Ser, y además es el fundamento y norma de nuestra vida moral.

Nos dice: " La moral es un sistema de reglas de conducta, pero ésta no es algo abstracto, sino algo vital, es nuestra conducta. Es conducirnos con nuestra propia mano, en lugar de ser empujados por las cosas y esto es vivir auténticamente.

De aquí que el deber primario, es el deber de Fidelidad con nosotros mismos. Llega a ser el que eres, he aquí el justo imperativo" (64).

Como vemos, el imperativo ético supremo es el de Píndaro, llega a ser el que eres, es decir, la realización de nuestro proyecto fundamental, de nuestra vocación o misión y la mayor infracción ética es la infidelidad a esa vocación.

El imperativo orteguiano se dirige a cada uno de nosotros y si no cumplimos este deber radical, si no somos fieles a no sotros, no podremos cumplir ningún deber. Y vuelve a advertirnos: " Si no somos fieles, lo que hagamos nunca será algo nuestro, sino algo que el medio nos impone. Imposible hablar de -- conducta donde el hombre no se conduce sino que se deja arrastrar por los demás, imposible hablar de moral donde el hombre

no vive él, sino que se deja vivir. Un hombre que no cree en sí mismo, no puede creer en Dios, de aquí que la esencia del pecado sea la hipocresía, el no ser fiel a sí mismo, ni a los demás" (65).

Por tanto, el hombre auténtico es moral. Pero, hay que tener cuidado con este término ya que a Ortega dicho por él mismo, le irritaba este vocablo. Entonces cabe preguntar cuál es el sentido Orteguiano de la moral.

Afirmaba que en su uso y abuso tradicionales, se entendía por moral un añadido de ornamento puesto a la vida y ser de un hombre y un pueblo. El no quería que lo entendiéramos en la contraposición moral-inmoral, sino en el sentido que adquiere cuando de alguien se dice que está "desmoralizado".

Se advierte aquí que la moral no sera algo lujoso que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que será el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia.

Nos dice: "Un hombre que no está en posesión de sí mismo, es un hombre desmoralizado. Esta fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su propia vida, no crea ni fecunda, no hinche sus destinos" (66).

Por último, al ser el hombre moral es libre. Tiene que decidir sin tregua, qué sí mismo va a ser en la vida: invención perpetua de nuestro ser. Por ésto, Ferráter Mora en su obra Etapas de una Filosofía, expresa que Ortega pone de relieve lo que han advertido filósofos de filiación existencialista: "La libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos; estamos obligados a ser libres, a serlo aún cuando decidamos enajenar nuestra libertad. Mi libertad no es menor porque nuestra vida sea menos auténtica" (67).

Cabe preguntar ahora, ¿cómo captamos nuestra vocación?

Frecuentemente nos ha hablado Ortega de que nuestro Yo programático, nuestra vocación y nuestra vida las captamos por medio de una intuición que no es del orden intelectual.

Veamos si podemos aclarar este punto y responder a la pregunta inicial.

3. SENSIBILIDAD O SENTIMIENTO RADICAL

Ya en 1914 hablaba Ortega de un fondo insobornable que no se siente ligado a esas opiniones que dicen nuestros labios y que no son opiniones sentidas, sino como él mismo las llama: "costra de opiniones muertas, sin dinamismo alguno, meros tópicos" (68).

Y agrega: "lo que pensamos y hacemos es resultado y fruto de un clima sentimental que traemos al mundo, de una intuición o sensación primaria, simiente de todo lo demás. Como en el árbol todo es expansión de una semilla hincada en la tierra en el hombre todo es ramificación o sentimiento radical ante la vida. La vida es diálogo, uno de los interlocutores es el sujeto y en él lo primario es ese sentimiento radical que sirve de retícula por la que se filtran los objetos del mundo, que constituyen así nuestro contorno vital" (69).

En síntesis podemos decir, que la sensibilidad o sentimiento radical es algo anterior a lo que solemos llamar sentimientos y emociones. Se trata de un sentimiento radical frente a la vida, es decir, frente a lo circunstante, en el que ese sentimiento imprime su estilo.

Recordemos que la vocación era esa voz interna que nos revelaba el Yo programático a que estamos obligados a realizar, es decir, nos mostraba el Yo que deberíamos ser, pero siempre preguntábamos de qué forma captábamos esa voz interior. Ortega nos decía que la captábamos por medio de una intuición, el intelecto vendría a ayudar a esta intuición primaria, que incluso llegamos a calificar de a priori, ya que era indepen---

diente y anterior a nuestra experiencia de vivir.

Ahora sabemos que Ortega la llama, "sensibilidad o sentimiento radical" pues nace con nosotros y precede nuestros conocimientos y acciones. Esta sensibilidad hará posible que el hombre tenga una actitud auténtica ante su vida y su ser.

Lógicamente, si no atendemos a este conocimiento que nos proporciona la sensibilidad radical, falsificaremos nuestro ser y nuestro actuar en la vida.

Consultando la obra Génesis del Pensamiento de Ortega, del escritor Hernán Larraín Acuna, encontramos datos interesantes sobre la sensibilidad radical orteguiana, él nos habla de los elementos genéricos que la constituyen. Veamos en resumen cuáles son: "Sentimiento de inseguridad. Nuestro corazón se estremece sobre un abismo de nada, como Arquímedes nos contentaríamos con un punto de apoyo, pero que se baste a sí mismo y no necesite de otro donde afianzarse. El hombre de la época espléndida y de la desventurada, sienten la misma desazón radical ante la existencia" (70).

Continúa: "Afán de seguridad o Razón sentimental. Esa misma reacción espontánea del hombre contra la inseguridad de la vida, indica que en él el afán de seguridad, de superación

es no menos radical que su inseguridad. Y precisamente por eso, el hombre no se resigna a la inseguridad sino que reacciona contra ella utilizando sus facultades y produciendo la cultura. Lo primario en el hombre no es un afán de claridad intelectual, sino un afán de seguridad. Ese afán incluye otro de comprensión vital, que no se identifica con lo estrictamente intelectual, sino que más bien, es la raíz misma de donde la exigencia intelectual brota" (71).

Así, Ortega nos habla de una razón sentimental que después pasará a convertirse en razón vital. Asegurarse frente al mundo, es para Ortega ya razonar y supone una interpretación del mundo.

Resumiendo podemos decir que esta sensibilidad radical es como una intuición primaria en que la vida (yo y mi contorno), se nos presenta como radical inseguridad. Esta intuición va acompañada de un sentimiento de desazón, de soledad radical, de angustia pero al mismo tiempo de afán no menos intenso de seguridad y claridad que nos hace reaccionar y esforzarnos -- por interpretar la vida de alguna manera y llegar a amarla.

4. LA FUNCION VITAL DEL IDEAL

Como vemos para Ortega las cosas no tienen valor si no en

cienden el motor de energía interna que llevamos dentro, impulsándonos a luchar por conseguirlos. Y encuentra en los Ideales, esta capacidad de motivación hacia su búsqueda y consecución.

El ideal es tan esencial a la existencia que ninguna vida, por exigua que sea puede prescindir de él. Es el órgano que excita nuestra vida, ya que no hay vida posible sin excitación. Afirma: "Los ideales en cuanto atraen y excitan nuestra vitalidad espiritual, son como resortes biológicos fulminantes para la explosión de energía. Sin ellos la vida no funciona.

Hay ideales mínimos, humildes y los hay gigantescos. Debe recordarse que lo que tienen los ideales no es lo que tienen de grandes, sino lo que tienen en común con los más pequeños estímulos del vivir: encantar, atraer, irritar, disparar nuestras potencias. El ideal es un órgano de la vida, - encargado de excitarla. Como los antiguos caballeros, la vida Señora, usa espuelas" (72).

Ahora, las normas morales son una forma de los ideales.

Estas tratan de fijar el régimen más certero de conducta, a fin de que nuestra existencia sea armoniosa, intensa y ordenada.

Nos menciona Ortega una cita de Aristóteles que a su juicio es la que más profundamente expresa el sentido de la vida humana: "Busca el arquero con los ojos un blanco para sus flechas ¿no lo buscaremos para nuestras vidas? Con este ademán deportivo, comienza Aristóteles la moral a Nicómaco y da al viento gentilmente su dardo vital" (73).

Así, el hombre de vida intensa, se forjará ideales inmensos, inalcanzables y comprendemos que la moral será un imperativo que el hombre libremente se impone a sí mismo. Es un conjunto de normas que nadie nos exige, somos nosotros quienes los ponemos por libérrimo acto de albedrío.

Nos dice don José al respecto: " Ninguna moral que verdaderamente lo sea, se puede cumplir, ni tampoco hace falta. Su función es señalar los máximos, no los mínimos. Su papel consiste en eruirse más allá de la realidad, influyendo simbólicamente sobre ésta, a la manera que la estrella influye sobre la nave. Norte y Sur, no son puertos a donde quepa arribar, - son gestos remotos y ultra reales que definen rutas y crean - direcciones" (74).

Ortega siempre consideró que era un error considerar a los ideales sólo en sí mismos, aparte de su relación con nosotros,

no bastaba que algo fuera perfecto para que fuera un ideal.

Considera inclusive al ideal como una función vital, un instrumento más de la vida. Es frecuente que nos hable de las actividades del organismo, afirmando que incluso las más elementales como la nutrición, no funcionan si no son excitadas. Para el ser vivo la excitación o estímulo es lo primordial, por ésto puede decirse que vivir es ser excitado, explica: "La vida se nos ofrece como un enérgico diálogo con el contorno, en el cual nuestra persona es un interlocutor y otro el personaje que nos rodea. Los excitantes psíquicos de nuestra vida son los ideales, son resortes biológicos necesarios para la explosión de energías" (75).

Considera que la biología de cada ser debe realizar un inventario de sus ideales periódicamente. A veces padecemos una vital decadencia que no procede de una enfermedad en nuestro cuerpo, ni de nuestra alma, sino de una mala higiene en nuestros ideales. Para que algo sea un ideal no basta que parezca digno de serlo, sino que ha de tener el don de atraer nuestros nervios, de encajar en nuestra sensibilidad.

Un ideal lo será, sólo si actúa como choque que produzca el impulso en el organismo para desear encarnarlo.

Tal vez, de las dos caras que el ideal tiene sólo se ha atendido a la que apunta al absoluto, olvidándose de la que apunta hacia el interior de la economía vital, como se diría a la manera orteguiana.

Hemos hablado del ideal y de su enorme importancia al ser un resorte biológico que dispara nuestras energías, por lo tanto no podemos dejar de mencionar ese sentimiento formidable que es capaz de encender nuestro motor interno llevándonos a emprender grandes obras y a vencer la adversidad. Nos referimos obviamente al amor y a las diferentes formas en -- que se manifiesta.

5. EL AMOR Y LA AMISTAD

Ortega no podía evitar hablar del amor ya que además es el sentimiento que nos abre la puerta hacia la trascendencia, hacia el Otro y fundamentalmente hacia la búsqueda del bien de todo lo que amamos, incluyendo nuestra propia vida.

Por el amor promovemos al Otro y a nuestro mundo, así mismo nuestro quehacer será auténtico en la medida en que lo que hacemos con amor, siempre es más intenso; de la misma manera le damos más sentido y trascendencia.

El amor al igual que el Ideal, es otro resorte biológico

que nos impulsa hacia adelante, que nos hace ser mejores ya que saca siempre lo mejor de cada cual. El amor es como un motor interno y vital que nos mueve a luchar, a esforzarnos y a vivir intensamente cada momento suscitando el sentimiento de generosidad que caracteriza al hombre magnánimo, tal como lo entendía Ortega y en su época, Aristóteles.

Además, recordemos que para Ortega caer en la inmoralidad era no vivir intensamente.

En su análisis respecto al amor, nos lo describe como algo constiuido por tres componentes: " El primero serán -- las condiciones de percepción para ver la persona que va a ser amada. El segundo, la emoción, con que respondemos sentimentalmente a esa visión de lo amable y el tercero sera la constitución, que nos dice cómo es nuestro ser o el resto de nuestra alma" (76).

Nos advierte que debemos ser vitalmente curiosos de humanidad, pues sin ésta pasarán ante nosotros las creaturas más egregias y no seremos capaces de percatarnos de sus existencias. Esta curiosidad supone un lujo vital que sólo poseen organismos con alto nivel de vitalidad. Menciona que el débil es incapaz de esa atención desinteresada y previa ya --

que éste siempre teme a lo inesperado que la vida pueda traer y se hace hermético a todo cuanto no se relacione con su interés subjetivo. La cualidad del desinterés, veremos como penetra el amor en todas sus funciones y órdenes.

Aquí encontramos un paralelismo con Nietzsche quien siempre afirmó que la esencia de la vida era anhelar más vida, era un afán de aumentar los propios latidos, cuando se carece de este afán, la vida está enferma.

La aptitud para interesarse en una cosa por lo que ella es en sí misma y no en vista del provecho que nos rinda es el -- don de generosidad, el que como habíamos mencionado anteriormente se da en el hombre auténtico entendido como magnánimo, como espíritu selecto cuya característica es una gran altitud vital.

Expresa Ortega: "Casi todos los hombres y mujeres viven su mergidos en la esfera de sus intereses subjetivos y sienten incapacidad de sentir el ansia emigratoria hacia el más allá de sí mismos. Contentos o maltratados por el detalle de lo que les rodea, viven en definitiva satisfechos con la línea de su horizonte. Semejante tesitura es incompatible con la curiosidad radical que es un instinto de emigración, de ir des-

de sí mismo hacia lo otro" (77).

Queremos resaltar el hecho de que aunque Ortega habla insistentemente de hombres débiles o de gran vitalidad, no se está refiriendo al hecho meramente físico sino que se refiere a una energía interna que brota de una vitalidad que es consecuencia de toda una actitud ante la vida misma.

Ahondando más en la curiosidad que nos prepara a estar atentos a lo que puede haber de grandioso en los otros seres humanos, diremos que ésta prepara al órgano visual. Entendemos que se trata de una especial intuición que nos permite rápidamente descubrir la intimidad de otros hombres.

Merced a esta intuición como dijimos, podemos distinguir entre las personas, apreciar su calidad, su excelencia o mejor dicho a la manera de Ortega, su "rango de perfección vital".

Don José siempre denunció los aspectos que hacen peligrar al hombre, haciéndolo caer en falsificaciones. Encontramos frecuentemente agudas críticas que expresaba con una fina -- ironía sobre el hombre de su tiempo y de su circunstancia típicamente española. Nos dice: "Es tan difícil que el petit bourgeois y la petite bourgeoisie se enamoren de manera autén-

lica, pues para ellos la vida es insistir sobre lo conocido y habitual, es una incommovible satisfacción dentro del repertorio consuetudinario. Cuando asistimos a una reunión de sociedad, se nota la falta de vibración en el diálogo y en los gestos, lo que revela que se está entre gentes dormidas, encontramos una gran semejanza con lo que los biólogos llaman vita minima, que es la modorra invernal de ciertas especies las cuales no van a exigir nada a la hora que pasa, ni esperan nada los unos de los otros, ni en general de la existencia" (78).

Para él el amor se parece al razonamiento, no nace en seco ya que tiene su fuente psíquica en las cualidades del objeto amado. Cuando uno ama tiene la convicción de que lo que amamos es amable en sí mismo, nuestro amor por tanto está justificado. Así también, cuando pensamos, creemos que las cosas son en realidad como las estamos pensando. Deduce que la mayor parte de los casos de anomalía amorosa, se reducen a meras confusiones en la percepción de la persona amada, ilusiones ópticas y por tanto simples espejismos.

En el amor nos sentimos unidos al objeto y aquí podemos -

ver la trascendencia de la que hablábamos, pues esta unión no es física, ni siquiera de proximidad y ésto se comprueba por el sentimiento que nos invade cuando estamos lejos de un amigo, pues a pesar de la distancia e incluso del tiempo que haya pasado, nos sentimos en una esencial reunión con él.

Afirma Ortega: " Amar una cosa es estar empeñado en que exista, esto viene a ser lo mismo que estarle continuamente -- dando vida. Amar es vivificación perenne, creación y conservación intencional de lo amado. Diremos que el amor es un acto centrífugo del alma que va continuamente hacia el objeto, lo envuelve en cálida corroboración uniéndonos a él y afirmando ejecutivamente su ser. Este es el síntoma supremo del verdadero amor; estar al lado de lo amado en un contacto y proximidad más profundo que los espaciales" (79).

Además, debemos agregar que el amor es elección libre que brota de la profundidad anímica y los principios selectivos que lo deciden son a la vez preferencias más íntimas que forman nuestro carácter individual.

6. CONCEPTO DE MAGNANIMIDAD

Sabemos que el sentimiento del amor, cuando es verdadero lleva implícito el de la generosidad que también es magnani-

midad. Esta es postulada por Ortega como la virtud fundamental de la que es poseedor el hombre auténtico.

Conocer el significado de esta virtud, nos aclarará muchos puntos relativos al comportamiento moral del hombre que promueve la filosofía de Ortega.

La Magnanimidad es propia del hombre selecto, su opuesto es la pusilanimidad, que será propia del hombre masa. Afirma: "Desde hace muchos años, todo se confabula para ocultarnos el hecho de que las almas tienen diferente formato: que hay almas grandes y almas chicas, donde grande y chico no significa nuestra valoración de esas almas, sino la diferencia real de dos estructuras psicológicas, de dos modos antagónicos de funcionar la psique. El magnánimo y el pusilánimo, pertenecen a especies diversas, vivir es para uno y otro una oposición de sentido divergente y en consecuencia llevan dentro de sí dos perspectivas morales contradictorias" (20).

Cuando Nietzsche distinguía entre moral de los señores y moral de los esclavos, nos daba a entender según Ortega, una realidad innegable. La perspectiva moral del pusilánimo, certera cuando trata de juzgar a sus congéneres es injusta cuando se a

plica a los magnánimos y es injusta porque es falsa, porque al pusilánime le suele faltar la intuición inmediata de lo que pasa dentro del alma grande.

Ortega explica: "El magnánimo es un hombre que tiene una misión creadora; vivir es ser él y hacer cosas grandes, producir obras de gran calibre. El pusilánime en cambio, carece de misión, vivir es para él simplemente existir él, -- conservarse, andar entre las cosas que están ya ahí hechas por otros" (81).

Una vez más debemos ser cautelosos al entender este concepto, pues muy frecuentemente caemos en el prejuicio de imaginar al hombre magnánimo, selecto o auténtico como un hombre prepotente, egoísta que considera a los demás como seres inferiores con los que es imposible llevar a cabo una relación pues equivaldría a perder irremisiblemente nuestro tiempo. Es por ésto que acudimos a una de las obras más importantes de todos los tiempos como lo es la Ética a Nicómaco de Aristóteles en la cual se nos explica en qué consiste esa virtud moral denominada Magnanimidad y cómo es el comportamiento del hombre magnánimo.

Pocas veces hemos oído exaltar esta virtud, quizá precisamente por el miedo a ser mal interpretados y es por ésto que resumiremos esta explicación, pues nos parece que exis-

te una gran semejanza entre los conceptos que del hombre verdadero tienen Aristóteles y Ortega.

"El magnánimo es el que se juzga digno de grandes cosas y que de hecho es digno. El que siendo indigno se juzga digno de cosas grandes, es el hinchado. El que pretende cosas menores es pusilánime. El magnánimo sólo se expone a grandes peligros cuando algo vale la pena. Es un hombre dispuesto a hacer beneficios, pero se avergüenza de recibirlos, los beneficios que recibe los devuelve con exceso. Es propio de él no haber menester de nadie o apenas, pero ser pronto en dar ayuda, ser altivo con los que están en dignidad y prosperidad y a cable con los de mediana condición. Darse aires de superioridad con los primeros es natural a un hombre bien nacido, pero hacerlo con los humildes es vulgar insolencia" (82).

Otras cualidades del hombre magnánimo según Aristóteles - consisten en que como lo diríamos en nuestra época es un hombre con una personalidad extrovertida, puesto que considera que esconder sus sentimientos es propio del que tiene miedo, además le preocupa la verdad y habla con franqueza; con respecto al mal que le haga la gente, trata de no recordarlo ya que el alma grande debe desdenar las ofensas, no recordarlas.

Tampoco acostumbra a hablar de sí mismo o de los demás, no gusta de vanagloriarse o de caer en chismorreos propios de la

gente que no tiene en qué ocuparse. Podemos ver con esta descripción tan exacta de el hombre que consideró en tan alta estima Aristóteles a miles de años de distancia coincide con el ideal orteguiano. Es un hombre seguro de sí mismo, con plena confianza en lo que hace y en lo que espera, se sujeta a reglas morales y trata de lograr el bien propio y el de los demás.

Ortega por esta razón considera a la magnanimidad como la virtud fundamental del hombre auténtico, ya que supone una sobrecabundancia de vida tanto psíquica como espiritual, además de una gran capacidad y entusiasmo para acometer grandes empresas. Entendemos con todo ésto que su ética sea de la perfección más que del deber en su sentido estricto. Esta perfección no nos la exige nadie, la ponemos o intentamos -- nosotros por libérrimo acto de albedrío y sin duda porque nos complace hacerlo. Cabe ahora preguntar ¿qué consecuencias se derivan del actuar auténtico del hombre orteguiano?

7. LA FELICIDAD

La respuesta la encontramos en esta cita: " Cuando nuestra vida efectiva coincide con la vida proyecto que somos, es decir con nuestra vocación, el hombre se siente feliz y por el contrario, cuando se aleja del personaje que tiene que ser, experimenta mal humor, aburrimento, angustia y va

efo, sentimientos propios de la infelicidad" (83).

Pero, no hay que confundir la felicidad que postula Ortega con el placer, aunque éste se entienda en su más elevado sentido. El placer es un acontecimiento pasivo y conviene volver a Aristóteles para quien era evidente consistir siempre la felicidad en una actuación, en una energía y en un esfuerzo. Así nos lo aclara Ortega en la siguiente definición:

"Felicidad es la vida dedicada a ocupaciones para las cuales cada hombre tiene singular vocación" (84).

Es justo hacer notar el retorno cumplido por Ortega de una ética como la de Kant, del deber a la ética de la felicidad.

Sobre todo si tomamos en cuenta que esto ocurría mientras ciertos tomistas eclécticos afirmaban que la felicidad en sí era ajena a la moral y que toda moral basada sobre la búsqueda de la felicidad estaba viciada desde su punto de partida.

Ortega esta consciente de que la felicidad plena no se logra aquí, sólo logramos instantes felices, pero a pesar de esto la búsqueda de la felicidad continúa animando al hombre.

La felicidad consiste en encontrar algo que nos satisfaga completamente. Somos un potencial de actos, un proyecto que tiende a realizarse. Saciar esa tendencia radical es ir dando salida a ese potencial, es ir convirtiéndolo en actuación.

Pero Ortega nos vuelve a insistir, en que no se trata de

ejercer cualquier actividad, sino de nuestra actividad, de -- actualizar nuestro ser radical, de vivir auténticamente.

Nos dice al respecto: "El hombre no reconoce su yo, su vocación, sino por el gusto o el disgusto que en cada situación siente. La infelicidad le va avisando cuándo su vida efectiva realiza su programa vital y cuándo se desvía de él. Así, la felicidad es el criterio de nuestra vida auténtica" (85).

Con lo que hemos analizado hasta este momento, volvemos a encontrar en su filosofía la puerta abierta a la trascendencia. Nos presenta la tendencia natural del hombre a la felicidad, con gran energía, a la vez que la imposibilidad de alcanzarla en esta vida, ni aún en otra concebida a imagen y semejanza de ésta.

Pero, aunque no se logre la felicidad plena, sí alcanzamos una cierta felicidad, terrena, limitada pero al fin y al cabo felicidad.

Por ésto, el hombre orteguiano continúa su lucha por llegar a ser lo que es en proyecto y esta lucha la hará en radical soledad, pero nunca se quedará en sí mismo ya que andando tan solo dentro de su vida no conseguira avanzar. Además, la vida tiene repercusión en la historia por lo que encuentra un motivo más para ser auténtica.

CAPITULO IV

EL HOMBRE Y SU DRAMA VITAL

1. VIDA HUMANA COMO REALIDAD RADICAL

Paulatinamente vamos configurando el concepto del hombre auténtico en la filosofía orteguiana. Sabemos que el hombre no tiene naturaleza sino historia, que no se puede dar una completa definición de él pues no es una cosa, no es algo fijo, acabado o estable, sino que es un ser multiforme que al ir viviendo va descubriendo su ser mismo.

Gracias a su vocación, consigue guiarse en este difícil camino de lograr ser de hecho lo que es en proyecto y por ésto está en peligro constante de caer en una vida llena de falsedad; siendo más fácil dejarse llevar por la corriente que afrontar la terrible responsabilidad de teñir de autenticidad nuestras vidas.

Siempre rechazó el concepto tradicional del ser como lo universal y abstracto y en cambio afirmó que el ser era la vida concreta y personal del hombre.

Recordemos que para los antiguos, el ser era el mundo, las cosas; para los modernos el ser era el Yo, el sujeto - pensante y para Ortega el ser es la vida de cada cual en su forma más concreta y actual. La diferencia entre esta idea del ser y la de los anteriores es fundamental, porque para ellos tanto el mundo como el Yo eran cosas, sustancias, naturalezas fijas, estables y permanentes. En Ortega la rea

lidad radical que es la Vida, no es una cosa porque no es sustancia, ni naturaleza ni nada fijo y estable sino un puro continuo hacerse y mudarse.

Dice Ortega: " Nuestra vida es para cada uno la realidad radical y primordial, que no presupone otra y a la cual deben referirse todas las demás. El hecho radical es aquél -- dentro del cual se dan todos los demás como detalles e ingredientes de él, es en suma: la vida de cada cual" (86).

Entendemos que la vida es lo que hacemos, lo que somos y lo que nos pasa. Al vivir nos encontramos con un mundo de cosas o asuntos que nos interesan y que a la vez podemos amar y odiar. Al tratar con un contorno, vivimos con otras vidas y entablamos una convivencia.

Afirma don José: " Vivir es un verbo a la par transitivo y reflexivo; vivirse a sí mismo en tanto vivimos las cosas.

En la vida humana todo es transitorio, en esto radica su gracia, la vida eterna sería insoportable" (87).

Nos recomienda con frecuencia, cuidar de nuestra vida ya que es una sola y debemos emplear bien el número limitado de instantes de los que se compone. Cabe subrayar la idea del cuidado en la vida, idea que va ligada a una noción teleológica en la filosofía de Ortega. Al decir ésto, nos referimos a que la vida vive siempre de un porqué y de un para qué, si

no fuera así estaría de más la noción de cuidar nuestra vida.

Para dar una descripción más concreta de lo que es la vida para nuestro filósofo, diremos que la vida humana no es una cosa, ni siquiera un ser, es puro suceder, como dice él mismo:

"la vida es un gerundio faciendum y jamás un participio, - factum; en vez de ser algo ya hecho es algo que tenemos que - hacer, es un hacerse continuamente a sí misma" (88).

Hablamos anteriormente de una descripción, pues según su filosofía y algunas afines a ella, es imposible dar una definición de la vida o del hombre, ya que no son cosas, no poseen una naturaleza o una sustancia, ni obedecen a una ley determinada como ciertos fenómenos. Por tanto, sólo cabe una descripción de ellos.

El P. Ramírez, presenta una crítica profunda a la idea de la vida como realidad radical basada en el rechazo de Ortega a la sustancialidad del hombre, de su Yo y por tanto de su vida. Afirma que la vida humana concreta e individual como la concibe Ortega no es la realidad radical, ni el ser sobre el que versa la filosofía auténtica. La razón de esta afirmación se encuentra en que don José nos habla de una vida plenamente consciente y deliberada, pero dicha consciencia y de liberación debe necesariamente recaer sobre algo y este algo

no puede ser otro que el mismo mundo o circunstancia, pero ésto sería absurdo para el mismo Ortega, ya que la primacía y la radicalidad pertenecerían al objeto, al mundo o circunstancia y no a la vida traducida en plena conciencia y deliberación.

Por otro lado, si decimos que la conciencia y deliberación crean y ponen su objeto, sería recaer en el más puro Idealismo, que Ortega pretendía superar. Afirma el P. Ramírez: "La vida o actividad vital no puede ser la realidad radical y primaria porque anterior a ella se da necesariamente la vida humana directa. La vida individual es un momento sucesivo de la vida, pero no una realidad radical. Además no sabemos en qué consiste ni qué incluye esa vida" (89).

Podemos añadir que esta vida individual y concreta, no podría ser la realidad radical pues no existe sola, es vida en carnada y ésto vuelve a traernos a la necesidad de sustancia lidad. La vida recae sobre algo, es cierto, pero también y fundamentalmente sobre alguien, es vida individual y concreta de un sujeto que la vive, por tanto, ya no sería lo primario.

Ortega nos dice: "La vida de cada cual - mi vida - es el - hecho primordial, a ella tenemos que referir todos los he--chos. Toda otra realidad que no sea la de mi vida, es una rea lidad secundaria" (90).

Y en otro texto añade: "La vida es una realidad extraña de

difícil captación, un fluido indócil que no se deja retener, apresar y salvar" (91).

Resultaría entonces, que la vida humana es al mismo tiempo la primera y última realidad, la más evidente y la más oculta, en suma sería un "delicioso círculo cuadrado", como orteguianamente se denomina a la contradicción.

Tratando de aclarar esta contradicción, don José nos describe los atributos de la vida humana, resumiendo diremos que es conciente, nos damos cuenta de ella, es circunstancial, es libre y nos produce cierta perplejidad.

2. ATRIBUTOS DE LA VIDA

a) DARSE CUENTA- Nada de lo que hacemos sería nuestra vida, si no nos diésemos cuenta de ello. Vivir es saber que lo hacemos, es encontrarse a sí mismo en el mundo ocupado de las cosas y de los seres humanos.

Afirma: "Todo vivir es vivirse, sentirse, saberse existiendo; donde saber no implica conocimiento intelectual, sino que es esa sorprendente presencia que su vida tiene para cada cual sin ese saberse o darse cuenta, el dolor de muelas no nos dolería. Al percibirnos y sentirnos, tomamos posesión de nosotros y este hallarse en posesión de sí mismo diferencia el vivir de todo lo demás" (92).

Entonces, la vida es intimidad con nosotros mismos y darse

cuenta de sí misma sería como un asistir a sí misma y un tomar posesión de sí. Lo cual nos lleva a deducir que el acto vital no consiste en un solo estar ahí, o en un ser en sí, - sino en un ser para sí, por lo que consistiría en un dinamismo constante. Es conciencia y actuación a la vez.

Pero, conviene más continuar con este primer atributo de la vida. Ortega hace una diferencia interesante entre lo que se conoce como "reparar" y "contar con".

Reparar equivaldría a lo que tradicionalmente se llamaba "tener conciencia de algo", en cambio contar con, vendra a - significar un "darme cuenta", enterarme de cuanto forma parte de mi vida, dándoles ese sentido personal que los transforma en existencias para mí.

Así, al darnos cuenta de nuestra propia vida, nos enteramos de ella, pero no reparando en ella, sino contando con ella y con lo que me rodea.

Pero, si la vida consistiese sólo en este primer atributo, no sería más que un enterarse y un darse cuenta pasivos; sería según el mismo Ortega reducir el propio vivir a un espectáculo cómico o trágico del cual uno sólo sería un espectador, de ahí que la vida conste de más atributos.

b) CIRCUNSTANCIALIDAD.- Al vivir nos hallamos entregados a una circunstancia, vimos que la vida era un darse cuenta de -

que estoy sumergido, naufrago en un elemento extraño a mí, - donde no tengo más remedio que hacer siempre algo para sostenerme en él. Ortega afirma: "La circunstancia es lo que conocemos vulgarmente como mundo. Mundo es: sensu stricto, lo que nos afecta y vivir es hallarse cada cual a sí mismo, en un ámbito de temas, de asuntos que nos afectan" (93).

Esto significa que nos encontramos al darnos cuenta de -- nuestro vivir, en un mundo de cosas que nos sirven o se nos oponen y que tenemos que ocuparnos de ellas. La vida consiste en la compresencia, en la coexistencia del yo con un mundo. Yo no soy si no tengo un mundo de que ocuparme, si no -- hay cosas que pensar, que sentir, que desear, que conservar o repeler, que transformar o que destruir.

Hablar de un mundo totalmente independiente de mí, sería absurdo, lo más radicalmente es el mundo testificado por mí. No nos damos cuenta primero de nosotros y luego del contorno, nos topamos primero con ese mundo que nos envuelve y nos descubrimos inmersos en él. Este es un hecho indubitable, al haber vida se dan dos factores igualmente primarios: el hombre que vive y la circunstancia o mundo en que este hombre vive.

La vida es lo importante y el mundo en que ella tiene que transcurrir consiste en un sistema de importancias o asuntos.

La circunstancia es por ello una inmensa realidad pragmática, no una simple realidad que se compone de cosas; además, cosa significa lo que es en sí, lo que tiene por sí y en sí su ser, con independencia de nosotros. Los componentes del mundo vital son sólo los que son para y en mi vida, por tanto son instrumentos que me sirven o me obstaculizan.

Ortega hace una reflexión sobre la relación que existe entre mi vida y la circunstancia: "La vida no es cualquier andar a golpes con las cosas en torno o con otros hombres, eso sería alteración infrahumana; la acción es actuar sobre el contorno de las cosas materiales o de los otros hombres conforme a un plan preconcebido en una previa contemplación" (94).

El P. Ramírez encuentra cierta contradicción en esta idea ya que el pensamiento y la contemplación serían previos a la acción vital, a la vida misma y por tanto cabría preguntar si lo primario y radical es la vida consciente y deliberada o la circunstancia.

Dice el P. Ramírez: " Si la vida pura es la raíz primaria, estarían de más la circunstancia, la razón y el pensamiento; si es el pensamiento puro, que sería la previa contemplación de que nos habla, entonces la acción vital no sería la realidad radical sino una realidad radicada. De ser ambas cosas a la vez, no habría motivo para llamar a la vida la realidad -

radical y no a la razón" (95).

Estamos de acuerdo con esta observación ya que al pretender elevar a realidad radical algo insustancial, carente de naturaleza, huidizo y mudable, deducimos que por estas características, tampoco es accesible al conocimiento y que al ser insustancial y serenos dada o impuesta, la vida denota insuficiencia, dependencia de algo o como bien lo dice el P. Ramírez "necesidad de ser radicada".

Para Ortega vivir no era entrar en un sitio previamente elegido por nosotros, sino que era encontrarse de pronto y sin saber cómo, caído, sumergido, proyectado en un mundo incanjeable, en este de ahora. La vida es entonces siempre imprevista y no nos han preparado para entrar en ella.

Dice don José: "Vivimos sosteniéndonos en vilo a nosotros mismos, llevando en peso nuestra vida por entre las esquinas del mundo y con ésto no juzgamos si es triste o jovial -- nuestra existencia, sea lo uno o lo otro está constituida por una incesante forzosidad de resolver el problema de sí misma; hemos sido arrojados en nuestra vida y a la vez, eso en que hemos sido arrojados, tenemos que hacerlo, fabricarlo por -- nuestra cuenta" (96).

De ésto se puede deducir el siguiente atributo de la vida ya que se nos ha dicho que hay que hacerla y para ésto hay --

que decidirla.

c) DECISION.- Por lo mismo que nuestra existencia es en todo instante un problema que hemos de resolver, quiere decirse que nunca es un problema resuelto, sino que en todo instante nos sentimos forzados a elegir entre varias posibilidades. La encargada de presentarnos estas posibilidades es la circunstancia. Esta situación nos obliga a ejercer constantemente nuestra libertad. No hay que olvidar que al elegir nuestro hacer, elegimos también nuestro ser.

La vida es quehacer, pero ¿qué hay que hacer? Nuestra propia vida. Dice Ortega: "La única regla que podemos sentar es la de la invención perpetua de nuestro ser y la vida tiene -- que decidir qué sí misma va a causar. Y tiene que decidirlo sin tregua; razón por la que diremos que estamos obligados a ser libres, porque la libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos" (97)

Nos encontramos una vez más ante una afirmación fulminante, el albedrío no es una cosa ni una facultad del hombre, es su propio ser, ¿qué terrible responsabilidad traemos encima!

Esto sin embargo expresa la situación del hombre frente a la circunstancia. Sabemos que ésta nos presenta una pluralidad limitada y concreta de posibilidades, esto nos pone en

la necesidad de decidirnos, bajo nuestra responsabilidad a elegir una de esas vías. Pero, entendemos que nuestra incertidumbre en la circunstancia tiene cierto margen de holgura ya que existe un repertorio de varias posibilidades entre las que tenemos que optar y lo que es más, no nos hallamos forzados a elegir una sola de éstas, evitando las demás. Por esto precisamente el hombre es libertad, incluso la vida más trágica que parece ofrecer una trágica senda no está predeterminada a ser seguida pues siempre existe la otra opción, que sería la de evadirse de la existencia; claro que estamos hablando de un caso límite, pero creemos que nos sirvió para ejemplificar este concepto que nos dejó sumidos en una profunda reflexión.

Ya anteriormente habíamos hablado de que el hombre es tan libre que puede incluso elegir su inautenticidad, no ser fiel a su yo insobornable, término con el que designa Ortega a la vocación o destino.

La vida está constantemente pre-ocupada, es decir ocupada previamente de lo que tiene que suceder y sobre todo de lo que tiene que elegir. Veremos como la sociedad nos ayuda en la elección; los cauces que seguimos son los que nos han forjado los hombres que nos precedieron. Por otra parte, -- las circunstancias en vista de las cuales y por medio de las

cuales, se hace nuestra vida, constituyen una brújula sin la cual pronto navegaríamos a la deriva.

No podemos olvidar nuestra situación histórica puesto que el pasado personal y colectivo, configura nuestro presente y va introduciendo cada vez mayores limitaciones en el marco de nuestro comportamiento futuro. Pero, las decisiones últimas son siempre personales y para que éstas sean auténticas deberán ser tomadas en soledad porque vivir es sentirnos forzados a decidir lo que vamos a ser.

Nuestra vida no viene hecha, tenemos que elegirnos a nosotros mismos y lo que vamos a hacer de nuestra vida. En este sentido la libertad no puede reducirse a una elección simple entre dos opciones; se trata de algo más radical, la actitud de nuestro ser que se elige integralmente.

Es curioso, pero aunque Ortega no admite la sustancialidad hace referencia a ella con frecuencia pues al hablar de mis acciones, mis decisiones, mis potencialidades y aún del drama que somos, se hace referencia a un sujeto portador de todas esas facultades y no puede ser portador de nada quien no permanece en sí mismo.

Soy dueño y autor de mi actuar y es precisamente a través de estas acciones libres como realizo mi ser personal, porque la persona tiene iniciativa y es autora de sus acciones

además de que tiene que estar consciente de las consecuencias de su obrar y responder por lo realizado; porque escojo libremente, me hago responsable de mis actos, de mi ser y de mi vida.

El hombre se propone fines en su vida y para realizarlos utiliza los mecanismos y elementos que le ofrece la circunstancia, para ésto tiene que elegir y ésto implica la necesidad de una preferencia. Esta sólo es posible en virtud de una estimación, que se valore esta posibilidad y de que se la estime más que las otras. La libertad por tanto no es irracional, es capaz de valorar, preferir y entonces elegir correctamente.

d) PERPLEJIDAD.- Explica Ortega: "Si yo tengo, quiera o no que decidir lo que voy a hacer, quiere decir que la vida me coloca siempre frente a varias posibilidades de hacer. El tener que decidirme implica que no estoy nunca decidido de antemano, antes de decidir, estoy indeciso, perplejo" (98).

La perplejidad la entendemos como un momento previo a la lección, es como el instante que resulta de habernos dado cuenta de nuestra vida, de la circunstancia y de la responsabilidad resultante de tomar las riendas de nuestro destino y decidir lo que vamos a ser y cómo lo vamos a hacer. Es un mo-

mento en que nos sumimos en nuestra soledad y angustia, pero del cual emergeremos decididos y esperanzados.

3. LA VIDA COMO DRAMA E INSEGURIDAD

Ahora que hemos hablado de la radical inseguridad que nuestra sensibilidad nos muestra al conocer nuestra vida, ahondaremos más en ella. Será como el primer paso que debemos dar para poder entender de qué manera podemos llegar a realizarnos y cuáles son los obstáculos que debemos ir venciendo para lograrlo. El ideal orteguiano como cualquier otro ideal, requiere de esfuerzo y lucha constantes así como de disciplina, voluntad y preparación.

Nos dice don José: "La vida es constitutivamente drama porque es siempre la lucha frenética por conseguir ser de hecho lo que somos en proyecto. Lucha con las cosas y aún con nuestro carácter" (99).

Agustín Basave, da en su libro una interpretación de esta idea que a nuestro parecer es verdadera y valiosa. "Soy, de esto no me cabe duda, vivo, pero no puedo permanecer en mí, tengo conciencia de la unidad de mi vida pero soy un misterio para mí. Todo en mi vida es pasajero y sin embargo tengo la certidumbre de que nací para vivir plenamente. Mi afán de plenitud subsistencial me es consustancial. Pero mi voluntad es infiel a este afán y me dejó cautivar por lo precedero,

no me siento contento con lo que soy, por eso el hombre es un drama viviente como dice Ortega. Vivir es sentir la contingencia y la miseria de nuestro espíritu en su condición carnal y presentir la plenitud de la subsistencia" (100).

Como vemos, todo ser humano ha sentido alguna vez esta desesperación de que el tiempo se nos escapa de entre las manos y la sensación de que no poseemos nada en realidad ya que todo es pasajero, aún nosotros mismos.

También, hemos sentido que somos puestos en esta vida como en un gran teatro y que debemos desempeñar el papel de nuestro propio ser. Han sido muchos los intentos que se han hecho para encontrar una respuesta satisfactoria, pero ninguna ha sido capaz del todo de ofrecernos respuestas que nos hagan -- encontrar la paz, sólo tenemos a la mano analgésicos que momentáneamente nos tranquilizan, ¿porqué entonces no dejamos de buscar verdades absolutas y nos contentamos con lo que nos ofrece nuestra existencia problemática y concreta?

He aquí la presencia de ese afán de plenitud subsistencial, pero debemos estar alertas pues si dejamos que nuestra vida transcurra mientras nos hundimos en quejas y lamentaciones, lo único que conseguiremos será agotar aún más el tiempo.

Por esto tal vez la filosofía de Ortega nos parece tan vi-

tal y optimista, porque propone vivir intensamente cada momento, robusteciendo nuestra voluntad para luchar y así lograr de cada vida personal una creación y porque no, para realizar nuestra mejor actuación.

Tenemos a la mano los elementos, los esquemas, los Usos, los libretos que nos ofrece la circunstancia, entonces lo único que debemos hacer es agudizar nuestra mirada, nuestra curiosidad y nuestra razón para lograr que esta vida y las obras que hagamos en ella adquieran sentido, ante todo para nosotros mismos. Esto es lo que entendemos por vivir auténticamente, ya que con ésto rompemos el estigma del drama vital al que parece estamos condenados.

Este drama es ejemplificado por Ortega de manera excelente cuando dice: " Es la misma situación del que durmiendo fuera lanzado a la escena de un teatro; se encontraría en un paso difícil, sin saber cómo ni porqué, pensando en salir en forma decorosa de la escena. Estamos ante un caso semejante al del actor que "hace" Hamlet. La esencia de Hamlet va a ser ejecutada en un teatro, tiene que existir en el teatro; Hamlet tiene que salir de sí para ser actuado por un actor en un determinado escenario, Hamlet tiene que ser hecho con lo que no es. Así nuestra vida, tengo que efectuarme en el mundo, entre cosas y otros hombres, con un cuerpo que padece en

fermedades, con un alma acaso no muy dotada de voluntad, memoria o de inteligencia" (101).

En otro texto nos insiste sobre este carácter dramático de la vida. " La vida no es sin más ni más, el hombre que vive, sino que es el drama del hombre al encontrarse teniendo que bracear, que nadar naufrago en el mundo. La vida es en sí misma un naufragio. Naufragar es estar a punto de ahogarse pero al agitar los brazos el hombre reacciona ante su pérdida y ésto es precisamente la cultura. Pero, diez siglos de continuidad cultural traen consigo el inconveniente de que el hombre se crea seguro, perdiendo la emoción del naufragio y su cultura se va cargando de obra parasitaria. Es preciso que fallen en torno de él todos los instrumentos flotadores, entonces sus brazos volverán a agitarse salvadoramente. La conciencia del naufragio, al ser la verdad de la vida, es ya su salvación" (102).

Esta cita nos hace recordar la idea de que el hombre no es un ser que deba permanecer en la inmovilidad, en el ocio o en la paz, parece que para llegar a realizarse y adquirir conciencia de sí y de los valores, debe estar en continuo movimiento, en lucha incesante y aún más, en guerra. Todos estos factores contribuyen de manera determinante a que el hombre sienta el aguijón de lo finito en su interior y lo

impulsa a crear, a transformar y derribar los obstáculos; en cambio cuando todo permanece en calma, sin cambios ni riesgos, el hombre e inclusive la civilización entera sufre un estancamiento y sobreviene la decadencia. Tal vez sea una de las razones por las que el hombre no sea inmortal ya que su limitación y finitud lo hacen crecerse ante la adversidad y esto lo hemos comprobado cuando en situaciones de guerra, catástrofes o represión, surgen grandes líderes o pensadores. También, cuando hombres sencillos son capaces de ejecutar actos heroicos y que en situaciones normales se sienten incapaces de enfrentar riesgo alguno.

Continuando con el tema, podemos decir que el hombre sólo cuando se siente náufrago, se desespera y lucha por mantenerse, por sobrevivir. Ningún hombre se puede considerar logrado, alcanzado. Este estado según Ortega incluye dos aspectos: uno negativo, que sería el saberse como la no plenitud y otro positivo, que sería el de sentirse un ser en camino hacia la plenitud. Y aquí nos encontramos como libertad que somos ante una alternativa radical: esperanza o desesperación.

Afirma Ortega que esta vida en su sustancia no es sino desesperación. " Desesperar es sentir que somos constitutivamente impotencia, que dependemos en todo de algo distinto de nosotros. Nada hay en el interior de nuestra vida que parezca

plenamente satisfactorio y por sí mismo se justifique. Nuestra existencia es en sí misma un vacío de sentido, una extraña realidad que consiste en ser algo que en definitiva es nada, es la pretensión de algo positivo que se queda en pura pretensión fallida" (103).

Parece que en esta cita nuestro filósofo se encuentra con la desesperación de frente, entendida como momento necesario para tomar la decisión que nos pondrá en camino hacia nuestra realización personal que como tal nunca podrá ser plena, pero al menos aproximada.

Hay que recordar que para Ortega, el hombre tiene múltiples potencialidades que no llega a agotar del todo. La vocación es el plan de elección entre esas posibilidades. La potencialidad implica una constante anticipación y proyección hacia el futuro, por esto al decir que el hombre no está terminado, sino solamente en camino, este concepto se extiende hacia algo más allá, puesto que no tendría caso considerar sólo el camino si no condujera a parte alguna. Y aquí es cuando surge la esperanza.

Vivir auténticamente en la filosofía orteguiana sería una exigencia moral y ética que conducirá a la felicidad del hombre.

Entonces, el hombre al desesperarse encuentra de nuevo el camino y se vuelca en el quehacer constitutivo de su propia vida.

Antes de abordar el tema del quehacer humano, nos parece apropiado recordar lo que Higinius -literato de la corte -- del emperador Augusto- expuso poéticamente sobre la angustia, la desesperanza o preocupación que envuelven al hombre durante toda su existencia. "Atravesaba el Cuidado un río cuando vio lodo gredoso, tomólo pensativo y comenzó a modelarlo. Al reflexionar sobre lo hecho, entra en escena Júpiter, suplica le el Cuidado que le infunda espíritu y lo obtiene. Al querer el Cuidado imponer su propio nombre a lo hecho, estorbó selo Júpiter quien quería se le pusiera el suyo. Mientras - discuten se levanta la Tierra y quiere que sea su nombre el que lleve pues ella le ha dado el cuerpo. Toman a Saturno como juez, quien decide justo: Júpiter, tú que le diste el espíritu, lo recuperarás a su muerte; tú tierra, su cuerpo ya que se lo diste; el Cuidado es quien primero lo modeló, entonces que lo posea mientras viva y por lo que hace a la controversia, Homo será su nombre, pues parece hecho de lodo o sea de humus" (104).

4. EL QUEHACER Y SUS CARACTERISTICAS

Dijimos anteriormente, que el hombre esta obligado a hacer

su propia vida, a cargarla de sentido, de interpretación y de valor. Pero al igual que el Yo programático, la vida que tenemos que hacer no es una vida cualquiera. Es una vida determinada y cada uno tiene la suya, estamos como diría don José -- inexorablemente llamados a la vida auténtica. La vida no nos es dada hecha, el pensamiento de Ortega nos hace caer en la cuenta de que el hecho de vivir, la circunstancia, el tener que elegir a cada instante, la vocación, son impuestos y por tanto son algo pasivo. Pero, paradójicamente lo que nos impone estos datos es justamente algo activo, el quehacer humano; nuestro obrar no es un privilegio que el hombre ejecuta cuando le place, sino que en todo momento está obligado a hacer algo, por esto la vida no es sino quehacer constante.

Ortega distingue tres planos diferentes en el hacer: a) el de la ejecución, y en éste la vida no nos es dada hecha, b) el de la intención, en el que tampoco la vida nos es dada hecha, hay que pensar en todo lo que el hombre ha querido llegar a ser, y c) el de la vocación, que se distingue de los anteriores ya que no es lo que el hombre se propone hacer, sino lo que irremisiblemente tiene que hacer.

De esto deduce don José que la vida es doblemente quehacer, quehacer de inventar la vida y quehacer de ejecutarla, es por todo esto pre-ocupación y ocupación.

Afirma: "El hombre hace su vida porque esa vida ha tenido - que elegirla, prefiriendo entre las diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él, posibilidades que por otra parte no le han sido regaladas, sino que ha tenido -- que inventárselas él mismo. Por ésto, se dice que la vida es doblemente quehacer. La vida auténtica de cada cual consistirá en hacer lo que hay que hacer, por esto la vida verdadera es inexorable invención" (105).

Toda vida es la lucha por ser sí misma, lo que hace plantear a Ortega como exigencia radical del vivir humano, la -- idea de autenticidad. La tesis que sostiene no significa que -- no haya que tomar un modelo, sino que hay que construirlo des de dentro, inventar o renovar dicho modelo, pero siempre per sonalmente.

Al estar la vida sometida a un imperativo de autenticidad, cada uno tiene que responder de su vida y por eso la responsa bilidad es un aspecto fundamental de nuestro vivir -individual o colectivo-. La vida no se caracteriza como un saberse, un -- darse cuenta de sí misma, sino que consiste además en un hacer se constantemente a sí misma. La vida no es un ser hecho, ni un objeto con trayectoria predeterminada; la vida es reali zar un proyecto de existencia, es un quehacer, una sucesión y

una simultaneidad de haceres. Podemos decir que la esencia del hacer radica en la decisión del sujeto y ésta parte de un motivo y se orienta a una finalidad. Es decir, se quiere hacer lo que se hace por algo (motivo) y se hace igualmente para algo (finalidad). Así la vida humana se caracteriza por tener un porqué y para qué.

El hombre se siente urgido a realizar este quehacer pues siente que su vida tiene un vacío que necesita ser colmado.

Damos a continuación las características de nuestro quehacer, con el fin de precisar más su concepto.

a) Es siempre urgente. El hombre tiene que decidir en cada instante lo que va a hacer y lo que va a ser en el siguiente.

b) Es intransferible. Nadie me puede substituir en la tarea de elegir, incluso dice Ortega: " Si encargo a otro el decidir acerca de mi vida, he de hacerlo por una decisión, yo no puedo dejar de decidir, a lo más, puedo servirme del mecanismo de otra decisión, que siempre ratifico" (106).

c) Esto hace que mi vida sea soledad radical, en un sentido mucho más profundo que el psicológico, la vida es intransferible y cada cual vive la suya solo.

d) Nuestro quehacer es circunstancial. Sea para aceptarla

o modificarla, debemos siempre contar con la circunstancia. Además, el hombre es un ser en búsqueda de su vocación y ésta se le revela en el choque de su proyecto vital con la circunstancia. Igualmente, el hombre es un ser social e histórico, - sus ideas, creencias, los materiales con que proyecta su quehacer, no son totalmente propios, ya que en gran parte le son impuestos por la circunstancia histórico-social.

e) Nuestro quehacer es libre, esta libertad no es limitada, se ejerce en los confines de una fatalidad: nuestra circunstancia y nuestra vocación o destino. Afirma: "El hombre es libre, quiera o no, ya que está forzado a decidir lo que va a hacer y ser. El hombre tiene destino, éste es una fatalidad que se puede aceptar o no, incluso el hombre más angustiado, en la situación más difícil, tiene margen para elegir entre aceptarla o dejar de ser" (107).

f) El quehacer está siempre proyectado hacia el porvenir, - en él tiene primacía el futuro frente al presente y pasado. La vida es una faena que se hace hacia adelante. Nuestro espíritu está siempre en el futuro, preocupado por lo que vamos a hacer en el momento siguiente. Sólo en vista de ese futuro, para preverirlo y entrar en él bien pertrechados, se nos ocurre pensar en lo que hemos sido hasta aquí.

g) Nuestro quehacer es fundamentalmente obra de la imaginación y ésta presupone la memoria. Entendemos por imaginación la facultad de anticipar, de dirigirse hacia el futuro, por eso a ella le corresponde elaborar el proyecto vital. La interpretación de la circunstancia, consiste en que el hombre compara la nueva situación con las pasadas y reacciona en función de eso. Nos dice que el hombre por tener imaginación se complica la vida y por carecer de ella, el animal se la simplifica. Nos explica: "La imaginación desarticula el material de imágenes recibidas y lo articula en combinación con las percepciones o imágenes presentes. El mañana tiene para cada ser viviente distinto espesor, según sea de espeso el ayer que conserva en la reminiscencia" (108).

h) Finalmente, nuestro quehacer tiene dos dimensiones: la interpretación y la realización. Ortega nos explica en qué consisten cada una: "Nuestra vida es por fuerza interpretación de sí misma, es formarse ideas de sí mismo y de los demás. Pero, nuestra tarea no se detiene ahí. El hombre tiene que descubrir cuál es su propia, auténtica necesidad, tiene que acertar consigo mismo y luego resolverse a serlo y por último, tiene que realizar ese sí mismo que ha resultado ser" (109).

5. EL ELEMENTO HISTORICO DE LA VIDA

Sabemos ya que la vida humana no está hecha, que es un permanente hacerse a sí misma. El hombre tiene conciencia previamente de lo que va a hacer, en esta tarea se encuentra con un conjunto de posibilidades entre las que tendrá que elegir necesariamente.

El hombre forja su programa de vida, yo soy un proyecto o esquema que pretendo realizar : que he imaginado en vista de las circunstancias. Pero, como todo proyecto está hecho para el futuro, se puede decir que el hombre está hecho de futuro, la circunstancia en que se halla inmerso depende del pasado.

Entonces, el hombre es un producto histórico, es lo que le ha ocurrido y lo que le ocurre en atención a su proyecto temporal de vida. Esto significa lo que Ortega nos ha dicho en su obra continuamente, de que el hombre no tiene naturaleza, sino historia.

La vida humana se hace en el tiempo, no con una pauta fija, sino creando su propia forma. Frente a todos los entes del planeta, que son lo que ya son, el hombre es variación y tiene ante sí un repertorio de posibilidades para elegir, tanto en su vida individual o como a don José le gustaba llamarla - biografía-, como en su vida colectiva o

historia. Vivir es algo que se hace hacia adelante, pero nos previene Ortega: "Si la vida es esencialmente ir hacia el futuro, no es menos esencialmente un venir del pasado. Hay que subrayar el ayer y disponernos para el mañana. Nuestra vida es en cada momento, un presente que incluye un pasado y un porvenir, un siendo que arrastra un fué y se proyecta hacia un será. El pasado no muere, perdura en el presente, en eso que ayer sentimos o pensamos y no sólo perdura nuestro pasado individual, sino que éste late al mismo tiempo con el pasado de nuestra raza" (110).

Aclaremos un poco el concepto que tiene de la raza, él la define como una clase de productos culturales, de ideas, de creencias, acciones y sentimientos. Sobre todo, una raza es una manera de pensar. La raza es algo más que la suma de caracteres somáticos, es una expresión, un estilo de vida peculiar y sobre todo un nivel histórico determinado.

Este elemento -la raza- va a ser muy importante en nuestra sensibilidad radical, ya que ésta incluye esencialmente un nivel histórico determinado. Este nivel es como la base de nuestro edificio espiritual, constituido por las creencias, maneras intelectuales y afectivas que la raza nos transmite. Como vemos, ésto es algo de lo que no podemos -

prescindir.

Pero, no se crea que la vida arrastra esta herencia como si trajese un fardo a cuestas. La vida es cambio, innovación y es un incesante marchar hacia un futuro de posibilidades múltiples. Esto hace que la historia no sea algo estático o anquilosado. La historia es dinamismo, el pasado de nuestra raza es la base como diría Ortega: "El pasado de nuestra raza, es el hasta ahora sobre el que tenemos que edificar nuestra vida y no es norma del futuro" (114).

El horizonte de la vida humana, con lo dicho anteriormente, tendrá que ser el histórico. Podemos decir que el hombre va a estar definido por el nivel histórico que le ha tocado vivir. El hombre es hoy lo que es, precisamente por haber sido antes otras cosas, así, el ámbito de la vida humana incluye la historia.

Por ésto, exhortó a la generación de su tiempo a no olvidar que los tiempos de plenitud llevan la cara vuelta hacia atrás, mirando el pasado que en ellos se cumple. Asimismo denunció el hecho de que en dicha generación, se hayan infiltrado los hombres inauténticos, el hombre-masa, para los que al vivir en una época de grandes avances en todos los campos de la ciencia, piensan que estamos envueltos en un halo de prepotencia y pretenden por ésto, hacer tabla rasa de

todo el conocimiento y riqueza cultural que el pasado nos ha transmitido y que no reconoce en nada pretérito, posible modelo o norma y como consecuencia la civilización es algo que siempre ha existido tal como está y que nunca podrá destruirse.

Encuentra Ortega, que la historia tiene dos tiempos: uno de vida ascendente y otro de vida descendente y se va articulando a través de las generaciones.

Nos aclara que una generación es una zona de quince años, durante la cual cierta forma de vida colectiva es vigente.

La afinidad que existe entre los hombres de una misma generación se finca en el hecho de verse obligado a vivir en un mundo donde impera una determinada concepción de la existencia. De aquí la importancia de la base que nos proporciona nuestra raza y que influye decisivamente en nuestra sensibilidad radical.

Cabe la pregunta ¿por qué la vida varía de época en época?, a lo que Ortega responde: "No es que una época sea distinta en vida que otra porque lo sean sus ideas, artes y política, sino al revés: dos épocas tienen distintas ideas, arte y política porque el sentimiento radical de la vida es en ellas distinto. Al variar la sensibilidad radical, varía

automáticamente el panorama vital y la cultura toma otro carácter. Este cambio de sensibilidad radical en los pueblos se produce por medio de las generaciones" (112).

A pesar de que nuestro filósofo dio su diagnóstico sobre los tiempos que estamos viviendo, no es pesimista. Denunció el peligro que acecha por parte del hombre masa al mundo entero, pero ésto no significa que todos hayamos caído bajo su imperio y así lo demuestra este texto que Francisco Larroyo afirma en una de sus obras: " En contra de todo existencialismo pesimista, Ortega sobrepone la vida a la muerte y así afirma que nuestra época es una época de vida ascendente, en la cual se suceden las actitudes deportistas y batalladoras, dominada por el riesgo y la temeridad, el espíritu aristocrático y caballeresco. El primer artículo de su estatuto es el riesgo. La muerte no es más que un accidente de su carrera deportiva, la muerte como muchas cosas más está en la vida, es algo que le acontece a la vida" (113).

Ortega piensa que la misión de la historia es hacernos verosímiles los otros hombres, ésto es muy interesante pues en verdad el prójimo es siempre algo que está más allá de lo patente. No poseemos más elemento transparente que nuestra propia vida. Y he aquí la gran tarea que tenemos los seres humana

nos de entender con nuestra vida como marco de referencia único las ajenas y entenderlas en lo que tienen de distintas y extrañas a la nuestra.

Nos explica el itinerario que sigue la mente desde nuestra vida a la de los demás que se puede resumir en cuatro pasos:

a) Sólo me es presente y patente mi vida, las demás vidas me aparecen como intercambiables con la mía. Parto de creer que los demás piensan, sienten y quieren como yo, por tanto que hay sólo una forma de vida indiferenciada en todos los -- hombres.

b) Caigo en la cuenta de que la vida del prójimo no es presente y patente, sino que llegan a mí de ella sólo síntomas; éstos muestran ciertos caracteres abstractos similares a mi vida, pero también muestran otros ingredientes ajenos. Entonces, surge ante mí el prójimo como un monstruo que manifiesta su monstruosidad en que no es como yo. Descubro que la vida no es siempre presente, patente, inteligible, sino que hay vida oculta, impenetrable y otra, en suma una vida ajena.

c) Una vez que me encuentro con el misterio del tú, me esfuerzo por asimilarlo, partiendo de mi vida que es lo único - patente con que cuento, trato de construir al prójimo como un yo. Esta gran faena se llama comprensión del prójimo.

d) En este último punto se logra la síntesis del problema existencial, pues el prójimo presente que era un monstruo, va a quedar asimilado a mí y se me presenta como teniendo que -- ser otro irremisiblemente, pero siempre pienso que en principio podría ser yo. La amistad, el amor, viven de esta creencia y de esta esperanza, son por eso las formas extremas de la asimilación entre el tú y el yo.

Pero, nuevamente surge otro problema, dice Ortega: "El antepasado, el extemporáneo, no sólo es otro que yo, sino que no puede ser sino Otro, de aquí que sea una última asimilación - imposible" (114).

Nos enfrentamos con ésto a una nueva realidad que es lo inexorablemente lejano, lo antiguo, y es precisamente este descubrimiento de la antigüedad, lo que nos lleva al conocimiento de la perspectiva histórica.

Como vemos anteriormente, espero siempre que el prójimo llegue a ser como yo, -este punto será ampliado en el próximo capítulo para su mejor entendimiento, pero, frente al antiguo no tengo otro remedio que asemejarme imaginariamente a él, de esta forma puedo hacerme el Otro.

Deducimos que la técnica de este altruismo intelectual es la ciencia histórica para Ortega.

El sentido histórico es un sentido y función de la visión de lo distante como tal. Representa la máxima evasión de sí mismo que es posible al hombre y por retroefecto es la última claridad sobre sí que el hombre individual puede alcanzar.

Al tener que descubrir para hacérselo verosímil los supuestos desde los cuales vivió el antepasado y por tanto descubrir sus límites, descubre los supuestos sobre los que él mismo vive y en que mantiene inscrita su existencia. La historia es la forma de conocer los propios límites y ésta es la única manera otorgada al hombre de trascenderlos, de ahí su enorme importancia.

La vida humana es lo que es en cada momento en vista de un pasado que en el presente perdura y peractúa. Por esto considera que no debemos olvidar una de las características más importantes de nuestra vida que es la historicidad. Esta no es simplemente otra característica de nuestra realidad, al profundizar sobre este concepto nos percatamos de que encierra el enorme peso de la libertad y por tanto de la responsabilidad.

El hombre al tratar de ser auténtico y vivir siendo fiel a su vocación, toma esa determinación pero al hacerlo no está pensando sólo en sí mismo, está conciente de que esa decisión tendrá repercusión en su generación y por tanto tras--

cenderá hacia la historia.

Encontramos nuevamente el aspecto moral de su filosofía pues el hombre que propone al someterse a instancias superiores, se responsabiliza de su actuación no sólo ante sí mismo y sus congéneres, sino hasta frente a los antiguos, - como Ortega denomina a los hombres que nos precedieron en tiempo y espacio. He aquí, un motivo más para que nuestro proyecto vital se realice de manera auténtica, para que busquemos una calidad de vida superior; porque lo que hagamos puede mejorar o empeorar la vida de los que vienen y que -- nos considerarán a su vez como los "antiguos".

Por ésto, nos aconseja acudir a la historia, pues es la gran maestra, en ella encontramos otras épocas, usos sociales, maneras distintas de enfocar los problemas. Sin embargo, encontramos las mismas dudas, los mismos temores, los mismos sueños y esperanzas. Cambia por así decirlo la escenografía, pero la temática sigue siendo la misma, por ésto, si recurrimos a la historia, podremos encontrar respuestas, caminos y soluciones viables a las constantes interrogantes humanas.

CAPITULO V**EL ENFRENTAMIENTO CON LA CIRCUNSTANCIA**

1. EL HOMBRE Y LA CIRCUNSTANCIA

Hemos analizado hasta aquí al hombre en cuanto su constitución, su vocación, su destino que consiste en la realización de su programa vital; así como el riesgo continuo de desmoralizarse, de perder energías y naufragar en el torrente de la inautenticidad.

También sabemos que si es preso de este mal, se extenderá a todo lo que lo rodea, a lo que pueda construir, a lo que sienta aparte de su repercusión en el tiempo y por tanto en la historia.

Vimos que a pesar de que su vida es un drama, es a la vez la realidad radical y que es posible vencer a la desesperación que nos embarga cuando nos sentimos en completa soledad y con una gran tarea a cuestas. Es por esto que en este capítulo, profundizaremos en torno a la ayuda que nos presta para realizar esta tarea la propia circunstancia en la que estamos inmersos y que nos pone en contacto con las cosas y los otros seres humanos.

También veremos para concluir, el comportamiento del hombre auténtico en el medio social en el que se desenvuelve y la importancia de su actuación para lograr realmente trascendencia en todos los sentidos.

La vida según Ortega, es la realidad radical que es captada por nuestra sensibilidad o intuición primaria y que ésta nos la revela como una realidad libre, conciente, circunstancial, que posee un gesto dramático de inseguridad y al mismo tiempo un inmenso afán de plenitud o seguridad. Este afán, puede llevarse a su realización mediante nuestro continuo quehacer. Nos sabemos forzados a hacernos a nosotros mismos y hacer igualmente nuestra vida personal, pero este hacer lo ejecutamos en el mundo, con las cosas y las personas que nos rodean y a este mundo se le denomina "circunstancia".

Reconoce Ortega que no sólo se nos impone el hecho de vivir, sino juntamente el escenario donde este vivir se va a desarrollar y esto es precisamente la circunstancia.

Un hecho indudable es que al reflexionar sobre lo que es mi vida, me encuentro con el mundo y después conmigo mismo, al vivir estoy siempre ocupándome de las cosas que me rodean, es decir, atento a la circunstancia y para encontrarme tengo que suspender temporalmente esa atención al contorno y buscar me en él. Este retirarme del mundo no es nunca totalmente efectivo, lo cual subraya el hecho de que vivir es inseparablemente contar conmigo y con los demás, contar con el mundo y

por esto afirma: "Dentro de la enorme circunstancia que es el mundo, podemos movernos con cierta libertad, pero no podemos escapar a su círculo inexorable" (115).

Cabría aclarar, que aunque sea inexorable la circunstancia no quiere decir con ésto, que sea imposible de modificar, sino que hay en ella algo que es independiente de nuestra elección ya que incluso para modificarla, tenemos que contar con ella.

A veces al hombre no le gusta el mundo en que vive e intenta evadirse de él, pero aunque lo logre, su nuevo mundo llevará como principio, ser evasión del primero. La exigencia de autenticidad en nuestra vida, requiere necesariamente que el hombre modifique -dentro de lo posible- los ingredientes de su circunstancia que opriman su vocación e impidan su realización.

La circunstancia no se compone sólo de cosas, sino de personas, la circunstancia es también sociedad humana, entonces, yo estoy en una circunstancia, pero estar en ella no significa formar parte de ella.

Ortega explica: "Estar en el mundo es existir fuera de mí, en tierra extraña, es ser constitutivamente forastero, puesto que no formo parte de aquello donde estoy. Por tanto, vivir

es ejecutar mi esencia o lo que yo soy, fuera de mí, en un elemento extraño a mí" (116).

Dijimos que todo vivir es convivir, hallarse en medio de una circunstancia. Lo que nuestra vida sea depende tanto de lo que sea nuestra persona (Yo), como de lo que sea nuestro mundo (circunstancia). Estos son los dos elementos fundamentales de la vida.

Para terminar esta descripción de la circunstancia, podemos recordar la frase angular de la filosofía orteguiana, yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo a mí mismo.

Vemos que la circunstancia no es sólo el objeto revelado por el pensamiento, es el mundo vital en el que me debato y por eso, todo fenómeno que quiera comprender, vendrá a situarse en la realidad primaria de mi vida individual. La circunstancia es el momento histórico en que he nacido. El hombre puede o no asumir su circunstancia, entendido esto como hacerse responsable de la misma y no en cuanto a que se acepte o no, puesto que ella permanecerá ahí, la aceptemos o no.

Ahora, al hablarnos de "salvación" cuando se refiere a su circunstancia, nos quiere decir que una vez aceptado el hecho

de que soy por y con ella, tengo que elegir nuevamente lo - que he de hacer en ella, saber cómo puedo realizar verdaderamente esta elección.

Pero, ciertamente quienes eligen verdaderamente como sujetos responsables son una ínfima porción de la humanidad.

La gente, como Ortega denomina a ese ser anónimo que se yergue como árbitro de nuestro vivir en sociedad, cada vez tiene más tendencia a negarse a elegir, pensar como los demás para ser como los demás, es renunciar a ser sí mismo, pero al mismo tiempo, es zambullir al mundo entero en la nada y en el absurdo.

Sintetizando: en la medida en que elijo vivir o dejarme vivir, fundo la realidad o la nada del mundo. El hombre lucha por mantenerse en su propio ser, pues tiene que ser rehecho ante cada problema que le plantea su circunstancia.

2. LEYES QUE RIGEN A LA CIRCUNSTANCIA

Continuando con el análisis de la circunstancia, diremos que el mundo es un conjunto de medios y estorbos, de facilidades y dificultades con los que me encuentro para poder vivir. Ortega distingue entre un mundo de cosas y un mundo de asuntos o importancias. El primero sería un mundo en el que no tendríamos ninguna intervención, ya que todo en él es por

sí. En cambio en el segundo, todo consiste en su referencia a nosotros, ese mundo nos importa y sólo es en la medida en que nos importa y afecta.

Pues bien, este mundo del que nos habla, se rige por cuatro leyes estructurales, estas leyes nos la proporciona Ortega en su libro El Hombre y la Gente.

1a.) El mundo vital se compone de unas pocas cosas en el momento, presentes e innumerables cosas en ese mismo momento, latentes y ocultas, que no están a la vista pero que sabemos podríamos tenerlas presentes. Así, mientras este salón me es presente, nos es copresente el resto del mundo fuera de él, co-presencia es lo que no es patente pero que por experiencia sabemos que está ahí.

2a) No nos es presente nunca una sólo cosa, por el contrario, siempre vemos una cosa destacando sobre otras a las que no prestamos atención y que forman el fondo sobre el cual lo que vemos se destaca. Llama Ortega "horizonte" a este fondo y "contorno" al conjunto del objeto y el fondo sobre el cual se destaca. Y más allá del horizonte presente o patente, se extiende una zona poblada de objetos copresentes y latentes; entonces, nuestro mundo o circunstancia comprende tres planos diferentes: a) la cosa que nos es presente, b) el hori--

zonte en que aparece y c) una zona de realidades latentes - más allá de este horizonte. Así, nuestro mundo es un mundo de perspectivas.

3a) El mundo es una perspectiva. En virtud del sentido del tacto, el cuerpo tocado se encuentra referido necesariamente a este cuerpo que nos acompaña siempre y a partir del cual percibimos todos los demás. Por ésto, los objetos nos aparecen siempre en perspectiva. El cuerpo en que vivo, hace de mí un personaje espacial, me pone en un sitio y me excluye de los demás, el lugar donde yo estoy lo llamamos "aquí".

Yo puedo cambiar de sitio, pero cualquiera que él sea, será mi aquí; yo y aquí somos inseparables. Al tener el mundo con todas las demás cosas dentro que serme desde aquí, se convierte en una perspectiva, sus cosas están cerca o lejos de aquí, arriba o abajo de aquí, etc.

4a. Nuestro mundo, el de cada cual, no es un todo revuelto, sino que está organizado en "campos pragmáticos". El mundo no es un gran campo amorfo, sino que comprende diferentes zonas o regiones, no ciertamente de cosas sino de importancias.

La palabra "campos pragmáticos", significa lados de la

vida. Su mismo nombre, nos deja entrever un mundo de importancias en un mundo de cosas, referidas a nuestros fines. Es manifiesto que existe una jerarquía en nuestros fines; nuestras acciones se encadenan y determinan en series más o menos vastas y más o menos relacionadas entre sí. A estas acciones o proyectos corresponden las importancias que configuran los lados de la vida.

Nuestros campos pragmáticos se manifestarán más o menos organizados, según los individuos, las sociedades y las épocas.

Diremos a todo esto, que la vida es la correlación entre el yo y su mundo. Es conciencia de mí mismo, pero no sólo de mí, sino a la vez del mundo conmigo, es tráfico constante de mí mismo con el mundo, porque el ser de mi vida tengo que irlo haciendo, tengo que irlo tejiendo con mi comportamiento, mis múltiples haceres y las posibilidades que mi contorno me ofrece.

Pero, mi mundo se halla constituido por ingredientes objetivos que no están creados por mí, aunque sí están organizados correlativamente a mi yo.

El hombre no vive abstractamente, con independencia del espacio en que se halla, ni fuera del tiempo; antes bien vi-

ve en un lugar, en un determinado momento histórico, enmarcado por una situación social y cultural concreta; influyendo todo ésto sobre el conocimiento de los objetos y sobre la relación que se lleva con ellos.

El sujeto no es un simple espejo que refleje la realidad, sino que ejerce sobre los objetos reales una actividad seleccionadora que sólo él puede llevar a cabo.

Ya anteriormente habíamos dicho en cuanto a la libertad humana, que no sólo se decide, sino que se prefiere y ésto lo vinculábamos a una actitud estimativa, valorativa y discriminativa de la realidad.

Entonces, el sujeto actúa sobre su circunstancia ya que es capaz de preferir, seleccionar, decidir, organizar y utilizar los objetos de esa su circunstancia y desde su personal perspectiva.

Así entendemos el concepto orteguiano del mundo de importancias, un mundo que resulta de la acción seleccionadora y de la organización de la perspectiva humana. El hombre selecciona entre los múltiples objetos existentes, aquellos en -- que se fija su atención preferente y los articula en su perspectiva, de acuerdo al orden de sus intereses.

Hay que hacer notar, que ésto no significaría la deforma--

ción de tales objetos, ya que el hombre no los está creando sino sólo seleccionando y organizando desde su perspectiva vital.

3. ALTERACION Y ENSIMISMAMIENTO

Ortega hace un análisis en su estilo tan peculiar sobre la realidad que observa y encuentra que el mundo vive en una gran alteración; cuando el hombre se encuentra en ese estado, pierde un atributo que le es esencial: la capacidad de meditar, de recogerse dentro de sí mismo para ponerse consigo de acuerdo y precisar lo que cree, estima o detesta.

Esta crítica a su momento histórico es verdaderamente actual pues en este preciso instante podemos observar que la alteración mundial se ha convertido en característica de -- nuestro tiempo.

Para adentrarnos en este concepto Ortega nos pone un ejemplo: "Observemos la jaula de los monos en un zoológico, están en constante estado de alerta, oyendo y mirando las señales que les llegan de su derredor, atentos sin descanso al contorno, como temiendo que de él llegue siempre un peligro al que tendrá que responder con un mecánico disparo de un reflejo -- muscular. La bestia vive en perpetuo miedo del mundo y a la vez en perpetuo apetito de las cosas que hay en él. El exte--

rior gobierna la vida del animal, él no rige su existencia, no vive desde sí mismo sino que está siempre atento a lo que pasa fuera de él; el animal vive siempre alterado, enajenado y su vida es constitutiva alteración. Y por ventura, ¿el hombre no se halla lo mismo que el animal, prisionero del mundo, cercado de cosas que le espantan y le atraen, obligado a ocuparse de ellas quiéralo o no?" (117).

Sin duda, pero la diferencia es que el hombre puede de vez en cuando suspender su ocupación directa de las cosas, desatenderse de ellas, volverse de espaldas al mundo y meterse dentro de sí mismo para atender su propia intimidad. Esta operación es el pensar, el hombre por esta cualidad puede ensimismarse.

Curiosamente, el hombre al que según don José no se le atribuye una esencia o substancia, un ser fijo donde pueda permanecer, puede sin embargo ensimismarse, ésto parece un tanto contradictorio, pero Ortega explica: "Este poder de ensimismarse, no es un don hecho para el hombre, nada que sea sustantivo ha sido regalado al hombre. Todo tiene que hacérselo él con su esfuerzo, trabajo e ideas. Uno de los adelantos humanos es la técnica, gracias a ella puede lograr el hombre ensimis-

marse y construir un mundo interior del cual emerge y vuelve al de fuera. Vuelve en calidad de protagonista, con un sí mismo para realizar en ese mundo. Cabe imaginar que el mundo sin dejar de serlo, se convierte en algo así como un alma materializada" (118).

Sin embargo, reconoce Ortega que el ensimismamiento es un hecho ultrabiológico, ¿podría llamarse metafísico?

Así, volvemos a encontrar el ideal orteguiano del hombre auténtico, que como hemos repetido a lo largo de este trabajo no cae en un individualismo exacerbado, sino que siempre una vez que ocurre el encuentro consigo mismo, vuelve al mundo y a los otros. Vuelve dispuesto a seguir luchando para lograr una realidad no sólo individual, sino social, a la altura de nuestra dignidad y nuestro tiempo.

Los momentos por los que pasa el hombre en su camino hacia ese ideal, podrían ser resumidos en tres: a) el hombre inicialmente se siente perdido, "naúfrago en las cosas", éste sería el momento de la alteración; b) después, con un energético esfuerzo se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y sobre su programa vital, esto sería el ensimismamiento, y c) finalmente, el hombre vuelve a sumergirse en el mundo, para actuar en él conforme a un plan precon-

cebido y ésta sería la acción concreta.

El ensimismamiento es un proyectar la acción futura. No hay acción sin previa contemplación, pero observamos con tristeza que el hombre contemporáneo está perdiendo esa capacidad de ensimismarse y en vez de utilizar la técnica como instrumento que le permita disponer de tiempo para entablar un diálogo consigo mismo, prefiere enajenarse y sumirse en la alteración, haciendo de la técnica un mecanismo más de evasión.

Ortega dice: "La vida es acción y la sustancia del hombre es el peligro, camina siempre entre precipicios y quiera o no su más auténtica obligación es guardar el equilibrio. Para este fin es necesario cultivar el ensimismamiento, sin retirada estratégica a sí mismo y sin pensamiento alerta, la vida es imposible. Hay una gran cosa que está moribunda en el mundo y es la Verdad" (119).

La preocupación de su filosofía es clara y actual. Tuvo el gran valor de hablar de frente a sus lectores y oyentes, denunciando el peligro que acechaba al hombre de su tiempo. Afirmó siempre que su filosofía era circunstancial, pero vemos que los problemas que atormentaban a su país y conciudadanos, no eran ni son privativos de España, sino comunes a todos los pueblos, en mayor o menor medida.

4. APARICION DEL OTRO

Recordemos que la vida nos ha sido dada y que el hombre se descubre teniendo que ser en un ámbito imprevisto de determinadas circunstancias.

Este mundo en el que tenemos que vivir, se permite elegir dentro de él y por tanto estamos condenados a elegir y hacer constantemente algo. La vida nos es dada vacía y la tenemos que ir llenando gracias a la continua elección de entre la variedad de posibilidades que nos ofrece nuestra circunstancia. Dicha variedad ejercita nuestra libertad y nos entrega a nuestra propia iniciativa e inspiración y por tanto a nuestra entera responsabilidad.

La vida humana es intransferible y por esto es esencialmente soledad. Pero, no hay que mal interpretar esta frase ya que la soledad radical de la vida humana no consiste en que no haya más existencia que la mía; no hay que olvidar que en la circunstancia también están las cosas del universo y los demás hombres, precisamente es aquí donde encontramos la realidad social. Pero, yo me encuentro solo con los otros hombres, las cosas y los seres cambian y desaparecen y el hombre se queda aún más solo.

Desde ese fondo de soledad, emergemos en un ansia cons-

tante y no menos radical de compañía. A los dos intentos que hacemos de canjear nuestras soledades, les damos el nombre de amistad y amor.

A la realidad radical que es mi vida, le pertenece contener dentro de sí muchas realidades de segundo orden, lo -- cual abre mi vida a un campo enorme de realidades distintas a ella misma. También en este concepto hay que proceder con cautela, pues estas realidades de segundo orden no significan en la filosofía orteguiana estar devaluadas en su carácter de realidades. Sólo les niega calidad de "realidades radicales", como sólo la posee nuestra vida individual. No olvidemos que Ortega entiende por realidad todo aquello con lo que tengo que contar, así las realidades de segundo orden -- continúan siendo realidades aunque no radicales.

La realidad del otro hombre en comparación con mi vida, será de segundo orden o grado. Esta afirmación es de suma - importancia ya que nos conecta de nuevo con la autenticidad humana.

Dice Ortega: "Normalmente vivimos las presunciones o realidades de segundo grado como si fuesen realidades radicales y no sólo las de segundo, sino también las de tercero, cuar-

to, etcétera grados. Vivo entre interpretaciones de la realidad que mi contorno social o tradición humana han inventado. Lo mismo ocurre en el campo del hacer, nos ocupamos de asuntos sin importancia verdadera y caemos en un pseudo-hacer" (120).

Encontramos aquí expuesto con claridad el problema fundamental de la inautenticidad. El grave peligro de que la circunstancia nos ofrezca usos sociales ya elaborados y elevados a verdades universales, nos provoca el no volver a ocuparnos de ellos y dar por hecho su autenticidad. Conforme las épocas se van sucediendo, se van almacenando los usos que la gente ha impuesto y todo esto ha traído como resultado el que los valores se hallan invertido.

Ortega es precisamente lo que nos advierte al decir que tomamos por realidades radicales, las de segundo, tercero y demás grados y efectivamente esto es contra lo que tenemos que luchar y ante lo que tenemos que estar alertas.

¿Cómo es que surge este fenómeno? Desgraciadamente el problema viene de formación, de la falta de educación integral y esta deficiencia en la educación viene de generación en generación.

Mucho se ha oído que los padres de familia delegan la e-

ducación en los maestros, pero la verdad es que si ellos no se preocupan de poner las bases para la formación de sus hijos, si no les enseñan ni en teoría ni con el ejemplo los principios morales, las instancias superiores a las que tienen que sujetarse, crecerán inmersos en una gran confusión y llamarán valor a los que estén comercializados, pues de los verdaderos valores no tienen un marco de referencia, más adelante ampliaremos este concepto en nuestras conclusiones.

Ortega propone la retirada a nuestra radical soledad para reflexionar y hacer un análisis de lo que hemos recibido a fin de sacar un balance en el que ejercitando nuestra voluntad y razón, desechemos lo superfluo, lo meramente utilitario que la sociedad ha encumbrado a la categoría de valor y nos quedemos con lo verdadero, con lo que eleva al hombre y lo dignifica.

Aconseja también acudir a la Filosofía ya que ésta nos proporciona una crítica de la vida misma y el hombre necesita hacerla a menudo para no falsificarla y debe ser realizada en su soledad radical que es de donde emerge la autenticidad.

Analizando esa gran presunción o realidad de segundo orden que es el Otro, encontramos que la relación que tenemos

con él, no es de simple coexistencia como la que tenemos con los animales. El otro es capaz de responderme tanto como yo a él, por tanto se da una reciprocidad entre ambos. El otro quiere decir aquél con quien puedo y tengo que alternar y -- aquí encontramos porque Ortega nos decía que a pesar de ser de segundo orden o grado, el otro era una realidad, pues aun que preferiera que el otro no existiese, irremediamente existo para él y ésto me obliga a contar con él y obviamente a contar también con sus intenciones sobre mí y que quizá -- sean aviesas.

El mutuo contar con, la reciprocidad, es el primer hecho social y ésta existe porque el otro es como yo en ciertos caracteres generales, es decir que piensa, siente, quiere y actúa lo mismo que yo. Pero, al hablar unos con otros y conmigo, con su hablar inyectan en mí sus ideas sobre las cosas y yo veo desde luego el mundo a través de esas ideas recibidas.

Aquí vemos claramente la influencia que ejerce el otro - sobre mí y sobre mi concepción acerca del mundo, por ésto siempre recomienda nuestro filósofo reflexionar profundamente sobre lo dicho y pensado por ellos, puesto que no siem--

pre están en lo correcto. Mi vida me pertenece desde el momento en que la estoy haciendo y si la queremos vivir auténticamente, debemos prepararnos, cuidarla, alejando de ella en la medida de lo posible todo lo que pueda mineralizarla.

Elabora un teorema social que afirma: "El hombre está a n^o tividad abierto al otro, esto es que antes de que cada uno - de nosotros cayese en la cuenta de sí mismo, había tenido la experiencia básica de que existen los otros y de que tengo que hacer algo con ellos, ya sea para ellos o en contra de ellos y ésto supone claramente un estado de abertura" (121).

Pero, si bien es cierto que existen ciertas características comunes con el otro, también hay diferencias enormes entre ambos pues no debemos olvidar que el otro es un no-yo, - es un enigma que no me es posible desentrañar por completo.

Ambos vivimos en este mundo, pero éste es percibido de -- forma peculiar por cada uno, sin embargo existe un mundo común objetivo que precisamos en nuestras conversaciones, las cuales versan principalmente sobre cosas que parecen sernos aproximadamente comunes. Pero, a veces descubro que nuestra coincidencia sobre tal o cual cosa era ilusoria y esto me desazona y me hace sumergirme en mi propio mundo y en mi so-

ledad radical.

Ortega encuentra una gran paradoja: " No es el mundo único y objetivo quien hace posible que yo coexista con el otro sino al revés, mi socialidad con los otros hombres es la que hace posible la aparición entre ellos y yo de algo así como un mundo común. Vivir con los otros en un mundo único es lo - que llamo convivir. Para que se de la convivencia es necesario estar abierto al otro, que yo actúe en esa abertura sobre él y él me responda. Al estar abierto al otro le llamo altruismo y a este sernos mutuamente, le llamare nostridad" (122).

Entendemos según lo dicho que en la nostridad hay una relación más próxima entre ambos, por tanto se entabla cierta intimidad. Al hacérseme el otro próximo se me vuelve inconfundible y se convierte en un tú. Yo y tú hablamos frecuentemente de una tercera persona, él o ella y curiosamente la -- primera persona es la última en aparecer. Cabe preguntarse - ¿cómo se nos da a conocer el otro y qué efecto produce en mí su aparición?

El otro nos aparece sobre todo en su gesticulación, en su mirada, en sus costumbres y su lenguaje. Todo esto nos permite acercarnos al otro, sondearlo y arrojar una luz sobre el enigma que representa. Ahora, la aparición del otro me produ-

ce dos efectos: sorpresa y sensación de peligro.

El otro puede ser potencialmente mi amigo, pero también mi enemigo. La forma como actúo con este ser que encierra una posibilidad de agresión, es buscando un medio de aproximación siempre cauteloso que Ortega encuentra en el saludo.

Nos describe don José el fenómeno de la relación social y de que forma vamos llegando a la nostridad, pues al ir tratando al Otro, se produce en nosotros una progresiva eliminación, significa que nos vamos convenciendo de que aquél hombre es incapaz de tales fechorías y que es capaz de otros comportamientos. Así, el Tú se nos va perfilando cuando la ilimitación de posibilidades humanas que al otro atribuimos, se va reduciendo y concretando en un sistema preciso de posibilidades e imposibilidades, que es lo que en suma todo tú nos es.

Sin embargo, aunque se haya producido la intimidad, el ser del tú se modifica constantemente en alguna medida y no se comporta como uno había pronosticado, provocando continuos shocks en nuestro entendimiento. Este fenómeno debemos irlo asimilando ya que si nos atenemos a la filosofía orteguiana, el hombre no tiene un ser fijo, su ser es liber

tad de ser y sólo cuando muere, el hombre se convierte en una figura inmóvil y se libera del cambio.

La conclusión de todo esto salta a la vista, mi relación con el otro debe ser cautelosa. Esto concuerda con su teoría ya que la vida es peligro, drama constante y es lógico que todo lo que la rodea posea estas características. Pero, el elemento tonificante de su pensamiento radica en el hecho de que a pesar de este peligro y drama, el hombre que postula ama profundamente su vida. Lucha, cuida, elabora un programa vital, forja ideales, trata de que su relación consigo mismo sea auténtica no para aislarse de una forma egoísta, sino para proyectarla al exterior, al mundo y a los otros.

Ciertamente, los momentos de enfrentamiento con la realidad pueden producirnos sentimientos de abandono y desesperación, pero el hombre debe sacar de esos momentos energías para volver a la lucha y lograr asumir su circunstancia.

Debemos ponernos en estado de alerta cuando nos sentimos demasiado confiados, ya sea en el curso que esta tomando -- nuestra vida o en nuestra cultura y sociedad. Este es el momento en que nos encontramos más cerca del abismo y del abandono de toda lucha, el momento de la claudicación.

"El yo concreto y único que cada uno se siente ser, no es

algo que desde luego poseemos y conocemos, sino que va apareciendo merced a una serie de experiencias, averiguamos qué somos después y gracias a que hemos conocido antes los tús, en el choque con ellos y en la lucha que llamamos relación social" (123).

5. LA RELACION SOCIAL Y LA DOCTRINA DE LOS USOS

¿Qué es la sociedad para Ortega? Es una realidad concreta y viviente, que al igual que el individuo humano no tiene naturaleza, sino historia. La sociedad solo puede ser entendida por la razón vital.

Diremos que lo social consiste en acciones y comportamientos humanos; es un hecho de la vida humana. Sin embargo, nos ha dicho en sus obras que sólo es humano en mí lo que pienso, siento y ejecuto con mi cuerpo, siendo yo el sujeto creador de ello y que lo que hago, lo hago porque tiene para mí un sentido y por último que mi humana vida es por esencia soledad. Más, el hecho social no es un comportamiento de nuestra vida humana como soledad sino que aparece en tanto estamos en relación con otros hombres. Y esas acciones sociales que ejecutamos, frecuentemente no provienen de mi voluntad y mi razón sino que están hechos y pensadas por otros y las repi-

to mecánicamente.

Son acciones que ejecutamos a cuenta de un sujeto impersonal que es "todos y nadie", que a la vez llamamos "gente, colectividad y sociedad". A estos hechos sociales Ortega les denomina "usos". Estos son formas de comportamiento humano que el individuo adopta y cumple, porque de una manera u otra no tiene más remedio. Le son impuestas por la gente, por los demás y por tanto por la sociedad.

Entonces, deducimos que la sociedad está hecha de usos, reglas y costumbres. El mundo físico y el social coinciden en que ambos ejercen presión sobre nuestras existencias.

La doctrina de los usos es una pieza fundamental en la Sociología orteguiana, hace de ellos una clasificación: unos son débiles (usos y costumbres) y otros son fuertes (opinión pública), son como una ausencia presente, de ahí que pensamos en ellos sólo cuando sentimos de modo abrumador sus efectos.

Esto nos lleva a entender porqué Ortega nos decía que la sociedad tenía un papel doble, ya que era algo beneficioso y nocivo a la vez.

Lo primero, porque al estar constituida por usos, éstos permiten al hombre gozar de un limitado margen de seguridad

y hacerle disponer de tiempo para el ensimismamiento y no vo, porque podemos caer fácilmente en el abuso y enajenarnos, petrificando nuestra personalidad. Ortega nos pone un ejemplo para entenderlo mejor: "Supongamos que yo saliera esta tarde por la calle, vestido con yelmo, lanza y cota de malla; es factible que termine mi jornada en un manicomio, pero si visto así en días de carnaval probablemente obtenga el primer premio. ¿Por qué la misma vestimenta produce reacciones tan diferentes? ¿Por qué en un caso se usa y en otro no?

¿Quién es ese "se"? No soy yo, ni tú, simplemente es la gente, todos y nadie en particular. Lo mismo sucede con la inmensa mayoría de las cosas que pensamos y decimos; no somos nosotros sino la gente quien piensa y habla por nosotros. Pero, en estas acciones hay algo contradictorio: por un lado son acciones humanas y por otro no, ya que no se originan intelectualmente en el sujeto que las ejecuta y no se engendran en su voluntad. Así, podemos definir a la sociedad como la convivencia de hombres bajo un determinado sistema de usos" (124).

Los usos poseen cuatro características según Ortega, re sumiremos éstas a continuación:

1) Coacción.- El carácter general del uso consiste en ser una norma de comportamiento, ya sea intelectual, sentimental o físico, que se impone a todos queramos o no. El uso nos obliga a contar con él, a estar dispuestos a conformarnos a él o a recibir la sanción correspondiente. ¿De parte de quién? Una vez más, de la Gente.

2) Recurso.- Cuando se trata de usos intelectuales como la opinión pública, podemos distinguir dos tipos: unas son dichas como cosa que va de suyo y al decir las contamos con que todo mundo las admite. Otras, se enuncian con el matiz más o menos acusado de que no son opiniones admitidas y hasta a veces son opuestas a las admitidas.

A las del primer caso, Ortega les llama "opiniones reinantes" y a las segundas "opiniones particulares". En el primer caso, a nadie se le ocurre decir las como un descubrimiento propio, ni como algo que necesita de nuestro apoyo y nos referimos a ellas precisamente para apoyarnos en ellas, de aquí esta característica de servir como un recurso a instancia superior, como si fuesen un artículo de reglamento o ley. Esas opiniones son usos establecidos y las llama "vigencias".

3) Ininteligible e irresponsable.- Esto significa que muchos usos sociales, al ser repetidos mecánicamente carecen de sentido propio, es decir, los hago pero no sé por qué los estoy haciendo. Una acción realizada de esta forma, se vuelve ininteligible e irresponsable.

Esto nos lo muestra con un ejemplo más: "Si voy a una fiesta, tengo que saludar al llegar, doy la mano, la sacudo acompañado de una sonrisa y una ligera inclinación de la cabeza. ¿Por qué esta ceremonia un tanto ridícula?, no lo sé. Se dirá que es para evitar que me tomen como mal educado y si no saludo merezco una sanción social, pero no se porqué existe tal sanción y qué es lo que me obliga a actuar así" (125).

4) Originado de un acto personal.- La ininteligibilidad del uso no es total, ya que comenzó por ser un acto con -- sentido para alguien. Un hombre concibió personalmente una idea o manera de referirse al prójimo.

Después de esta explicación, surge una pregunta. ¿Para qué sirven los usos sociales?

Ortega les adjudica tres funciones que son éstas:

1) Son pautas de comportamiento que nos permiten prever las conductas de los individuos que no conocemos. La rela-

ción interindividual sólo es posible con el sujeto que conocemos, esto es con el prójimo. Los usos nos permiten la casi convivencia con el desconocido.

2) Al imponer a presión cierto número de acciones, ideas, técnicas y normas, obligan al individuo a vivir a la altura de los tiempos e inyectan en él la herencia acumulada en el pasado. Gracias a la sociedad, el hombre es progreso e historia.

3) Al automatizar gran parte de la conducta humana, permiten al hombre que concentre su vida personal, creadora y verdadera en ciertas direcciones. La sociedad sitúa al hombre en cierta franquía frente al porvenir y le permite crear lo nuevo, racional y más perfecto. Lo explica así Ortega: "Curiosa naturaleza de lo social, se origina en un individuo creador, luego se desindividualiza en la sociedad y esto para hacer posible nuevos individuos creadores. He aquí la paradoja de lo social, es un trozo de conducta inauténtica que hace posible la conducta auténtica" (126).

Es importante subrayar la importancia que tienen las opiniones públicas llamadas reinantes sobre la cosmovisión del hombre. Recordemos que la opinión pública es un uso intelec-

tual y antes de pasar al siguiente subtema, necesitamos aclarar el papel que desempeña esta opinión en la vida humana. Diremos a la manera de Ortega, que la vida es un drama y a fuerza de ser tal, tiene siempre un argumento, pero éste varía según nuestras ideas sobre el mundo y el hombre.

El problema reside en que la mayor parte de las ideas con que y desde las que vivimos, no las hemos pensado nosotros mismos, y aún más ni siquiera nos tomamos el trabajo de repensarlas, sólo las empleamos mecánicamente.

Ahora, las opiniones públicas o reinantes son llamadas "vigencias", ésto porque cuando algo es uso, no depende de la adhesión de los individuos a él, sino que precisamente es uso porque se impone a ellos.

La vigencia social tiene dos características: a) sea del origen que sea no se nos presenta como algo que depende de nuestra individual adhesión sino por el contrario, es indiferente a nuestra adhesión, tenemos que contar con ella y - ejerce su coacción en nosotros.

b) En todo momento podemos recurrir a ella como a una -- instancia de poder en qué apoyarnos. Por ésto, la ley vigente es aquélla que cuando el individuo lo ha menester y re--

curre a ella, se dispara automáticamente como un aparato mecánico de poder. Entonces, la sociedad que es el conjunto de usos, de un lado se nos impone y del otro la sentimos como instancia a qué recurrir y en qué apoyarnos. Lo uno y lo otro, ser imposición y recurso implican que la sociedad es por esencia poder y un poder incontrastable frente al individuo.

La opinión pública tiene tras de sí ese poder y lo hace funcionar, a este poder de la colectividad es al que llama "poder público o social".

6. EL PODER PUBLICO

Ortega elabora una crítica profunda sobre la realidad social, dándole su debida importancia pero previniéndonos acerca del peligro que puede encerrar si la vivimos como realidad radical, cuando en verdad es una realidad de segundo orden. Si hacemos de los usos sociales, abusos, podemos volvernos incapaces de reflexionar, de crear, de luchar y ésto nos llevaría a la deshumanización y a la pérdida de nuestra libertad.

Por ésto, para finalizar el tema hablaremos del poder público o social, analizando los efectos que puede causar so--

bre el hombre y no sólo sobre él sino sobre una sociedad entera.

Si se llega a la inautenticidad personal no sólo afectará ésta al individuo sino que se extenderá hacia sus obras y relaciones interpersonales. Con esto queremos decir que si el hombre es inauténtico, la cultura y la sociedad adolecen del mismo mal.

Vimos anteriormente que el poder público supone siempre tras sí una opinión verdaderamente pública, por tanto unitaria y con vigencia. Cuando esto acontece, nos encontramos sólo con la opinión particular de grupos, ésto es un síntoma evidente de una disociación y si la sociedad se escinde, el poder público deja de serlo fragmentándose y es la hora de la revolución o de una guerra civil.

De aquí que Ortega piense que no es muy acertada la definición del hombre como un ser social, pues todos vemos que cuando estalla una guerra queda de manifiesto el carácter antisocial del hombre, además, en toda sociedad se dan asesinos, traidores arbitrarios y violentos.

Para lograr un mínimo de sociabilidad y hacer que ésta predomine, se requiere que intervenga el poder público en forma violenta y hasta llegue a crear un cuerpo especial en-

cargado de hacer funcionar dicho poder en forma incontrastable, es lo que ordinariamente se conoce como Estado.

Entonces, ¿en qué consiste el poder social?

Vemos que hay acciones de un hombre que producen efectos de admiración o reconocimiento en su contorno social. Pero, si aparte este hombre cuenta con la ayuda de gente importante, dentro del oficio que éste desempeña, los efectos serán multiplicados aumentando con ésto el poder que ya poseía este hombre.

Distinguimos dos tipos de poderes: existe el poder propio de la acción y reflejante de la persona que lo ejecuta y - el poder añadido que un grupo le proporciona. Obviamente éste es un poder limitado, circunscrito al grupo y radio de sus interesados. Frecuentemente el favor y aumento que ofrece a la persona, le resta a ésta poder propio.

Un pintor, un escritor tiene que ejecutar su labor, siempre y cuando vaya de acuerdo a los intereses del grupo que lo protege, ésto es algo común y se da en todas las épocas.

Pero, hay casos en los que el poder añadido procede de la sociedad entera y entonces se vuelve ilimitado y automático, los efectos que produce la persona que tiene un poder social

de este tipo son descritos con bastante humorismo por nuestro filósofo: "Cada gesto, cada palabra, lograrán sorprendente resonancia. No abrirá su boca sin que se comenten y reproduzcan sus frases. En las reuniones privadas su entrada modificará el tono atmosférico, la conversación se pondrá a su nivel, su figura aparecerá en los periódicos y donde no esté su cuerpo, se contará no obstante con él. A todo este conjunto de síntomas, le llamo Poder Social" (127).

Entendemos porqué le llama a ese poder "social", puesto que su realidad no depende de la anuencia libre que cada individuo quiera prestarle, sino que se impone al albedrío -- particular. Y volvemos a encontrar la paradoja social, ya que aunque la sociedad sea la suma de individuos, lo que de ella emana no depende de éstos, sino que al revés los tiraniza.

Nos ha llamado la atención, el análisis orteguiano sobre el hombre en quien reside el poder social en su momento histórico y en su país. Nos dice que en un tiempo el clero tenía en sus manos dicho poder, pero ahora pasó a manos del político. Critica duramente al pueblo español por no interesarse en la cultura ya que un pueblo no puede permanecer siglo tras siglo ajena a tema alguno de la inteligencia.

Denuncia la crisis por la que estaba pasando el escritor en España, éste sabía que su oficio consistía en dar a conocer sus pensamientos o los hechos que observaba de forma veraz, pero la verdad como diría aquél antiguo refrán "no peca, pero incomoda" y a la gente no le gusta oírlo con frecuencia y el que la dice, va a acarrear sobre sí un efecto social negativo como lo es el rechazo.

Debido a esto, el escritor tenía miedo de no producir efectos positivos en su público y decide buscar la forma de alcanzar notoriedad y empieza a ocuparse de política y de los que en ese momento se encuentran en el poder. Anotaremos textualmente cómo lo expresa Ortega: "La desatención pública desmoraliza al escritor, induciéndole a la irresponsabilidad: falta de poder social, busca una compensación y se aproxima al único oficio que goza de él en España y quiere ser político, la consecuencia de esto es deplorable. España llega a un recodo histórico, en el cual sólo pueden salvarla políticamente la seria colaboración de los intelectuales. Si éstos fueran fieles a su oficio, poseerían una verdadera política, un proyecto de vida nacional y una norma pública a la vez elevada y compleja" (128).

Encuentra un mal que se empezaba a propagar sobre muchas naciones y es el de que el poder social ya no se lograba -- por la propia inteligencia o por el apoyo de un grupo fuerte, respaldando la creatividad del favorecido, sino que ahora el poder social se logra por el dinero.

Nos dice Ortega al respecto: " El rico destaca sobre la masa, es su ideal y modelo. La escala de valores sociales, radica exclusivamente en el éxito económico, no hay otra manera de distinguirse; no hay concesión de patentes de nobleza , ni títulos, ni honores. Existe toda una literatura sobre los ricos quienes creen que es su deber contarnos su vida y describir su ascenso de la nada ante la muchedumbre estupefacta" (129).

Una vez más denuncia Ortega el grave problema de la inautenticidad. Hemos visto que el hombre en su relación consigo mismo, cae en esta falta de autenticidad por exceso de conformismo, por miedo a perder su aparente seguridad y además porque es más fácil desatender la voz que nos llama a realizar nuestra vocación, que la voz del contorno social, de la alteración.

La relación social, agudiza este problema por la presión

tan fuerte que ejerce en el hombre. Y si contamos con que - desde la raíz el hombre no ha entablado ese diálogo consigo mismo, entonces aún no se conoce ni sabe lo que quiere llegar a ser, con lo cual fácilmente renuncia a sí mismo y acepta perderse en el Se, en la gente.

Aquí encontramos nuevamente el tema relativo a la inversión de los valores que se da con mayor frecuencia en nuestro tiempo. En un principio el hombre valía por su inteligencia, por su rectitud y moral, paulatinamente a lo largo de la historia ha ido degenerando el significado de lo valioso en el hombre hasta llegar a la agonía del siglo XX donde el hombre que es respetado por los demás, es el que tiene más dinero, el famoso o el que puede considerarse del jet set, el que sale en las revistas o que los medios de comunicación acaparan porque es noticia siempre. Y así éste es el tipo de hombre que las generaciones han elevado a la categoría de ídolos.

Cabría preguntar de qué manera pueden las nuevas generaciones perseguir altos valores si no les han enseñado lo que son ni cómo se pueden realizar en este mundo. Recordemos que nadie da lo que no tiene y por ésto es tan importante la labor del filósofo en el área del Magisterio, puesto que si é

te se ocupa de la filosofía por auténtica vocación, tendrá acceso al conocimiento del valor y podrá difundir su mensaje, imprimiéndole convicción y entusiasmo que motivarán al estudiante y lo harán reflexionar y desear saber más acerca de estas cuestiones.

Este es el mensaje que Ortega nos dejó como herencia, luchar en contra de todo lo que intente falsificar al hombre, a su vida y a su destino. El reto que nos propone se reduce a poner los pies en la tierra y partir de los elementos que estén a la mano para lograr la modificación de nuestra circunstancia.

Dentro de la limitación que somos se abre un múltiple mundo de posibilidades que el hombre debe intentar y si falla una vez, aprender de ese fracaso y emprender la lucha nuevamente; el que se da por vencido se estanca y su propio miedo lo empieza a encadenar haciendo imposible el encontrar una salida.

Este trabajo ha intentado profundizar en lo que es el hombre como tal, en su constitución, en los elementos de que -- puede echar mano para desarrollar su destino en su necesario enfrentamiento con la circunstancia y en su comportamiento

consigo mismo en el plano ético y con los demás, descendiendo al plano más práctico que se desenvuelve en el núcleo social al que pertenece. Pasaremos finalmente a elaborar las conclusiones que se abrieron paso tras esta investigación.

CONCLUSIONES

Según Ortega y Gasset, la filosofía era un sistema de acciones vivientes como podían serlo los puñetazos, sólo que los puñetazos de la filosofía se llamaban ideas.

Acorde con esta definición, después de haber ahondado en su pensamiento filosófico y tras haber recibido los puñetazos propinados por éste, procederé a elaborar las conclusiones que se desprenden de esta investigación.

1.- Primeramente comprobé que la piedra angular de la filosofía de Ortega, se encierra en la frase: "Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo a mí mismo".

Efectivamente, somos capaces de modificar nuestra circunstancia pero no debemos hacerlo sin un plan preconcebido ya que tenemos que analizar si lo que queremos cambiar requiere en verdad ser modificado y si esta modificación entra en el ámbito de lo posible.

Es importante evitar la precipitación en la ejecución pues de lo que hagamos nos tenemos que hacer totalmente responsables ya que el hombre auténtico se aleja de la búsqueda de justificantes.

2.- Es por ésto que al leer dicha frase, deducimos que estamos ante un pensamiento que plantea un reto y como tal presenta un riesgo y una evidente atracción.

La filosofía orteguiana encierra una dialéctica constante en donde se dan el enfrentamiento con la realidad, la asimilación de ésta a fin de lograr su modificación la cual no termina mientras vivamos pues se seguirá reinventando a la par que vamos evolucionando y con esta evolución va cambiando nuestra perspectiva vital.

El hombre que postula Ortega aparece como un guerrero incansable, con la humildad necesaria para percatarse de su miseria constitutiva y que es gracias a ésta que decide luchar en contra de ella para alcanzar su liberación. Al mismo tiempo esta consciente de que esta batalla la tiene que realizar solo, pues es la soledad su gran compañera en los momentos de verdadera trascendencia durante su vida.

Sin embargo, se percata de que a su alrededor se encuentran otros hombres en igualdad de condiciones, surgiendo así el sentimiento altruista que lo hace comprender que la batalla tendrá que ser librada en buena lid y siempre buscando el bien común.

3.- Se pone de manifiesto que en el hombre auténtico predomina un alto sentido de responsabilidad partiendo del presupuesto de que el hombre fue arrojado a la existencia sin previa anuencia.

Esta condición no lo hace caer en un fatalismo, no está buscando la creación de mitos a los cuales poder aferrarse como tablas de salvación para justificar su mediocridad y su conformismo. Es precisamente este desamparo el que le servirá de plataforma para el lanzamiento del hombre como tal.

Es un hecho que el hombre que no esté atento a su vocación y circunstancia se quedará encerrado en su propia ignrancia y limitación, estancándose en su evolución y siendo incapaz de ascender a la trascendencia; y lo que es peor, - si la mayoría de los hombres se quedan en este paso, arrastrarán con ellos a toda una generación.

Esto tendrá que ser así porque nuestra vida contiene un ingrediente histórico muy importante y es por esto que la falsificación de nuestro ser y nuestra existencia se extiende como un cáncer hacia la historia llegándose a la decadencia de toda una época y cultura. Entonces, deducimos que la

responsabilidad no es sólo para con nosotros sino para con la posteridad.

Surge la gran paradoja: somos un elemento ínfimo de la naturaleza pero con una enorme resonancia en el cosmos.

Tal vez por ésto, se escuche de vez en cuando en nuestro interior la voz que a veces nos resulta molesta del imperativo ético o vocación que nos impele a ser el que somos.

Por todo esto Ortega al insistir en el tema de la responsabilidad, nos explica que si bien el hombre se siente desamparado y sólo frente a su quehacer, no lo está del todo puesto que la circunstancia nos provee de modelos suficientes entre los que podemos escoger o bien hacer posibles combinaciones para realizar nuestro yo programático. Solo se requieren como condiciones tener la suficiente curiosidad y atención y con ésto, vuelve a recaer en nosotros la culpa al no cumplir con este imperativo.

4.- El hombre orteguiano es eminentemente libre como consecuencia lógica de este análisis, de tal forma que puede en un caso extremo decidirse a no actuar libremente y dejarse llevar por la corriente cayendo en el abismo de la inautenticidad, sin importarle en absoluto a quién arrastre con

sigo en su camino.

¿Por qué? La respuesta la encontramos en la dificultad de esta tarea, el cumplimiento del imperativo ético presupone una gran dosis de energía vital, de esfuerzo, voluntad y a la vez de valor.

El hombre siempre le ha temido a la verdad, a la libertad, al ser diferente y sentirse por ésto rechazado de alguna manera por la gente. Es por esta razón que frecuentemente hace concesiones, pero llega un momento en que pierde la proporción e inclusive empieza a perder su propia identidad, por ésto es más sencillo aceptar lo que ya está hecho sin atrevernos a enmendarles la plana.

Ortega denunció este problema en su momento histórico, nosotros podemos ver ahora cómo se ha extendido este mal y cómo amenaza con seguir avanzando hacia el futuro.

5.- Después de recorrer la trayectoria de Ortega hacia la autenticidad humana, tengo que tocar el tema de la actuación del hombre en la sociedad y de la presión tan grande que ejerce sobre éste y de su enorme poder.

Me pareció muy centrada la manera como aborda el encuentro con el Otro, pues a pesar de los problemas que tenemos que --

sortear, encuentra siempre soluciones que nos preparan para lograr una convivencia sana.

Primero surge la sorpresa, el miedo, la perplejidad ante ese otro, pero después de estos momentos iniciales surge la claridad y caemos en la cuenta de que tenemos que confiar en él. Nos percatamos de que estamos rodeados de seres que no son Yo, así que a través de un sentimiento de empatía comprendemos al prójimo y aún más, nos sentimos solidarios con ellos pues el Otro está en las mismas condiciones que yo y ésto nos une estrechamente.

Sin embargo, el hombre no debe caer en el peligro de establecer una dependencia psicológica con respecto al prójimo pues ésto tendrá como resultado el dejarse llevar por las apreciaciones de la gente como sistema hasta que gradualmente se pierda la propia identidad y a la vez la capacidad analítica y de enjuiciamiento de la realidad.

Ortega denuncia este peligro, pero no debemos interpretar esta advertencia como la proclamación del individuo autosuficiente y déspota que desdeña todo lo establecido y quiere imponer sus propias reglas, valores y pensamientos sin sujetarse jamás a ninguna instancia de orden superior;

ésto sería caer en el extremo llevándonos a la búsqueda de un Superhombre.

Lo que se trata aquí es de no aceptar nada por verdadero por el sólo hecho de que así se hace o se dice. Debemos tratar de reflexionar sobre todo lo que está establecido, analizando el porqué de ésto para no dejarnos engañar ni deslumbrar por falsos presupuestos, siempre y cuando tomemos en cuenta que nuestra elección final deberá tender tanto al propio bien como al de los demás.

Por otro lado, si los usos sociales están ahí para servirnos en nuestro camino a la realización de nuestro programa vital, al menos deberíamos analizar en qué medida se ajustan a nuestra personal circunstancia que no necesariamente será igual a la del vecino.

Ortega se ocupó siempre de ubicar al hombre en su momento y su espacio, sin caer en un excesivo optimismo o pesimismo, tratando de guardar el difícil justo medio Aristotélico.

6.- Como se mencionó al principio, el ideal de autenticidad que presenta la filosofía de Ortega queda marcado como un reto y la decisión de aproximarse a éste le pertenecerá a cada cual.

La consecuencia de haberse aproximado a este ideal será la felicidad, pero ésta no se refiere a la que se desprende de la acumulación de bienes materiales o al éxito lograda en nuestras actividades; estos factores nos proporcionan felicidad pero son circunstanciales.

La felicidad de la que nos habla es interior, la que nos embarga tras saber que hemos realizado nuestro mejor esfuerzo, que hemos actuado correctamente sintiendo que hay tranquilidad en nuestra vida y en nuestras relaciones con los demás. Esta felicidad tiene que ver con nuestro Yo y con el juicio que nuestra conciencia elabora de nosotros mismos en nuestra completa soledad radical.

7.- Una de las críticas más frecuentes que se le hacen a Ortega y que quiero comentar aquí es respecto a que su pensamiento tiene un sabor marcadamente elitista.

Esto es muy cierto si por la misma se considera el hecho de que muchos hombres no aspiran a una calidad de vida superior, además de que nadie podrá negar que existen evidentes diferencias entre los seres humanos, incluso entre hermanos que viven en un mismo ambiente y con una educación similar.

Partiendo de lo anterior, me atrevo a afirmar que no es la condición económica o social la que determina las diferencias, de ahí que el elitismo orteguiano resulte más sutil y profundo, pues trata de aspectos de la personalidad, aún más trata de formato de almas, ésto es, de características - que tal vez estén en potencia y que van desarrollándose con el paso del tiempo y de las vivencias.

Esta potencialidad aparece en algunos seres desarrollada y en otros no.

Este adormecimiento del desarrollo es el que nos corresponde despertar a los que estudiamos Filosofía, sobre todo en nuestro papel de maestros ya que establecemos contacto -- con las nuevas generaciones, que en su mayoría se encuentran inmersas en un entorno de valores superficiales.

La tarea se nos presenta ardua, desafortunadamente los mensajes de alto valor y contenido se transmiten en una forma - restringida y utilizando modelos didácticos obsoletos, lo que los posiciona en una clara desventaja respecto a los mensajes de pseudovalores que en la actualidad sí disponen de medios masivos y de gran impacto.

Ortega comprendió claramente este punto ya que procuró -

siempre hacer llegar el mensaje filosófico tanto propio como el de otros autores, utilizando el periódico y las revistas que en su tiempo representaban el camino más directo para su difusión.

Otro elemento importante que nuestro filósofo utilizó fue el uso de un lenguaje llano con ejemplos y metáforas que indudablemente facilitó la comprensión de sus conceptos al público no académico.

Desafortunadamente en la actualidad este camino no ha sido continuado de una manera rotunda y encontramos que frecuentemente el diálogo filosófico se encuentra restringido a las aulas y a las bibliotecas, habiéndose retomado el rebuscamiento de las palabras sacrificando la comprensión de las ideas en aras de un malentendido academismo.

Creo, al igual que en su tiempo lo creyó don José, que ha llegado el momento de que la Filosofía encuentre al siglo - XXI, e inicie paulatinamente un camino de desmitificación empezando con las nuevas generaciones de estudiantes que posteriormente serán maestros; la metodología didáctica excedente

deberá ser sacudida en beneficio de un objetivo entendimiento del concepto y de una clara ubicación del mismo en el entorno de nuestro tiempo y del mundo que nos rodea. Aquí es donde se hace más patente la teoría que esbozé en la Introducción, la de aplicar los conceptos de la filosofía de Ortega y Gasset al Magisterio.

El primer paso será la capacitación de los estudiantes y después se generarán de ahí nuevos mensajes que se extenderán y en su momento se difundirán entre la población en general e incluso se utilizarán los medios ahora tan ajenos.

Este creo es el camino y el mismo deberá ser tomado sin dilación, buscando eliminar la ventaja que en este siglo nos llevan la ignorancia y los pseudovalores, antes de que sea demasiado tarde y el pensamiento de alto nivel desaparezca ahogado en un mundo de degeneración y barbarie; entonces sí la Filosofía habrá muerto.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

CAPITULO I

- 1) Meditaciones del Quijote, p.21.
- 2) Ibidem, p.57.
- 3) Borel, Jean Paul, Introducción a Ortega y Gasset, p.145
- 4) Historia como Sistema, p.48.
- 5) Borel, Jean Paul, ob. cit. p.186-199.
- 6) Obras Completas, vol. I, p.51.
- 7) Ob. cit. p. 321-322.
- 8) Ferráter Mora, Ortega, Etapas de una Filosofía, p.47
- 9) Obras Completas, vol. IV, p. 108-109.
- 10) Ibidem, vol. I, p. 286.
- 11) Ibidem, p. 284.
- 12) Ibidem, vol, V, p. 266
- 13) Ibidem, p. 270.
- 14) Ibidem, vol. II, p. 505.
- 15) Ibidem, vol. VI, p. 347.
- 16) Ibidem, p. 348.
- 17) España Invertebrada, p. 67
- 18) Borel, Jean Paul, ob. cit. p. 287.

CAPITULO II

- 19) Prólogo a Veinte Años de Caza Mayor, p. 472.

- 20) Sto. Tomás de Aquino, quaest. desp. De Malo 16,12 ad.4.
- 21) Ibidem, ad. 2.
- 22) Sto. Tomás, In.11 Sent. dist. 3g 1 a 66.
- 23) Obras Completas, vol. V, p.450.
- 24) El Espectador V, p. 75
- 25) Obras Completas, vol. V, p. 129.
- 26) Ibidem, p. 304.
- 27) El Espectador V, p. 82, 83.
- 28) Ibidem, p. 97.
- 29) Ibidem, p. 100.
- 30) Basave Fdez. del Valle, Filosofía del Hombre, p. 89.
- 31) Obras Completas, vol. IV, p.399.
- 32) El Espectador V, p. 76.
- 33) Obras Completas vol. IV, p. 398.
- 34) Ibidem, p. 400.
- 35) Ibidem, vol. V, p. 137.
- 36) Ibidem, p. 142.
- 37) P. Ramírez Santiago, La Filosofía de Ortega y Gasset,
p. 220.
- 38) Sto. Tomás de Aquino, Suma Teológica 1,29 1 ad 5.
- 39) Obras Completas, vol. VI, p.143.
- 40) Ibidem, p. 113.
- 41) La Rebelión de las Masas, p. 46.
- 42) Ibidem, p. 25.
- 43) Ibidem, p. 34.
- 44) Ibidem, p. 105.
- 45) Ibidem, p. 162, 165.
- 46) Ibidem, p. 163.

- 47) Borel, Jean Paul, *Introducción a Ortega*, p. 168.
- 48) *Ibidem*, p. 250.
- 49) *La Rebelión de las Masas*, p. 243.
- 50) *Estudios sobre el Amor*, p.49.
- 51) *Historia como Sistema*, p. 54.
- 52) *Ibidem*, p. 66.
- 53) *Ibidem*, p. 74.

CAPITULO III

- 54) *Obras Completas*, ovl. V, p.171.
- 55) *Ibidem*, vol. IV, p. 79.
- 56) *Ibidem*, p. 78.
- 57) Aranguren, *La Etica de Ortega*, p. 63.
- 58) *Ibidem*, p. 63.
- 59) *La Rebelión de las Masas*, p. 77
- 60) *El Espectador V*, p. 45
- 61) *Ibidem*, p. 39.
- 62) Aranguren, *ob. cit.* p. 72.
- 63) *Obras completas*, vol, III p. 171.
- 64) *El Espectador II* p. 53.
- 65) *Ibidem*, p. 54.
- 66) *Obras Completas*, vol. IV, p. 221.
- 67) Ferráter Mora, *Ortega, Etapas de una Filosofía* p. 89.
- 68) *Historia como Sistema*, p. 74.
- 69) *El Espectador II*, p. 48.
- 70) Larraín Acuna, *Génesis del pensamiento de Ortega*, p.138.

- 71) Larraín Acuna, ob. cit. p. 23.
- 72) Obras Completas, vol. III, p. 324.
- 73) Ibidem, p. 324.
- 74) Estudios sobre el Amor, p. 22.
- 75) Obras Completas, vol. IV, p. 145.
- 76) Estudios sobre el Amor, p. 90.
- 77) Ibidem, p. 56.
- 78) Ibidem, p. 99.
- 79) Ibidem, p. 70.
- 80) Ibidem, p. 72.
- 81) Obras Completas, vol. III, p. 605.
- 82) Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, p. 49, 51.
- 83) Obras Completas, vol. VI, p. 428.
- 84) Ibidem, p. 424.
- 85) Ibidem, vol. V, p. 388.

CAPITULO IV

- 86) Obras Completas, V, p. 379.
- 87) *El Espectador II*, p. 69.
- 88) *El Hombre y la Gente*, p. 89.
- 89) P. Ramírez, *La filosofía de Ortega y Gasset*, p. 185.
- 90) Obras Completas, vol. IV, p. 123.
- 91) *Historia como Sistema*, p. 89.
- 92) *Unas Lecciones de Metafísica*, p. 58.
- 93) Ibidem, p. 82.

- 94) El Hombre y la Gente, p. 120.
- 95) P. Ramírez, Ob. cit, p. 195.
- 96) Obras Completas, vol. IV, p. 39.
- 97) El Hombre y la Gente, p. 92.
- 98) Unas Lecciones de Metafísica, p. 89.
- 99) Obras Completas vol. IV, p.400.
- 100) Basave Fdez. del Valle, Filosofía del Hombre p. 100.
- 101) Obras Completas, vol. V, p. 123.
- 102) Unas Lecciones de Metafísica, p. 106.
- 103) Obras Completas, vol. IV, p. 68.
- 104) Ibidem, p. 104.
- 105) Ibidem, p. 180.
- 106) Ibidem, vol. II, p. 23.
- 107) Ibidem, vol. VI, p. 349.
- 108) Ibidem, vol. IV, p. 117.
- 109) Ibidem, vol. V, p. 225.
- 110) Ibidem, vol. IV, p. 104.
- 111) Unas Lecciones de Metafísica, p. 123.
- 112) Obras Completas, vol. III, p. 68.
- 113) Larroyo, Francisco, Historia de las Doctrinas Filosóficas, p. 624.
- 114) Historia como Sistema, p. 92.

CAPITULO V

- 115) Unas Lecciones de Metafísica, p. 76.
- 116) Ibidem, p. 82.

- 117) El Hombre y la Gente, p. 28
- 118) Ibidem, p. 29.
- 119) Ibidem, p. 36.
- 120) Ibidem, p. 78.
- 121) Ibidem, p. 94.
- 122) Ibidem, p. 132.
- 123) Ibidem , p. 205.
- 124) Obras Completas, vol. V, p. 203.
- 125) El Hombre y la Gente, p. 306.
- 126) Ibidem, p. 214.
- 127) Ibidem, p. 241.
- 128) Ibidem, p. 246.
- 129) Ibidem, p. 250.

BIBLIOGRAFIA BASICA

Aranguren, José Luis.- La Etica de Ortega.- Cuadernos Taurus, Madrid, 1959.

Aristóteles.- Etica Nicomaquea.- Editorial Porrúa S.A., México, 1972.

Basave Fernández del Valle.- Filosofía del Hombre.- Edit. Espasa-Calpe, México, 1978.

Borel, Jean Paul.- Introducción a Ortega.-Edit. Guadarrama, Madrid, 1969.

Buber M.- ¿Qué es el Hombre? - Fondo de Cultura Económico No. 10.- México, 1975.

Coreth, Emerich.- ¿Qué es el Hombre? - Edit. Herder, Barcelona, 1978.

Ferráter Mora, José.- Ortega, Etapas de una Filosofía.- Edit. Seix Barral, Barcelona, 1973.

Gaete Arturo.- El Sistema maduro de Ortega.- Colección Ideal del Hombre, Buenos Aires, 1977.

Larraín Acuna, Hernán.- Génesis del Pensamiento de Ortega.- Cía. Fabril Editora, Colección Ideal del Hombre, Buenos Aires, 1976.

Larroyo, Francisco.- Historia de las Doctrinas Filosóficas.- Edit. Porrúa, S.A., México 1975.

Maravall, José Antonio.- Ortega en nuestra situación.- Cuadernos Taurus, Madrid 1959.

Marías, Julián.- Filosofía Española actual.- Edit. Austral, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1969.

Marías, Julián.- Historia de la Filosofía.- Rev. de Occidente, Madrid, 1949 .

P. Ramírez, Santiago.- La Filosofía de Ortega y Gasset.- Ed. Herder, Barcelona, 1959.

Recasens Siches, Luis.- Tratado General de Filosofía del Derecho.- Edit. Porrúa, S.A., México, 1969.

Sánchez Villaseñor, José.- Pensamiento y Trayectoria de Ortega.- Edit. Jus, México, 1943.

OBRAS DE ORTEGA Y GASSET

El Espectador (tomos I, II, III, IV, V y VI).- Edit. El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, España 1976.

Estudios sobre el Amor.- Ed. Austral, Espasa-Calpe S.A.- Madrid, España, 1973.

Historia como Sistema.- Ed. Austral, Espasa-Calpe, S.A.- Madrid, España, 1971.

El Hombre y la Gente.- Ed. Austral, Espasa-Calpe, S.A.- Madrid, España, 1972.

Meditaciones del Quijote.- Edit. El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, España 1971.

¿Qué es Filosofía? - Ed. El Arquero, Revista de Occidente Madrid, España 1976.

La Rebelión de las Masas.- Ed. El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, España, 1972.

Unas Lecciones de Metafísica.- Alianza Editorial, Madrid, 1966.